

DEGETAU Y GONZALEZ

---

# Juventud

MDCCCXCV

Juventud

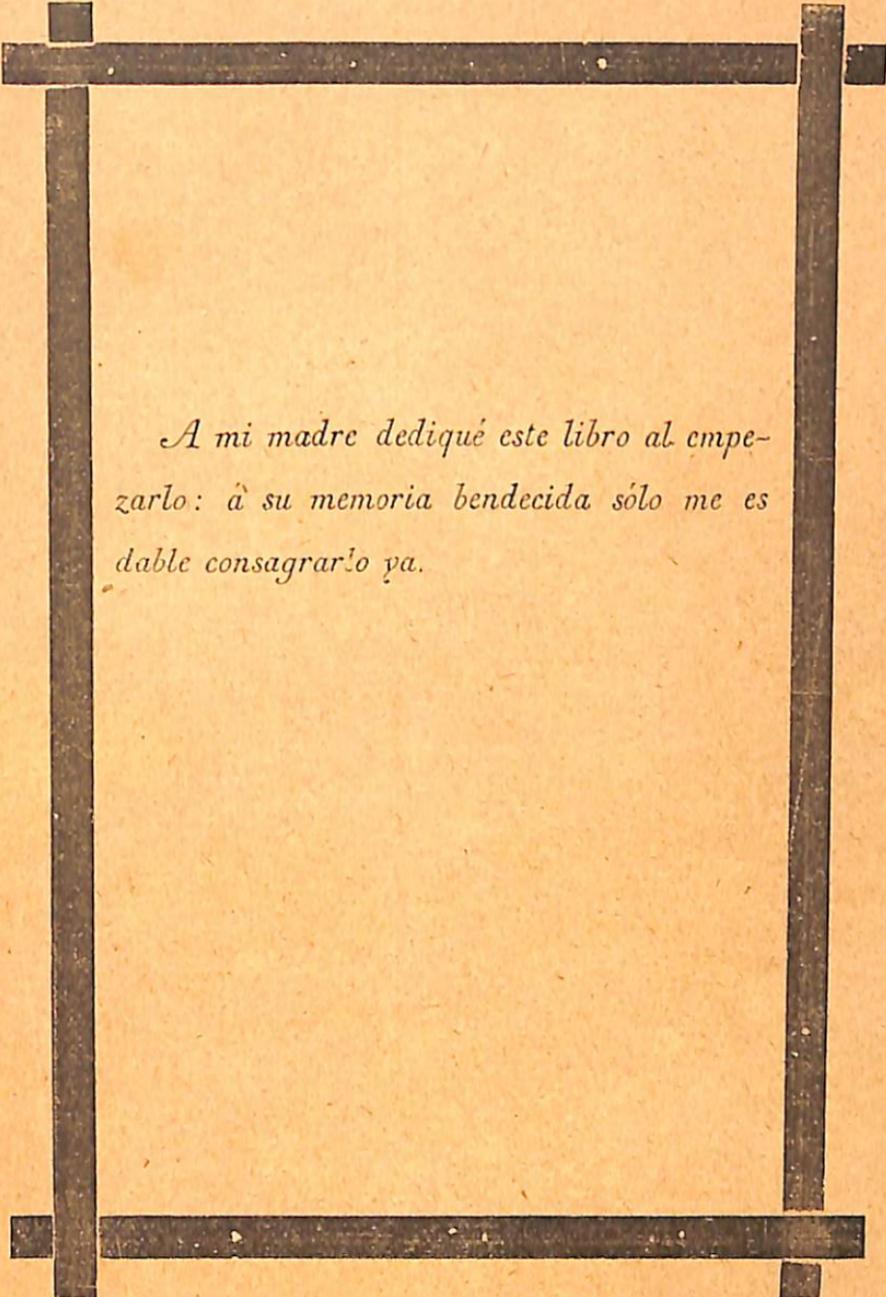


PR.  
863  
D317j

Este libro es propiedad de su autor. Los ejemplares de la presente edición van numerados y rubricados.

Ejemp. n.º **1013**

96831



*A mi madre dediqué este libro al empe-  
zarlo: à su memoria bendecida sólo me es  
dable consagrarlo ya.*



---

## I

—La vida es dura para los que no tenemos más capital que nuestro trabajo. Tú no comprendes todavía esto, Pepe, porque tienes vivos á tus padres. Ellos te proporcionan cuanto necesitas, sin que pesen sobre ti más obligaciones que asistir á clase y estudiar tus asignaturas. Eres un niño. Por eso ves las cosas de un modo absoluto, abstracto, ideal. No percibes del faro más que la luz que brilla en su remate. No ves los ladrillos que hay que poner sobre la roca, la arena, la cal, los jornales que representa. Sobre todo los jornales. El primer problema, ¿cómo hacer para ganar el sustento? no existe para ti. De ahí que no puedas comprender mis preocupaciones.

—Pero, Emilio, no te dejes abatir. ¿Por ventura la carrera literaria?...

—Eso no es una carrera. La literatura, en países como el nuestro, no ofrece á quien á ella se dedica elementos bastantes para atender á su propio sostenimiento.

—Pero tú mismo me has hablado de literatos que ganaban mucho. Trabaja para ser uno de ellos.

—No es la cosa tan fácil como presumes. Para que una obra obtenga un mediano éxito, es preciso que avaloren muchos méritos la firma del autor, ó que le favorezcan muchas circunstancias.

—De las circunstancias no hay para qué hablar... en cuanto no dependan de ti. De los méritos... si no los tuvieras, no te pagarían en *El Problema*...

—¡Veinticinco duros al mes! Y para ganar esas cuatro pesetas de jornal, un trabajo impropio. Desengáñate, es preciso pensar seriamente en hacer algo.

—¿Por qué no escribes una novela?

—¿Una novela? ¿Y quien la leería?

—¡Toma, los que leen las de los otros!

—¡Bah! ¡Sigues en las nubes! Piensa que

estamos en un país de diez y ocho millones de habitantes, de los cuales más de doce no saben leer ni escribir en absoluto; que los cinco millones y pico que conocen las letras, las conocen como los coches de lujo, tan sólo de vista, y que apenas las usan realmente unos quinientos mil. De éstos, descuenta aquellos que no leen habitualmente más que periódicos, y llegará en resumidas cuentas (si llega) á treinta mil, el número de los que buscan de ordinario en las páginas de un libro, un poco de cultura ó un rato de distracción.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Pepe.

—¿Te asombras, eh?

—Sí, chico. Me asombro. ¡Treinta mil lectores! Me asombro de tупesimismo. ¡Contar con treinta mil hombres á quienes dirigirse, es tener un mundo en la mano! ¡Es contar con la más poderosa de las armas para el combate y la lucha! ¡Treinta mil hombres movidos por una inteligencia para el bien! Treinta mil hombres que leen, es decir, treinta mil hombres, de los cuales, cada uno, vale, por lo menos, por un centenar de los que están privados de comunión

intelectual con los que piensan y escriben para los demás... Eso es tener... A ver, calcula. Treinta mil por ciento, ¿cuantos son?

—¿Treinta mil por ciento? Tres millones.

—¿Y no te asombra, Emilio, la idea de tu propia fuerza? Tienes en tu mano el medio más poderoso que puede ambicionar un hombre para llegar al fondo de la conciencia nacional, el camino más derecho para contribuir á la obra humana, llamando á las dulzuras y á los halagos de la civilización, á una masa de tres millones de hombres, á una legión directora de los sentimientos y las ideas de sus quince millones de conciudadanos restantes. ¿Y te desanimas, tú que puedes dirigir millones de conciencias? ¿Cómo? ¿Y no te avergüenzas de tus desalientos? Con menos fuerzas se han librado batallas que han impreso huellas profundas y señalado direcciones fundamentales en la historia. ¡Vamos, Emilio, ánimo, y adelante!

¡Si no alcanzamos un grado de bienestar altísimo, si no disfrutamos de felicidades sin cuento, vosotros los literatos tenéis la

culpa! Os morís de inanición y de inercia, pisando la mina riquísima que la labor de los que os han precedido, formaron con el fósforo de sus huesos y con el hierro de su sangre. ¡Araña, araña, y darás con el filón! ¿Esperas que vengan los demás á buscarte para pedirte frutos que dejas secar en tu cerebro, sin haberlos madurado al calor del estudio y del trabajo? ¡Animo, pues! Haz tu libro.

Te pasas la vida tras del criminal, cuentas á los dos mil lectores de *El Problema*, con sus hazañas y sus perversidades, los más nimios detalles de su vida; derramas tu ingenio llamando la atención de tu público sobre las doradas lentejuelas del torero, que luce los destellos de su traje en el ancho redondel, donde los espléndidos rayos del sol alumbran la fiereza del bruto que ataca á ciegas y las arterias del hombre que burla sus embestidas, para hacerle caer, ensangrentado y mugiente, al golpe de su acero; acechas al político, en cuya moralidad no crees, y al agiotista cuyas tretas te repugnan, y, galeote de tu oficio, derrochas inteligencia, energía y vida por veinticinco

duros al mes! ¡Levanta tu espíritu! ¡Lleva al de las masas las grandes cuestiones que, sobre todo, deben interesarles para su propio bienestar, y cuando hayas realizado esa obra, entonces, y sólo entonces, tendrás el derecho de quejarte!

—¡Iluso! Sigues no viendo la realidad. Todo eso que dices son quimeras. Las gentes leen lo que les interesa y nada más.

—Pues bien; despierta el interés de las gentes sobre cosas provechosas para ellas. Tienes elementos de sobra. Al trabajo, pues. Empieza por llamar en tu periódico la atención del público sobre el desenvolvimiento de la vida intelectual, y al mismo tiempo estudia y recoge en una novela alguna de las grandes aspiraciones que agitan al mundo.

—Pero ¿no comprendes que una novela así no la leería nadie? Para que un libro se venda, es preciso que pique en las debilidades y en las dolencias humanas; es necesario que esté repleto de malicias y de coquilleos mundanos.

—¡Pues aun siendo así, no hay razón que justifique tu abatimiento! Si sabes cómo hay

que hacerla, ¿por qué, en vez de quejarte, no te pones á la obra?

—¡Tienes razón!—exclamó Emilio dando un golpe en el brazo del sillón que ocupaba. Y levantándose, empezó á pasear por la habitación.

—Haré una novela al gusto del día... Un callejón obscuro—continuó diciendo—un misterioso galán, con el rostro oculto entre los pliegues de la capa; diez ó doce enmascarados que le acometen; el doncel que los vence, y, matando á dos ó tres, pone á los demás en precipitada fuga; el farolillo de la Virgen de la Paloma, que desde la esquina alumbra la escena con sus mortecinos resplandores; la dama que sonríe tras la reja al afortunado galán... Esa era la novela que antes se leía. Hoy, la *cocotte* que impone la moda arrastrando fastuoso tren; la *dilettante* del vicio, haciéndole á «una honesta distancia» una competencia furiosa; el libertino que consume de prisa en la orgía una existencia estéril; el escándalo que nace del burdel ó del *boudoir*; sí, sí (proseguía Emilio con la mirada fija en un punto imaginario que pa-

duros al mes! ¡Levanta tu espíritu! ¡Lleva al de las masas las grandes cuestiones que, sobre todo, deben interesarles para su propio bienestar, y cuando hayas realizado esa obra, entonces, y sólo entonces, tendrás el derecho de quejarte!

—¡Iluso! Sigues no viendo la realidad. Todo eso que dices son quimeras. Las gentes leen lo que les interesa y nada más.

—Pues bien; despierta el interés de las gentes sobre cosas provechosas para ellas. Tienes elementos de sobra. Al trabajo, pues. Empieza por llamar en tu periódico la atención del público sobre el desenvolvimiento de la vida intelectual, y al mismo tiempo estudia y recoge en una novela alguna de las grandes aspiraciones que agitan al mundo.

—Pero ¿no comprendes que una novela así no la leería nadie? Para que un libro se venda, es preciso que pique en las debilidades y en las dolencias humanas, es necesario que esté repleto de malicias y de cosquilleos mundanos.

—¡Pues aun siendo así, no hay razón que justifique tu abatimiento! Si sabes cómo hay

que hacerla, ¿por qué, en vez de quejarte, no te pones á la obra?

—¡Tienes razón!—exclamó Emilio dando un golpe en el brazo del sillón que ocupaba. Y levantándose, empezó á pasear por la habitación.

—Haré una novela al gusto del día... Un callejón obscuro—continuó diciendo— un misterioso galán, con el rostro oculto entre los pliegues de la capa; diez ó doce enmascarados que le acometen; el doncel que los vence, y, matando á dos ó tres, pone á los demás en precipitada fuga; el farolillo de la Virgen de la Paloma, que desde la esquina alumbra la escena con sus mortecinos resplandores; la dama que sonríe tras la reja al afortunado galán... Esa era la novela que antes se leía. Hoy, la *cocotte* que impone la moda arrastrando fastuoso tren; la *dilettante* del vicio, haciéndole á «una honesta distancia» una competencia furiosa; el libertino que consume de prisa en la orgía una existencia estéril; el escándalo que nace del burdel ó del *boudoir*; sí, sí (proseguía Emilio con la mirada fija en un punto imaginario que pa-

recía llevar delante). Del crimen al vicio... La psicología del libertino ó de la meretriz justificando la descripción de cuadros obscenos en el fondo de la alcoba. Has dado en el clavo sin fijarte en el alcance de tus palabras. Seguiré ese camino. Pintaré lo sucio, lo indigno. Con la fidelidad de la máquina fotográfica, retrataré una llaga social, y verás cómo al olor de corrupción que anuncia la presencia del *pus* acudirán las gentes como moscas.

Pepe, el estudiante de leyes, oía absorto y mal impresionado á su amigo, despistado en sus sueños y en sus ilusiones, sin saber qué pensar de su discurso, porque aquella naturaleza sana, llena de vida y de bondad de alma, era por instinto refractaria al «olor de corrupción». Por último, exclamó tímidamente:

—Pero... yo creo, Emilio... respetando mucho tu opinión, porque tú sabes mucho más que yo de esas cosas... y tienes más experiencia... vamos, creo que la honradez y la virtud son de todos los tiempos, y...

Mientras tanto, Emilio, sin prestar atención á sus palabras, se detuvo repentina-

mente. Recordó que tenía que ir al Real; aquella noche se inauguraba la temporada y el teatro estaría espléndido. No era esto, sin embargo, lo que más le atraía. Animábase sobre todo la esperanza de ver allí á un compañero, que le había ofrecido proporcionarle trabajo para un periódico que pagaba bien. Disponiéndose, pues, á vestirse, empezó por quitarse la americana que llevaba, y en mangas de camisa, se acercó á Pepe. Puso ambas manos sobre los hombros del estudiante, y,

—¿Quieres ser mi colaborador en esa novela?—propúsole de pronto—¿Quieres?

—¡Vaya, chico, tú te has vuelto loco! ¡Yo escribir novelas! ¡Si en mi vida he cogido la pluma más que para hacer los temas de francés y los apuntes de clase!

—No importa.—Y Emilio hablaba á medida que se iba vistiendo y arreglando.—Voy á decirte cómo puedes ayudarme. Juntos estudiaremos los tipos del natural. Tu candor y tu credulidad me servirán de grano de mostaza que me incite á escribir, y ya verás qué novela <sup>naturalista</sup> (y dejaba el cosmético sobre el pajecillo que había

en la alcoba para volver la cara y darle más énfasis á la palabreja), y naturalista *pur sang*, nos va á resultar.

A tal altura llegaban las cosas, cuando la campanilla sonó y Emilio, cambiando de tono:

—Abre tú—le dijo—porque doña Mariquita y Lola han ido á la inauguración de una tienda de comestibles á oír la *murga* y no hay nadie en casa. Es un *inglés*; lo conozco en el modo de llamar. Di que no estoy.

Pepe salió de la habitación, se dirigió á la puerta y al llegar junto á ella preguntó: —¿Quién?—al tiempo que se disponía á mirar por el ventanillo.

El resplandor de unos ojos negros, rodeados por unas pestañas largas y arqueadas, detuvo su mirada de reconocimiento.

—¡Qué hermosos ojos de luto!—pensó.

Una voz agitada respondió desde fuera dulcemente:

—¡Paz!

Y Pepe abrió la puerta.

## II

La señora entró resueltamente. Vestía una bata blanca con lazos grises, y cubría sus hombros un pañuelo negro de Manila, á modo de chal, dejando asomar dos curvas provocadoras, determinadas por las redondas y salientes caderas. Era la mujer alta y lo exagerado de sus formas, que hubieran parecido desproporcionadas á tener menos estatura, cuadraba en ella á maravilla.

Al verla, experimentó Pepe una rara impresión, mezcla de sorpresa, confusión y curiosidad, y bajando los ojos, quizá por no afrontar el brillo de los de la desconocida, quizá por disimular el aprieto en que se hallaba, no sabiendo cómo interpretar aquella visita, apenas le oyó preguntar:

—¿Está en casa ese caballero?—adelan-

tóse por el corredor para indicarle el camino, sin poner atención en la pregunta ni en el deajo con que fué formulada, que denunciaban en la desconocida á una americana, respondiéndole apresuradamente:

—Sí, señora: tenga V. la bondad de pasar.

Y comprendiendo que ella le seguía, descolgó de su clavo el quinqué de hoja de lata que alumbraba el pasillo, abrió la puerta de la sala, separó la cortina de reps encarnado y se apartó dejando el paso libre á la desconocida.

—Haga V. el obsequio de sentarse, que en seguida vendrá.

Entró ella, colocó Pepe el quinqué sobre la chimenea, y salió de la sala por la puerta de la izquierda. Atravesó de prisa el gabinete, y una vez en la alcoba de Emilio, se entabló entre ellos el siguiente rápido diálogo sostenido á media voz:

—¡¡Chico!!

—¿Quién es?

—Antes de abrir una voz dulcísima que dice ¡Paz!, mientras unos ojazos negros desmentían...

—Déjate de simplezas: ¿quién es?—repitió Emilio con una fría curiosidad, que contrastaba con el tono exagerado de Pepe.

—No sé. Por el traje y el gesto...

—Vamos, acabarás: ¿quién es?—preguntó ya impaciente el otro, acabando de anudarse el lazo de la corbata blanca.

—¡Una mujer guapísima que te busca!

—¿A mí?

—Si hombre, á ti. Es decir, no me ha dicho el nombre, pero vamos...

—No buscará al P. Jaime para hablar de asuntos espirituales...?

—¡Ca! Es una mujer *muy de este mundo*. Además, me preguntó si estaba *ese caballero*, y ya ves tú que á nadie se le ocurre preguntar así por un *pater*.

—Bueno, pues sal, y dile que en seguida voy: entreténla un momento.

—Mira que tiene prisa.

—Anda hombre, que ya voy.

Pepe salió del cuarto; Emilio, acabando de emperejilarse, se pasó por la barba el cepillito mojado en brillantina, pensando para sí: «No estoy del todo mal.»

Después cogió el sobre en que estaba en-

cerrado el billete del Real, y poniéndoselo en el bolsillo, salió con aires de conquistador.

Cuando el *portier* se arrugó y Emilio con su más afable sonrisa se presentó ante la señora, hizo ésta un mal disimulado movimiento de sorpresa. No esperaba sin duda encontrarse con un pollo tan atildado, tan elegante, tan lleno de varoniles atractivos.

—¡Cuánto siento molestar á V.!— exclamó juntando las dos puntas de su mantoncillo, como para disimular algo lo descuidado de su traje; —pero se me ha puesto mala mi hija, y en bata... como estaba, he subido corriendo para suplicar á V. que entre un momento á verla.

Los dos jóvenes cruzaron una mirada.

«¡Era la vecina del principal! Venía en busca del doctor, de D. Rafael, el padre de Pepe, y se había equivocado de puerta.»  
He aquí el significado de aquella mirada.

—Pedro, mi esposo...

(Al pronunciar esta palabra se veló su voz ligeramente, sus mejillas color mate se sonrosaron, y bajó la cabeza haciendo un esfuerzo como para dominarse. Todo esto,

por rápido que fué, no pasó inadvertido para Emilio, que dirigió una nueva mirada á Pepe.)

—...me dijo que en el piso segundo vivía un médico y...

(No es su marido. Se ruboriza. Esto me huele á *lio*. ¡Aquí hay gato encerrado! Tales cosas quería decir esta segunda mirada, que la señora no pudo sorprender, porque, como queda anotado, tenía la cabeza inclinada al pronunciar la frase.)

—Pues, señora, ha sufrido V. una equivocación—le interrumpió afectuosamente el periodista—de la que me felicito, porque me proporciona el honor de conocerla, aunque lamentando lo doloroso del motivo... El médico, que vive en el cuarto de enfrente, es el padre de este joven; avisale, Pepe.

Y como el muchacho saliese de prisa, Emilio le alcanzó cuando ya abría la puerta en el obscuro pasillo, para recomendarle la urgencia—recomendación á todas luces innecesaria—añadiendo algo en voz baja.

Al entrar en la sala de nuevo, encontró á la vecina de pie en actitud de salir.

—Permitame V., señora, un instante.

Cogió los guantes y el clak de encima de su escritorio, la luz de la chimenea, dejola en su clavo, tomó el abrigo de la percha, y ofreció galantemente el brazo á la señora para bajar la escalera.

¿Qué habia dicho el escritor al estudiante en el pasillo y en voz baja?

Yo se lo diré en secreto al lector, le habia dicho: «Ya tengo el primer capítulo de mi novela. *Ella* será la protagonista.»

### III

En el mismo piso en que Emilio vivía en calidad de huésped de doña Mariquita, y frente á su puerta, hallábase la del cuarto que habitaba el doctor D. Rafael Sánchez Urbe.

En tanto que en el de enfrente ocurrían los hechos que acabo de referir, el doctor, terminada ya su cena, se disponía tomar su taza de café.

D. Rafael, que todos los días se sentaba á la mesa á las seis en punto, no había vuelto á su casa hasta las ocho y pico. Obedeciendo sus disposiciones, doña Angeles y Pepe habían comido á la hora de costumbre, porque no quería él que el orden de su casa dependiese de un quehacer imprevisto suyo. Es necesario—había dicho á su

mujer—que Pepe tenga por las noches un par de horas de descanso antes de ponerse á estudiar.

Sentada cerca de la mesa, doña Angeles doblidallaba unos paños de cocina.

Al doctor le avisaron con urgencia á las cinco para que fuese á ver á una de sus clientes, que había sufrido un ataque de apoplejia, y el cuidado de atender á la enferma le había impedido volver antes.

En aquel momento hallábase preocupado, pensando que la pobre señora no viviría mucho.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó respondiendo á sus ideas.—¿Sabes, mujer, que Pepe no deja de tener razón en medio de sus utopías? ¡Por qué torturas deben pasar los jueces para firmar una sentencia de muerte! ¡Mira tú, Angeles, que debe ser una cosa horrible!

En esto dieron un violento campanillazo.

—¡Gertrudis! abra V. en seguida—dijo doña Angeles á la criada.—Cuando hay alguien de la familia fuera, le tengo dicho que deje lo que esté haciendo y vaya inmediatamente.

Apenas terminó doña Angeles su amonestación, entró Pepe corriendo.

—¿Qué tienes, hijo mio? ¿Te pasa algo?

—No mamá, es que la niña del principal se ha puesto mala y quieren que papá baje en seguida á verla.

Al escuchar esto, D. Rafael separó la taza, cuyo contenido apuró de un sorbo, y sin cuidarse de cambiar por el sombrero la gorra que su mujer le había bordado en otro tiempo, bajó al principal.

Al cabo de un rato volvió, y á las preguntas con que Pepe le acosaba, respondió tranquilamente.

—¡Cosas de la edad! La niña tiene catorce años, atraviesa un período de crecimiento y desarrollo, y se le ha presentado una fuerte calentura. Espero que pronto estará buena.

—¿Y cómo se llama?

—Sunchita.

—¡Qué nombre tan raro!

—Eso mismo dije yo. Parece que es un *mote* de cariño. Costumbres de las Antillas.

—¿Y la mamá?

—La madre se llama Paz.

—¿Y el padre?

—¡Qué sé yo! Te has figurado que bajé á formar el padrón de la familia? ¡Pues no está el chico poco preguntón! Vaya, ponte á estudiar tus lecciones, que ya es hora.

Pepe salió, y cuando sus padres se quedaron solos, D. Rafael le dijo á doña Angeles:

—¿Sabes, mujer, que esa familia es un poco rara?

#### IV

Era el matrimonio aquel uno de esos á quienes jamás se les ha ocurrido pensar si debe ó no debe establecerse el divorcio. Podría muy bien decirse de doña Angeles y de su marido aquello de que «formaban un solo ser».

En sus gustos, en sus costumbres y hasta en sus modales, había tanto parecido, que al ver y al oír á uno de ellos, se recordaba en el instante al otro. Treinta y dos años de vida conyugal parecían haber obrado esta mutua asimilación, y hasta tal punto es cierto cuanto voy diciendo, que si andando doña Angeles por la calle veía un

chico que tropezaba y caía al suelo, al ayudarle trabajosamente á levantarse, al darle una palmadita en la mejilla exclamando: «¡Pobrecillo, vamos, eso no vale la pena!», le sonreía con la misma sonrisa, en medio de una cara ligeramente atribulada, con que sonreía á cualquiera de sus enfermitos don Rafael, cuando después de oír de boca de los padres el relato del mal que al niño aquejaba, al tomarle el pulso, le decía: «¡Vamos, chiquitín, eso no es nada!» La misma entonación acariciadora de su dulzona voz, la misma inclinación de cabeza, el mismo movimiento de aproximación al niño, en uno que en otro caso.

D. Rafael recibía en su casa varias revistas nacionales y extranjeras. La lectura era su único vicio conocido y su solo gasto personal. De profundos conocimientos en su carrera, tenía gran afición al estudio de las ciencias fisico-naturales en general, y ya en el balcón en las noches de verano, escuchándole explicar la hipótesis de Laplace ó hablar del movimiento del sol, de la velocidad de la luz, de los anillos de Saturno, de las distancias celestes, de los asteroides ó del

universo sideral; ya en invierno, junto á la mesa del comedor, cuando les contaba maravillas de la circulación atmosférica, de la historia de la tierra, de la vida microscópica ó de cualquier otro tema científico, doña Angeles y Pepe le escuchaban con grandísimo placer.

Y no se crea que D. Rafael presumía de sabio. En fuerza de trabajar para serlo, no se había aún enterado de que lo era, ni de si sabía que sabía algo, ó sabía que no sabía nada.

En las conferencias dadas por otros en ateneos y academias, se le solía ver inmóvil, sin mirar á otro lado que al conferenciante y sin perder palabra del discurso para hacer su nota, en cuanto llegaba á casa, de aquello que más le hubiese llamado la atención.

Y es que como en el mundo de la naturaleza hay águilas y hormigas, en el mundo de la ciencia se dan el hombre-águila que os obliga á levantar la vista á su paso, y el hombre-hormiga, que amontona y esconde profundos conocimientos, destinados á permanecer ocultos, cuando la fecundidad del

terreno que le rodea no se encarga de hacerlos germinar.

D. Rafael pertenecía á estos últimos; era un sabio *casero*, si se me permite el adjetivo y se salva el equívoco.

Doña Angeles, por su parte, era una notabilidad en materia de zurcidos y se pintaba sola para guisar alguno de los platos favoritos de D. Rafael ó para preparar aquellas natillas que hacían las delicias de Pepe.

Inútil creo decir que éste resumía y sintetizaba en la suya la vida de sus padres. Cuando el chico estudiaba latín, doña Angeles y D. Rafael declinaban el *musa*, *musae* y el *templum*, *templi*; cuando aritmética, el polvillo blanco del yeso desprendido del encerado, nevaba los cabellos de la madre y los dedos del padre, que después de un problema complicado, en poco se diferenciaban de los de un albañil; cuando geografía, allá iban los tres viajando por los mapas, de nación en nación, en busca de las capitales respectivas, de las montañas principales y de los principales ríos, y sobre los coloreados papeles el índice de la señora

tropezaba con el de su marido, siguiendo las líneas de las fronteras, que ñileras de relucientes bayonetas, mudaban de sitio en aquellos mismos momentos, sobre la ensangrentada tierra del mundo culto.

Y no estaban lejos los días en que D. Rafael zurraba anhelante en aquel mismo comedor la piel de gato, para enseñar al estudiante de física cómo se desarrollaba la electricidad, y las noches en que las tres cabezas se juntaban sobre la mesa, en el cono luminoso proyectado por la pantalla de la lámpara, preparando y arreglando en las hojas lisas y blancas de papel, las de plantas y árboles que con flores y capullos había recogido en la Florida el estudiante de botánica.

De la excelente señora podía bien decirse que no tenía más defecto que la picara curiosidad. En cambio la nota predominante en el carácter de D. Rafael era la expansión, limitada sólo por el secreto profesional. Y así como en una máquina bien organizada los dientes de una rueda vienen precisamente á caer en los huecos de la otra que con ella engrana, de igual modo á cada

pequeño defecto del uno parecía corresponder una pequeña debilidad por parte del otro.

Dados estos antecedentes, no es de extrañar que doña Angeles, picada de la comezón de saber algo de sus nuevos vecinos, que hasta entonces se habían mantenido en un absoluto aislamiento, le preguntase á su marido que se había puesto á leer:

—Oye, Rafael, ¿por qué me decías que esa familia era un poco rara?

—¡Qué sé yo, mujer!—exclamó éste alzando la vista á intervalos.—Son esas cosas que uno no puede explicar... Después de todo, insignificancias... detalles que no valen la pena...

—Anda, hombre, cuentámelos, no seas majadero—le dijo doña Angeles reconviniéndole cariñosamente.

—¡Pues verás!...—Y al decir esto, cerró el libro y acercó la silla á la de su mujer.—Cuando entré, me recibió la señora con un aire muy afectuoso.—¿Este caballero es el *doctorcito*?—me preguntó con ese acento dulce de las americanas, que cuando hablan parece que cantan y acarician. Des-

pués me llevó al cuarto que queda debajo del de plancha y costura, y ya ves que no deja de ser raro que vivan en una habitación interior la señora y la señorita de la casa y en una alcoba que está cerca de la cocina, más propia por tanto para los criados que para los señores. Allí había dos camas, en una de las cuales estaba la enfermita. La otra era la de madre, según por ella misma supe. Ya ves que tampoco es natural que tengan para ellas dos una sola habitación, cuando lo lógico es cada una tuviese la suya.

Como el cuarto no reúne grandes condiciones de ventilación, ni le da el sol, le indiqué á doña Paz la conveniencia de trasladar á su hija á uno de los dormitorios del otro lado. Ella me contestó que no lo creía fácil, pero que á pesar de todo lo consultaría con su marido. Esto tampoco se comprende bien, teniendo como tienen una sala y dos gabinetes con alcoba que dan á la calle.

Mientras estuvo la señora fuera, me fijé en la habitación, cuyo mobiliario no podía ser más sencillo. Tres ó cuatro sillas, un tocador y una cómoda, y sobre la cómoda

un espejo de marco estropeado y recom-  
puesto, en cuyas composturas se adivinaba  
la mano de un prendero. Encima de la có-  
moda había un alto y sencillo candelero de  
metal en el que ardía una vela. Me pareció  
que la llama estaba demasiado cerca del  
espejo y fui á separarla. Al hacerlo, me  
llamó la atención un cartoncito rectangu-  
lar, en el que se leía una dedicatoria escri-  
ta hacia ya tiempo, que decia así: « A la  
*Paz* de mi alma, su Juan.» Fijate bien: *su*  
*Juan*. Comprendiendo que se trataba del  
reverso de un retrato lo volví. La fotogra-  
fía representaba un hombre joven de aire  
romántico y de un parecido extraordinario  
con la enfermita. Esto me hizo suponer que  
aquel hombre era el padre de la niña.

Cuandó acababa de hacer esta observa-  
ción, entró la madre y me dijo:

—No podemos trasladar á Suncha.

—¿Cómo?—exclamé sin poder contener-  
me.—¿No tienen Vds. dos gabinetes que  
dan á la calle?

—Sí—me respondió—pero el uno es el  
que ocupa Pedro, y el otro su oratorio, y  
dice que sería mucho trastorno... y como

---

V. ha dicho que la cosa no tiene importancia...

—Pero, señora, ¿y quién es Pedro?—le pregunté bruscamente.

—Mi esposo—me respondió ella, un tanto desconcertada.

He presentado al lector los vecinos y la familia de Pepe, porque las exigencias del relato me han obligado á ello, y caigo ahora en la cuenta de que aún no le he hablado directamente del muchacho.

Era éste, alto y desgarbado. Tenía el cuello largo, grande la cabeza, la boca pequeña y de líneas agraciadas como las de una muchacha, pero sombreada ya por un bozo intenso. La nariz recta, las cejas rectas también y los ojos grandes y rasgados. Coronaban la frente espaciosa dos mechones de abundoso pelo castaño-oscuro y sus facciones se encerraban en un óvalo de ancha desenvoltura por arriba que se recogía suavemente hasta cerrarse bajo la barbilla redondeada. Contorno que, reducido á

líneas rectas, tenía la forma que ofrece en un arco de medio punto la piedra de en medio, *la clave* que dicen los arquitectos. Puesto en manos de un frenólogo aquel cráneo, tengo para mí que si le sorprendía ver cómo se abría el compás curvo al medir el diámetro antero-posterior de su base y su altura, aún más había de sorprenderse al observar cómo se ensanchaba por arriba, como si la masa encefálica, que, al decir de los fisiólogos, tiene la forma de una coliflor cerrada, apretara por dentro los parietales y los comprimiera, pugnando por separarlos para abrirse en su duro estuche de hueso.

Por los ojos parecían asomarle estos anhelos, según era de viva y de interrogadora su mirada para las cosas de fuera, y según era de pronta y de expresiva para las inquietudes y ansiedades que por dentro le aguijoneaban.

Pero si expresaban inteligencia viva aquellos ojos, y sensibilidad exquisita aquella boca, hay que reconocer que era la imaginación, una imaginación inquieta y revoltosa, la que imperaba en los pensamien-

tos y en los actos del muchacho, llevando en unos y otros la batuta.

¡Así solía andar aquella cabeza!

Si tenía un disgusto ó una satisfacción muy viva durante el día, pasaba la noche sin poder conciliar el sueño hasta ya cerca de la madrugada. Con la agravante de que para Pepe cualquier cosa constituía á lo mejor, tema de pertinaces cavilaciones, que el insomnio se encargaba en esos casos de convertir en graves disgustos ó en alegrías extremas.

A veces se desvelaba sin motivo aparente. Había estudiado más de lo ordinario, se había pasado en casa todo el día porque no había clases ó por otra causa cualquiera, y al llegar la noche se había acostado con la *cabeza caliente*, como él mismo solía decir. Pues bien; en el momento de meterse en la cama, pensaba en cualquier cosa, por ejemplo, en el beso que le había dado su madre hacía un instante, y esto le servía de tema para sus meditaciones.

—¡La verdad es que soy feliz!—empezaba á decirse—¡Qué buena es mi madre! ¡Y cuánto me quiere! Si yo me muriese, ella y

mi padre, pero sobre todo ella, ¡cuánto sufriría! ¿Podría acaso vivir sin su hijo? Sin embargo, eso no es lo natural. Lo natural es que ella se muera antes que yo. Y á pesar de ser lo natural... es horrible. El mundo está muy mal arreglado. Dios no debió disponer las cosas así. ¿Qué mal he hecho yo para sufrir esa pena? Y sería una pena terrible... ¡me espanta pensarlo! Ella y mi padre son ya viejos. Y el mejor día ocurre una desgracia. Vuelvo de clase, y la encuentro enferma; entro en casa alborotando, sin saber nada, y mi padre me dice:—Hijo, no hagas ruido, que tu madre no está bien.—¿Qué es?—le pregunto:—Nada—me contesta para tranquilizarme—un aire... y luego el aire resulta una pulmonía. Y se me muere no hay remedio... Nos pasamos en vela una noche ó dos... voy á besarla, y la encontré fría, y la llamo, y no me responde, ó bien antes de morir me da su último beso y su último consejo...

Poco á poco las lágrimas se le saltan, y cuando advierte que está llorando se pasa el pañuelo por los ojos, y como, si volviera en sí piensa.—¡Qué estúpido soy! ¿A qué

viene esto? Y prometiéndose no pensar en nada, se vuelve del otro lado.

La pesadilla sigue á su pesar atormentándole: ve de nuevo á su madre entre cuatro cirios de siniestro resplandor, rígida en su ataúd, y vuelve á sentir impulsos de llorar. Esta vez las cosas no van tan lejos, ya *está sobre sí*, piensa, y se hace la siguiente reflexión:

—Eso es inevitable. Pero no está próximo. ¿A qué mortificarme inútilmente? Lo que á mí me toca es contribuir á que la vida, mientras le dure, sea para ella lo más grata posible. Y para eso, ¿qué tengo que hacer? Pues estudiar. Y estudiaré; vaya si estudiaré, y mucho. Lo que me fastidia es el catedrático aquel que quiere las lecciones al pie de la letra. ¡Qué tontería! ¡Como si los estudiantes fuéramos máquinas que no tuviéramos la facultad de pensar! Por supuesto que cuando me pregunte, le doy la definición que á mí me parezca bien, y mientras no me-convenza de que es falsa, me quedaré con ella. ¡Pues no le puso á Martínez *muy bien* porque dijo el otro día la lección como una carretilla! A

ese Martínez, que cuando pierde una palabra ya no sabe seguir, y en cambio á mí no me puso más que *bien*, sabiendo la lección mucho mejor que el dichoso Martínez. ¡Pues no faltaba más! Se conoce que cuando esos profesores tenían diez y nueve años no sabían hilvanar dos ideas, y se les figura que todos son como ellos. No, pues lo que es yo, le diré que la inteligencia es incoercible y que yo pienso así por esto y lo otro, y si llama al bedel para que me eche de clase, pediré que se me forme consejo de disciplina, y ante los demás profesores demostraré que como catedrático lo he respetado, pero que tengo razón; y que como por el hecho de estar matriculado no se me ha cuadrulado la inteligencia á gusto de nadie, de este hecho indiscutible nace el derecho innegable de pensar, y del derecho de pensar el de manifestar mi pensamiento cuando se me pregunta tal y como es, sin mixtificaciones; que las ideas no son trajes que se venden al gusto del consumidor, etc., etc.

Y así iba enredando las cosas, hasta pasarse en claro toda la noche, dando con su

cuerpo vueltas y más vueltas en la cama, y vueltas y más vueltas á las ideas en su cabeza.

Al principio doña Angeles le consultaba á su marido estos insomnios de Pepe, pero D. Rafael se había limitado á contestar:

—¡Que haga ejercicio, que haga ejercicio!

Una vez se le ocurrió una idea un tanto peregrina. Cuando era Pepe chiquitín, al entrar en el período de la dentición, empezaron á darle hipoposfito de cal. Gracias á esto se había armado el pequeño de dientes y muelas sin la menor novedad, pero—y aquí entra la ocurrencia del doctor—el fósforo, suministrado con tanta asiduidad y durante un período demasiado largo, ¿no podía haber influido en el muchacho, favoreciendo en su funcionalismo la preponderancia del sistema nervioso?

Es probable que muchos médicos encuentren injustificada esta inquietud y este temor exagerado, pero aquel padrazo no pudo menos de preocuparse un tanto al ocurrírsele semejante cosa.

—Quizás le hemos dado demasiado hipo-

fosfite—decía á doña Angeles.—¿Te acuerdas del susto que pasamos el día que le propiné la cucharada sin saber que se la habías hecho tomar ya?

—Bendito Dios, ¡cómo se puso! ¡Qué inquietud le dió! ¡Cómo movía los brazos y charloteaba sin cesar, como si estuviera borrachito!

—Sí, como un canario en la campana neumática, cuando empieza á enrarecerse el aire—añadió el doctor.—Y pensando en alta voz continuó:

—Y es que el organismo es una máquina muy complicada, y sólo debe intervenirse en sus funciones cuando no queda otro recurso... Yo le daría bromuro de potasio... pero ¿para qué llenar de drogas al chico?

Y después de una pausa y como sentencia firme, puso término á estas reflexiones y á estas vacilaciones, diciéndole á su mujer.

—Mira; créeme. Paseo y carne cruda, y no te preocupes.

## VI

Saliendo por la calle de Leganitos, y dejando á la derecha el palacio de Liria, con sus columnas dóricas casi ocultas entre los árboles de su magnífico jardín-parque, y poco más allá el Hospital Militar, en otro tiempo Seminario de Nobles, que contó en el número de sus directores al famoso Jorge Juan, y en el de sus discípulos á Víctor Hugo, hallábase antiguamente una pedrada superficie; cubierta hoy por los barrios de Argüelles y Pozas.

Cuando ocurrían los hechos que voy refiriendo, eran aún contados los edificios que animaban aquellas soledades.

Dos ó tres grupos de casas y alguna que otra aislada, se veían aquí y allá, en aquellos terrenos alfombrados por menudas her-

bezuelas, reinando allí de noche la obscuridad más completa, turbada sólo á grandes trechos por alguno que otro farolillo de mala muerte.

En el piso segundo de una de aquellas casas vivía el Dr. D. Rafael Sánchez Urbe, con su mujer y su hijo Pepe; en el cuarto de al lado doña Mariquita y su hija Lola, y con ellas Emilio y el P. Jaime; en el principal la cubana, y en el primero la señora condesa de Arete.

Conoce ya el lector á los habitantes del segundo, y de los del principal tiene también noticia. Le hablaré, pues, de la inquilina del primero. Así resultará que de alto á bajo irá conociéndolos á todos.

La condesa, al mudarse allí, había hecho derribar, con la venia del dueño, un tabique, el que en los otros pisos separaba la sala del gabinete de la izquierda, haciendo de entrambas piezas una sola. Resultaba así una espaciosa habitación, que hacían parecer pequeña los muchos muebles esparcidos en estudiado desorden. Los tres balcones, adornados por doble cortinaje, dejaban paso á una media luz que acaricia-

ba tímidamente cuanto tocaba, prestándole un suave encanto.

Las paredes hallábanse cubiertas por los cuadros, espejos, medallones, soportes con figurillas y otros mil objetos de arte, de los más diversos gustos, estilos y caracteres.

Los sillones, de varias formas y telas, siguiendo al azar los caprichos de la moda, eran todos anchos, bajos y muy mullidos. No había uno que no convidara á arrellenarse en él. Y á ellos y á las ligerísimas sillas volantes, uníanse las plantas, pebeteros, veladores y *bibelots* que atestaban *la jaula*, como llamaba ella á su salón.

En el rincón más distante de la puerta, oculto á la vista del que entraba por un biombo de cuatro hojas en forma de litera, provista cada una de ellas de cristales y bordadas cortinillas, y cortando el ángulo, había un diván turco grande, lleno de almohadones de diversos tamaños, con los que se rodeaba la Condesa hasta encontrar una postura cómoda, transformando en una especie de nido el ancho sofá. Detrás, y medio escondido por las agudas hojas de una magnífica planta tropical, se alzaba un

precioso mármol de Carrara—una ninfa saliendo del baño; —y sin duda para hacer resaltar más los detalles, otro *paravent*, de terciopelo azul obscuro, servía de fondo á este cuadro, en el cual la señora se complacía en colocarse por lo que favorecía á su belleza, necesitada ya de estos artificiosos recursos.

Frente al sofá, tras los pliegues de un *portier* argelino, se hallaba una puerta, la del dormitorio sin duda, pues cuando algún descuido dejaba descorrida la cortina, se veía una hospitalaria cama más ancha que larga, de cuyas tibias molicies hablaba á la fantasía un edredón extendido sobre la colcha de raso encarnado, del cual arrancaba la luz como reflejos de llamaradas tentadoras.

En el sofá turco estaba la de Arete. Junto al diván había una mesa de te con una preciosa *bonbonnière*, un espejito de mano y varios periódicos, á los cuales servía de pisa-papel una novela francesa. Destacábase en la cubierta policroma del libro, sobre un cielo plomizo, una mujer elegantísima, de pie en el pescante de un *break*, con el borde

del vestido indiscretamente levantado por una ráfaga de aire, á cuyo impulso se había vuelto del revés su sombrilla roja. Sujetaba por la cintura á la monísima rubia, un *sportman*, temeroso quizá de que la fuerza del viento le arrebatara su esbelta compañera. En el fondo, apenas coloreados, se veían dos *jockeys* completamente encorvados sobre sus cabalgaduras á todo escape, para hacer entender, al que no lo hubiese comprendido á la sola vista de las dos figuras, que el episodio ocurría en unas carreras.

Aquel libro había sido hojeado varias veces, y otras tantas abandonado sobre la mesita.

La señora se sentía mortalmente aburrida. La noche anterior había estado en el Real. Era la inauguración de la temporada, y los raudales de luz, irradiados por los innumerables mecheros, temblaban en los brillantes, en las esmeraldas y en los rubíes, deslumbrando con todos los esplendores del lujo y la ostentación. Aquella mañana la prensa, en otros tiempos trompeta de la fama de su hermosura, apenas había tenido un recuerdo para ella. En cambio,

elogiaba mucho á unas cuantas mujeres, ninguna de las cuales servía, en opinión de la condesa, para descalzarle aquellas monisimas *mules* que llevaba. Sólo *El Problema* le reservaba una alabanza calurosa. Y eso, ¿por qué? Ella bien lo sabía: porque estaba allí el vecino, aquel joven de mirada picaresca á quien solía encontrarse en la escalera. Aquel tuno que la saludaba siempre con muchísimo respeto, pero con cierta expresión de codicia en los ojos.

Y la verdad es que era guapo.

Al ocurrírsele esta idea, quizá no por primera vez, se sonrió, recordando aquellos versos:

*Toujours la cousine aime le cousin;  
Toujours la voisine aime le voisin.*

(Que podemos traducir: «Siempre la prima ama al primo, y la vecina al vecino.»)

Ya en aquella corriente de ideas, fué pasando revista á los demás habitantes de la casa.

El hijo de D. Rafael era un chico con cara de niña, capaz de ruborizarse si le veía el pie á una mujer. En el principal, el

americano, un hombre feo, al cual podía aplicarse aquello de *el hombre y el oso...*, pero con mucho dinero. Comparándolo con él, su íntimo amigo el joven marqués de Lueco resultaría un pobrete. ¡Y qué recepciones podrían darse con aquel fortunón! ¡Qué trenes!...

La Condesa volvió á sonreirse; quizá se le ocurría la idea de modificar los versos del siguiente modo:

*Toujours la cousine aime les cousins*  
*Toujours la voisine aime les voisins.*

(O sea: «Siempre la prima ama á los *primos*, y la vecina á los *vecinos*.»)

Decididamente, aquella atmósfera tibia le caldeaba las ideas. Las siestas del ardoroso verano se prolongaban para ella aun en las tardes del nebuloso otoño.

—La verdad es—seguida pensando—que esta vida que hago está desprovista de emociones desde hace algún tiempo, y es necesario poner término al *spleen* que se va apoderando de mí poco á poco.

En cuanto al conde de Arete, el noble arruinado que lejos de ella y de su país tra-

---

bajaba como un negro empleando las horas que le dejaba libre su oficina, en llevar los libros de una casa de comercio, á fin de poder mandarle su sueldo íntegro... Para aquel desventurado, ella no tenía el más ligero recuerdo. Bastante había hecho con obtenerle la credencial...

## VII

Señalaba la una y media el reloj, cuando fué Pepe á pasar un rato con el periodista para *hacer tiempo* hasta la hora de marcharse á la Universidad.

Estaban comiendo cuando el estudiante entró. Habían servido ya la sopa, que era de arroz por más señas, el tradicional cocido, y Lolita, la hija de la patrona, señorita y sirvienta á la par, como era su madre ama y cocinera á un tiempo, colocaba en la mesa la fuente de carne guisada que olía á gloria, al decir de Emilio, esto es á laurel, *principio* y fin de la comida, como postre de la cual figuraban en un plato unas pasas y unas almendras tostadas.

—¿Cómo sigue la niña del principal?— preguntó Emilio al cabo de un momento.

—Mucho mejor, según me ha dicho mi padre. Ayer no tuvo ya fiebre.

—¡Parece que le interesa á V. esa joven-cita!—observó Lola retirando la fuente del estofado.

—Se equivoca V.—respondió.—No la conozco en absoluto. De lo que éste (refiriéndose á Pepe) me ha dicho, he deducido que debe ser aún muy niña, pero nunca la he visto, y si la he visto, no he reparado en ella. Y creo que en el mismo caso nos encontramos todos, porque esa familia, si no me engaño, no ha salido á ninguna parte desde que vive en esta casa...

—Anda V. atrasado de noticias, señor noticiero —dijo entonces el cura. El padre, á quien he tenido el gusto de conocer, va á la iglesia todas las mañanas muy tempranito. Hoy mismo me ha estado pidiendo informes y noticias que deseaba adquirir, porque se propone regalar una iglesia al pueblo de Miraguelles.

Apenas hubo dicho el cura estas palabras, los dos jóvenes le agobiaron á pre-

guntas acerca del vecino y su familia.

Poco pudieron sacar en limpio. Averiguaron que se llamaba D. Pedro Indiano, que había hecho su fortuna en Cuba durante la guerra, y nada más. Porque el Padre Jaime, si sabía otras cosas, no tuvo á bien participárselas á aquel par de curiosos.

Pasado el rato de sobre mesa, Emilio y Pepe se levantaron y se fueron al gabinete del periodista. Allí éste, dando rienda suelta á sus ideas, dijo á su amigo:

—En fin, dejemos la novela de la cubana y hablemos de la realidad. Quien me preocupa ahora es la otra vecina, la de Arete. Sí, chico, la Condesa es una jamona, un poco demasiado jamona, es cierto, pero fresca y salada, lo cual nada de extraño tiene, por que los jamones sosos no resisten la acción del tiempo. La sal y la pimienta sirven de mucho á las conservas de carne. Gracias á ellas, mantiene la vecina sus encantos y triunfa todavía. Es una mujer influyente, muy bien relacionada. Convéncete, chico. Me conviene su amistad. Los que vivimos del mundo, necesitamos, para abrirnos paso, de una mujer *de mundo*.

—Pero, ¿por qué no te casas, Emilio? Dirígete á una señorita de buena familia, pide su mano...

—Aquí no se trata de eso. Es otro el problema. Las niñas lo que buscan es la sombra de un marido, y si yo tuviera, por fortuna mía, *buen sombra*, no sería la que ellas apetecen, que es sombra de protección, sino la que sirve para caer en gracia de quien me protegiera á mí, que buena falta me hace. Desengáñate, esa no la dan las muchachas á quienes yo puedo pretender. Lo que á mí me hace falta es una vieja medianamente pasable. ¡El porvenir de la juventud masculina está, por la ley de los contrastes, en la senectud femenina! Una vieja influyente hace ministro á cualquier pisaverde. Y la condesa es una vieja *ad hoc*.

—¡Por Dios, Emilio! Cualquiera que te oyese, pensaría que tú no respetas canas...

—¿Y quién piensa en canas ahora? ¡No hay cuero curtido que tenga una! Ni por las mientes se me ocurre ofender á la mujer honrada que llega á la vejez habiendo vivido decentemente. Ellas tienen todo mi respeto. Me he referido, al hablar de *viejas*,

á las que niegan sus años, y atacándolos con una batería de cosméticos, unturas y afeites, andan librando batallas de amor por esos mundos.

Y volviendo á las ideas de las cuales le apartó la interrupción de Pepe:

—Nada, chico, que el que no se avispa se queda atrás, y es preciso aprovechar el tiempo. Me estoy anulando con el trabajo diario de ese periodicucho, y esto no puede seguir así. Decididamente, me hago *intimo* de la Condesa.

Y diciendo esto, se quedó un momento pensativo. El estudiante, al verlo preocupado con la idea que acaba de emitir, le preguntó:

—¿Cómo te vas á manejar para conseguir tu propósito!

A lo cual respondió al cabo de unos segundos:

—Es muy sencillo. Yendo á visitarla directamente.

—¿A visitarla? ¿Qué dices?

—Lo que oyes. Compro el pañuelo de batista más ideal que haya en Madrid, le hago bordar su corona correspondiente, lo arru-

---

go un poco, y en una perfumería le doy un aroma muy tenue y muy discreto. Con él me presento en su casa diciéndole que lo he encontrado en la escalera, que lo creo suyo, y voy á devolvérselo... y aquí paz y después...

## VIII

La de Arete se aburría en aquel momento, oyendo las tonteras que le contaba Serafín Bastón Ocaña, un pollo recién llegado de Palma, en cuyo Instituto había cursado, con mil tropiezos, las primeras asignaturas del bachillerato y á quien sus padres enviaron á Madrid con el propósito de que lo terminara y de que hiciera la carrera de leyes.

Parecióle, sin embargo, al mozo, que era denigrante para él revelar su verdadera situación, y decía á todas las personas con quienes hablaba, que era estudiante de Derecho. Para dar más visos de exactitud á su afirmación, solía ir á la Universidad á las clases del primer año, y luego, con cierto misterio, á casa de un pobre joven doctor en Filosofía y Letras, que por la

módica suma de cuatro duros al mes, le repasaba las asignaturas que le faltaban y le preparaba para los ejercicios del grado.

Traía no pocas cartas de recomendación, y fué á parar á una casa de huéspedes de la calle de Jardines, donde trabó conocimiento con otros varios jóvenes. Una noche, á poco de residir en la villa del Oso—como decía él—hallábase en el teatro con uno de sus compañeros de pupilaje, cuando le llamó la atención una dama que ocupaba una platea.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó el forastero.

—La de Arete—le respondió su acompañante, cuyo conocimiento de las gentes y las cosas de la corte, admiraba vivamente Serafin.

—¿La condesa de Arete?—preguntó de nuevo éste, aun no familiarizado con esa manera de llamar á las señoras de la *alta aristocracia* que decía doña Mariquita, la patrona de Emilio.

—Sí. ¿La conoce V.?—hubo de preguntarle el otro al notar algo en el modo que tuvo el mallorquín de repetir el nombre.

—Traigo precisamente para ella una carta de un empleado de Palma, amigo de mi familia, á quien ella colocó.

Y queriendo darse tono, repitió el forastero como de propia cosecha, lo que le había dicho su profesor de latín, cuando al despedirse de él le enseñó el sobre de la carta:

—¡Arete... Arete! Si la memoria no me es infiel, esa palabra en griego quiere decir virtud.

—Eso será en griego y en Grecia, porque lo que es en España, y por lo que se refiere á esa prójima, crea V. que significa todo lo contrario—le respondió su *cicerone*.

Como comprobantes de esta afirmación, le refirió una porción de historias escandalosas, en las cuales la Condesa, cuando no hacía de protagonista, desempeñaba otros papeles no menos importantes.

Todo aquello hirió vivamente la imaginación de Serafin, que acarició con fruición la idea de formar entre los admiradores de la dama.

¡Qué efecto produciría entre sus amigotes de allá, la noticia de su amistad con una condesa!

Este era el tipo y estos los propósitos que le animaban al hacer su primera visita á la de Arete, la cual conoció bien pronto al necio que tenía delante.

Hacia vivos esfuerzos por disimular su aburrimiento, cuando el *groom* pidió permiso para entrar.

El muchacho, sin mover la cabeza, encajada en el cuello alto y tieso que le agarrataba, presentó en una bandeja de plata una tarjeta, la de Emilio, debajo de cuyo nombre y apellido se leía: «Redactor *en jefe* de *El Problema*».

—¡Ah! ¡Ya!—dijo para sí; y volviéndose al lacayito:

--Que tenga la bondad de pasar—ordenó.

Emilio, con el sombrero en la mano, se adelantó en una actitud correctísima. Parecía acercarse con respetuosa timidez; pero un observador perspicaz hubiera sorprendido, á través de aquella aparente indecisión, su resuelto aplomo, como en medio de los zigs-zags de una culebra se ve precisa su dirección cuando se conoce el punto al cual se dirige.

Inclinándose profundamente, saludó á la

señora. Invitado por ella, tomó asiento, y apresurándose á explicarle el hallazgo que motivaba su visita, puso en sus manos el monísimo pañuelo.

Comprendió ó adivinó ella la estratagema, y pensó: «¡Tiene gracia! El marqués de Lueco hubiera sido incapaz de valerse de un medio semejante para llegar hasta mí. ¡Ah, tunante! ¡Ahora verás!»

Y levantando los ojos, después de examinar el pedazo de batista, le dijo con una sonrisa deliciosa, con aquella sonrisa que había vuelto el juicio á muchos, pocos años antes:

—Sí, señor; creo que es efectivamente mío, y doy á V. un millón de gracias, vecino, por su atención.

Restituido, pues, el pañuelo, á su supuesta dueña, hizo ésta la presentación. Se habló de las casas de huéspedes, de la vida bohemia que el periodista hacía, y de otras muchas cosas que no he de mencionar siquiera, bastándome con dejar dicho que al cuarto de hora hablaban los tres como antiguos amigos, y que Emilio estaba en sus glorias al encontrarse con un éxito superior á sus propias esperanzas.

## IX

—Cuéntame, cuéntame lo que pasó abajo. ¡Por fin te saliste con la tuya!—Y Pepe se frotaba las manos, disponiéndose á oír cosas que imaginaba peregrinas.

—Cuando entré había allí un provincianito, un tipo *cursi*.—Así empezó el periodista á contarle detalladamente su visita.

Sufría el muchacho un desencanto completo, según se iba enterando de lo que le refería su amigo, hasta que, ya sin poderse contener, exclamó:

—¡Pero... chico! ¡Yo me había figurado otra cosa! ¿No te parece que todo eso no resulta muy propio que digamos de una señora? Yo creía...

—¡Qué hermosa ignorancia tienes de la vida! ¿Piensas acaso que si se hubiera tra-

tado de una señora, hubiese yo confiado á un procedimiento semejante el éxito de mi empresa? ¿Se me hubiera ocurrido por ventura nada de lo que he hecho? A las mujeres como esa se les trata, cuando es preciso, con las apariencias del respeto. Es la moneda corriente: pero nada más que con las apariencias. A una verdadera señora le molesta una mirada de grosero apetito asettata á sus encantos; á una de esas hembras le halaga. Hay que decirles: con los labios «¡Beso á V. los pies!» y con los ojos «¡Bendita sea tu gracia!» (En lugar de esta última frase, Emilio dijo otra que no he de estampar.) Cuando hayas vivido un poco más, conocerás á esas mujeres á la legua. La sociedad, que obliga á las gentes á forrarse el cuerpo con trajes de ciertas formas, les fuerza á revestirse de ciertas apariencias. Pero así como á pesar del vestido el que es alto, alto sigue, y el que es bajo, bajo también, y jorobado el que tiene joroba; así en las líneas y en las maneras, en el gesto como en las actitudes, por encima de esos convencionalismos revela cada cual lo que es. Y á través de todo se muestra la mujer

honrada, y sea cual fuere su posición en el mundo, tiene la aventurera el sello de su condición moral... Pero, no he acabado de contarte mi visita. Figúrate que cuando estábamos charlando se presenta... ¿A que no lo adivinas?

—¡Dilo de una vez!

—Pues vestida con una falda de un color gris obscuro y encajes negros, sobre la que caía una chaquetilla ligeramente holgada, dejando asomar aquellas curvas...

—¡Curvas, dijiste! ¿Hablas de la vecina del principal, de la cubana?

—Justamente, de Paz; que estaba hecha una maravilla. Hablamos de vosotros. Contó que á su hija le cuesta mucho trabajo tragar las píldoras, á propósito de las fatigas que pasa para tomar las que tu padre le recetó. Me encargaron que os diera recuerdos. No dejes de decírselo á tu padre.

—¿Conque estaba tan elegante esa señora?

—Sí, chico. Es decir, elegante precisamente no: guapa, guapísima. El mallorquín no le quitaba los ojos de encima. La verdad es que estaban encantadoras las dos.

La madre es una hermosura espléndida, *boccatto di cardinali*, y la hija una muñeca bonita, una belleza delicada é interesante... Yo estoy por lo positivo: entre el capullo y la rosa, prefiero la rosa. Por eso no me importaba que el tipo ese—que por cierto es compañero tuyo—mirase á la chica; se la cedo. Pero me cargaba su insistencia en mirar á la madre...

—¡Por Dios, Emilio!... ¡No ibas á hacerle el amor á la Condesa! ¡Parece que te complaces en amontonar lo ilícito sobre lo ilícito!

—¡Toma! No son cosas incompatibles. Podrá haber incompatibilidad entre lo lícito y lo ilícito, ¡pero entre lo ilícito y lo ilícito!... ¡Son sumandos homogéneos!

Pepe estaba acostado, con la luz sobre la mesa de noche y el libro en la mano. Era la obra de texto *El Derecho penal estudiado en principios y en la legislación vigente en España*, por D. Luis Silvela. Pero si los ojos se detenían á ratos en la lectura, otras ideas embargaban por completo su atención.

EL DELITO, LA PENA: *relación entre el delito y la pena*; esto era lo único de que se había hecho cargo en todo el tiempo que llevaba con el libro delante.

—¿Conque á Emilio no le gustaba que el tipo que había en casa de la Condesa mirase á Paz? En cambio, no le importaba que mirase á la chica. *Se la cedo*, sí, eso dijo, ¿y con qué derecho? ¡Cómo se reparte la gente lo que no es suyo!

Vamos, resulta inexplicable... Va á visitar á la Condesa tratando de conquistarla, encuentra allí á Paz, y no le gusta que la miren... Y luego, le parece la hija preciosa y *se la cede* á ese prójimo, de quien dice que es un tipo antipático... y no se acuerda para nada de mí...

La verdad es que me trata como á un niño de teta, ¡y qué demonios!, ya soy un hombre. ¿Por qué no podría yo agradarle á esa muchacha? ¿Que estoy en la edad *del pavo*? ¿Que la pelusilla que tengo en la cara más parece falta de limpieza que varonil adorno? ¿Quién dice que por esto no he de gustarle á la chicuela? ¡Lo que falta es que me guste ella á mí!...

¿Y en lo de la novela que piensa escribir? Decía que iba á ser su colaborador, ¡pero de qué modo!... Todo estriba en que tiene de mí una idea muy pobre, y por más que lo disimula, por no lastimarme, yo lo conozco. En balde me elogia cuando le digo cosas que no valen la pena; en el fondo, si no cree que soy un tonto, no anda lejos de pensarlo. Lo prueba bien el caso que hace de lo que le digo. Lo que sucede es que

presenta las cosas de tal manera, que aún hay que quedarle agradecido... Si; lo que es rencor no puedo guardarle, ¿por qué?...

*Se la cedo...* ¡Vaya, vaya, señor repartidor de corazones, no están mal esas relaciones que V. ha autorizado, por su real voluntad, entre Sunchita y el amigo de la Condesa!...

*Se la cedo...* Sí, ¿eh? ¡Qué gracia tiene!

*Se la cedo...*

Doña Angeles vino á interrumpir entonces el curso de sus ideas entrando en el cuarto:

—¡Hijo de mi alma, ya son las once y media! No estudies más, que se te fatiga la vista y se te cansa la cabeza. Luego no vas á poder dormir. Conque deja el libro, y á descansar.

El muchacho pensó que en toda la noche no había leído más que aquel epigrafe, *EL DELITO, LA PENA: relación entre el delito y la pena*, y tuvo algo así como remordimiento cuando sintió que su madre le besaba en la frente.

Después la buena señora apagó la vela, se humedeció el pulgar y el índice en la

boca, ahogó entre ellos la pavesa para que no echara humo, y, cerrando cuidadosamente la puerta del pasillo, fué á decir á su marido que era ya hora de acostarse.

D. Rafael, sentado junto á la camilla del comedor, se había dormido dulcemente.

## XI

No necesito decirle á la lectora que Pepe pasó una mala noche, porque tengo para mí que lo ha adivinado ya.

Y apuesto cualquier cosa—yo que soy enemigo de apuestas—á que ha adivinado también el proyecto con que se levantó al día siguiente.

*Me siento página*, y creo sorprender en el rostro femenino que me lee una sonrisa maliciosa. ¿Lo ve V.? Pues así es. Acertó V., lectora; ese era el proyecto: hacer el amor á Suncha para demostrar á su amigo, y también para demostrarse á sí mismo tal vez, que era todo un conquistador.

Sentía, como una viva exigencia de su amor propio, la necesidad de gustarle á la vecina y de entablar relaciones con ella.

Todos sus compañeros tenían novia; él era el único que no había hecho latir con fuerza el corazón de ninguna muchacha, lo que no dejaba de ser un poco ridículo en un hombre que había cumplido diez y nueve años.

El mismo Martínez, el compañero de clase que daba las lecciones de memoria, tenía ya su Dulcinea.

Aquel día se peinó con más esmero que de ordinario. A las siete y media, cuando, después de desayunarse, iba por la escalera con los libros y los programas bajo el brazo, dirigió una mirada á la puerta del principal derecha. Ya en la calle, levantó la vista á los balcones que correspondían al piso habitado por Suncha, y mientras pudo distinguirlos volvió repetidas veces la cabeza.

Nunca le habían parecido tan largas las horas, ni tan enojoso el monólogo del catedrático. Por fin llegó el momento de volver. Nuevas miradas al balcón desde la calle, á la puerta en la escalera, y preocupación constante durante la comida. A los postres se dió de pronto una palmada en la frente:

—¡Qué cabeza tengo! ¡Pues no se me había olvidado!

—¿De qué se trata?—preguntaron, por boca de D. Rafael, éste y doña Angeles.

—Que ayer me dió Emilio memorias para Vds. de las vecinas del cuarto principal, á las cuales encontró en casa de la Condesa.

—¡Vaya, hombre! ¡Nos habíamos figurado que era otra cosa!—exclamó doña Angeles.—Pues muchas gracias. Dile á tu amigo que cuando vea á esas señoras les devuelva sus recuerdos de nuestra parte.

—¡Ah, papá! Estuvieron contando que á Suncha le cuesta mucho trabajo tragar las pildoras que le recetaste.

—¡Se conoce que está muy mimada esa niña! Si me lo hubieran advertido, le habría recetado el hierro en otra forma. A Emilio que se lo diga, porque si á ella le cuesta mucho trabajo tragarlas, á mí me cuesta poco escribir otra receta.

—Si quieres, yo se lo puedo decir cuando las encuentre en la escalera. Me cuesta menos aún, y le ahorraremos esa mortificación.

—Como quieras.

Después fué Pepe un rato á ver á Emilio, con quien habló de mil cosas, pero sin decirle una palabra del proyecto que ya había tomado forma en su ánimo.

Sí. Era cuestión resuelta para él. Tiraría del llamador, preguntaría por la señora, y le daría el recado de su padre. ¿Que no era él capaz de hacerlo? ¡Se vería!

Y á pesar de su decisión, pasó una vez, y otra, por delante de la puerta, miró el llamador de reluciente metal y se resolvió á tirar de él... sin que llegase nunca á sonar la campanilla.

Una mañana que entró en clase con la cabeza llena de los improperios que se dirigía á sí mismo por su irresolución, le preguntó el catedrático la lección del día, y á pesar de que el pobre Martínez trató de *apuntarle* con disimulo, no acertó á decir nada que tuviera sentido.

Lo cual le distrajo de sus proyectos amorosos, haciéndole comprender que no podía abandonar tanto sus lecciones por una chiclea *estúpida* que nunca se asomaba al balcón para que él pudiese verla.

Así fueron pasando los días y las semanas.

¿Había el estudiante desistido de sus planes? No era de creer, aunque nada hiciese para realizarlos. Una tarde, de vuelta á su casa, á eso de la una y media, subía la escalera tarareando un aire popular. En aquel momento estaba pensando cualquier cosa, ¡vaya V. á saber lo que sería!, cuando levantó los ojos y se encontró á Suncha, que bajaba con la criada, una mulata vieja.

Se detuvo en el descansillo del piso primero para dejarles paso, y saludó respetuosamente, poniéndose como la grana.

Ella le miró con sus ojazos brillantes, y contestó á su saludo con una agraciadísima inclinación de cabeza. Después que pasaron hizo un movimiento para dirigirse á ella y darle el recado de D. Rafael; pero la cubanita volvía al mismo tiempo la cara, y él, confundido, para disimular, se inclinó por encima de la baranda, como si tratara de ver á alguien que estuviera en el portal.

Después subió á toda prisa los peldaños que le faltaban para llegar á su casa, y una vez en ella, se asomó al balcón.

Los edificios que recortaban el horizonte

levantaban sus tapias rectangulares, dejando unos huecos á sus espaldas, que, una vez cerradas las manzanas de casas, se convertirían en pozos cuadrados para que pudiese bajar un poco de aire y de luz al fondo de los estrechos patios. Luz y aire tasados por los codiciosos cálculos de los propietarios con una avaricia que contrastaba con la generosidad de la naturaleza, la cual ofrecía todos los rayos del sol y toda la expansión que necesitaba á cada agrupación de hojas, á medio secar, de los árboles formados en hilera que á la derecha dibujaban el trazado de una futura calle.

Pero el estudiante no se fijaba en eso.

Seguía con mirada atenta un manojo de flores y cintas de vivos colores que parecían resbalar por el borde de una empalizada de tablas ennegrecidas á la intemperie.

Las flores y los lazos cruzaron del borde de la empalizada á la acera opuesta, y se alejaban, resaltando, ya sobre las paredes claras, ya sobre los portales oscuros, ya sobre el césped aterciopelado. Flores y lazos coquetamente prendidos entre las alas

---

del sombrero que cubría los cabellos negros de Suncha, cuya esbelta figura, junto á la figura amazotada de la vieja mulata, desapareció al fin, dirigiéndose hacia el Palacio Real.

## XII

—¿A Pepe? ¿Dé parte de la Condesa? No, Gertrudis, habrá dicho *al señorito*, pero el recado debe ser para Rafael. Llame V. al muchacho; verá V....

La criada hizo subir de nuevo al lacayito, y él mismo le repitió á doña Angeles palabra por palabra:

—Que de parte de la señora Condesa le dijeran al hijo del doctor que tuviese la bondad de pasarse por su casa.

No cabía duda.

—Nada, nada, pues dígale V. á su señora que está bien; que no se encuentra aquí en este momento, pero que en cuanto venga se le dirá.

Si el recado hubiese sido para D. Rafael, no le hubiera llamado la atención. Una vez le avisaron porque se sintió la Condesa re-

pentinamente indispuesta, y desde entonces el doctor la había asistido en distintas ocasiones. Así es que nada de particular tenía que lo llamase. Pero á Pepe, ¿para qué podía necesitarlo?

Nunca habían tenido, fuera de las visitas de médico de D. Rafael, otras relaciones que el cambio de tarjetas primero y el de saludos después, cuando se encontraban en la escalera.

¿Para qué querría ver á su hijo aquella mujer? A ella no le gustaba la vecina. Su bondad natural la llevaba á no pensar mal de ella, y cuando algún chisme de vecindad llegaba á sus oídos, la excusaba siempre en su fuero interno. Pero aunque la excusase, no simpatizaba con ella. Sus relaciones con el joven marqués de Lueco no eran para nadie un misterio, y las frecuentes visitas del aristócrata no podían pasar inadvertidas para el menos avisado.

Por lo cual, no había de ver con gusto que la de Arete llamase á su hijo.

¿Y para qué? Esta pregunta se la hizo una porción de veces, sin acertar con el objeto que la Condesa podía proponerse.

Volvió el estudiante de clase, y su madre le dió el recado de la vecina, que sorprendió al hijo tanto como á ella.

Al fin llegó la hora de la visita.

La de Arete recibió al estudiante en el salón que el lector conoce ya. En aquel momento estaba recostada en el diván, recorriendo las hojas de un álbum de retratos.

Corrigió un poco su indolente posición y arregló un tanto los pliegues de la bata.

Pepe, al entrar, se encontró á obscuras. No lo estaba precisamente *la jaula*, pero como venía con la pupila llena de luz, apenas podía distinguir los objetos en aquella media obscuridad. La Condesa lo comprendió en seguida al ver sus ojos muy abiertos, y el movimiento de las manos que se adelantaban como para prevenir un tropiezo con los muebles y plantas que en confusa profusión había distinguido al abrir la puerta.

El muchacho estaba correctamente vestido. Sobre sus abiertos ojazos, coronando aquella hermosa frente, sus cabellos, partidos por una raya irreprochable, se inclinaban uniformemente á los lados, gracias al cosmético, pero al llegar á la coronilla,

un mechón rebelde había resistido á la acción del peine y del cepillo, y se levantaba á modo de pequeño plumero. Detalle que, unido al aire de embarazo y de cortedad del visitante, hizo muchísima gracia á la Condesa.

—Pase V., pase sin temor—le dijo con un tono de afectuosa familiaridad.—Por aquí, por aquí—añadía, guiándole con sus indicaciones.—La claridad viva de la calle lastima los ojos de un modo atroz, y hay que apagar un poco su excesiva dureza; pero ya se irá V. acostumbrando á esta media luz.

En los oídos de Pepe, aquella hipérbole viviente, la frase de «ya se irá V. acostumbrando», sonó como una profecía. Hizo al oírla un movimiento, y en su torpeza dió con un *acuarium* que había en el centro del segundo de los compartimientos en que el salón resultaba dividido por los muebles y las plantas.

—¡Ea, demonios!—pensó.

Por fin alcanzó una especie de taburete con dos dedos de espaldar, colocado cerca del sofá, y en el borde tomó asiento, des-

pués de estrechar la mano perfumada que le tendían.

Poco á poco iba distinguiendo lo que le rodeaba.

La vecina vestía una bata de *peluche* en forma de túnica, color rubí, forrada de raso rosa, con el talle apenas ajustado, y anchas mangas que permitían admirar el torneado brazo, cuyas líneas, si habían perdido ya mucho de precisión y finura en su arranque, se conservaban admirables aún. La túnica, abierta por delante, caía sobre un vestido interior de finísima muselina blanca de la India, atrevidamente descotado, sujeto á la cintura por un grueso cordón de oro. Los pliegues seguían las ondulaciones del cuerpo con tal precisión, que se hubieran podido modelar sus formas.

—Me han dicho en casa que V. me había hecho el honor de llamarme, y aquí estoy á sus órdenes. V. dirá, señora, en qué puedo serle útil, porque tendré mucho placer en servirle.

Este modo tan decidido de entrar en materia hizo sonreír á la de Arete, al comprender, por el tono, que las palabras venían

estudiadas y aprendidas desde la escalera y quizá desde antes. Luego, las miradas de Pepe, ya acostumbradas á la media luz de la habitación, que parecían detenerse antes de tropezar con sus encantos, como rehuendo temerosas las seducciones de su provocativa belleza, vinieron á aumentar la gracia que le hacía el encogimiento del muchacho, porque para ella constituía aquello una verdadera novedad.

Dejó el canto del álbum, que tenía en la mano, descansar á lo largo de la falda. Bajo el peso del volumen, la tela se ciñó más, y las líneas se dibujaron con más fuerza, y jugando con el broche de plata mientras hablaba, explicóle el motivo por el cual le había hecho llamar.

—Me ha sido eficazmente recomendado por un amigo de Palma, un joven, Serafin Bastón, que ha venido á estudiar Derecho. Hablando el otro día de sus asignaturas, porque yo tengo el defecto quizá de interesarme mucho por todo lo que á mis amigos se refiere...

—¡Oh, señora!—exclamó Pepe.—A mí me parece... creo yo que eso... no es un defecto...

—Quizá no; pero, por lo menos, es un mal muchas veces para una misma; que tanto se peca en este mundo por exceso de corazón, como por defecto...

«Que tanto se peca»... esta frase, que la Condesa, autorizada por el uso, empleaba en un sentido metafórico, hubiera podido tomarse en su sentido directo, sin que la verdad padeciera mucho...

Y después de una ligerísima pausa, que he aprovechado para hacer esta observación, continuó, presumiendo que el muchacho no había entendido la intención de aquel reproche, dirigido á sí misma:

—Pues, como iba diciendo, Serafín me contó que de una de las tres asignaturas que estudia, no hay libro de texto y que necesitaba buscar los apuntes del profesor. Le hablé de V., y le ofrecí pedírselos para él. Desearía, pues, que si los tiene, me hiciera el obsequio de prestármelos, para que mi recomendado los copie.

—Sí, señora, con mucho gusto.

—Ya sabía yo que los tendría, y estoy segura que serán las mejores que pueda copiar mi amigo, porque tengo noticias

muy lisonjeras para V. de su aprovechamiento.

—Señora—dijo el estudiante halagado por el elogio—eso es favor que V. me hace. ¿Y quién ha podido darle esas noticias?

—Un pajarito que yo tengo y que me lo cuenta todo—dijo ella con aire de malicia infantil, haciendo un movimiento de refina-da coquetería.

—Dígamelo V., señora, para saber á quién debo ese favor...

—Justicia, nada más que justicia.

—Pero, ¿quién le ha hablado á V. de mí?

—En primer lugar, su papá...

Pepe interrumpió:

—¡Toma, mi padre qué va á decir! No le crea V., señora. A él, cada *sobresaliente* mio, que es una nota hecha para todos, se le figura una Gran Cruz de la Legión de las Inteligencias Superiores.

—Vamos, no es tonto—pensó la Condesa; y hablando en alta voz, añadió:—Tiene gracia esa orden que V. ha creado y á la que pertenece con títulos de fundador. Pero además, esas noticias las ha completado una persona cuyo retrato estaba colo-

cando en este álbum en el momento en que ha llegado V.

— Me gustaría mucho saber de quién se trata.

— Pues va V. á verlo.

Con este motivo, la de Arete le hizo acercar su silla al diván, y colocó el álbum sobre las rodillas de entrambos casi tocándose.

— En este libro guardo por orden cronológico los retratos de las personas que han merecido más vivamente mis simpatías y que representan algo en mi vida.

Y como al decir esto abriese el álbum por la primera hoja, Pepe, al contemplar el retrato que en ella había, no pudo menos de observar:

— ¡Qué elegante figura! ¡Hermosa cabeza! ¿Será su marido, el señor Conde?

La de Arete sufrió con aquella pregunta una contrariedad que se desvaneció pronto, porque en su espíritu estas impresiones pasaban tan rápidamente como el aliento sobre una bruñida lámina de acero.

— No. ¿No le he dicho á V. que están colocados por orden cronológico? El retrato

del Conde es el cuarto. Este es el señor de Jarana, un empresario muy rumboso que hubo en Madrid. Fué para mí como un padre. Me conoció cuando todavía era una niña, y me dispensó favores grandisimos.

Y volvió la hoja, y, al volverla, su brazo desnudo rozó la mano del estudiante. La Condesa se sentía un tanto impresionada, ¿por qué no decirlo? Aquel muchacho tan inocente, tan desconocedor de las cosas de la vida, estaba clamando por una mano que le iniciase en sus misterios.

Al volver las restantes hojas, su brazo rozó de nuevo la mano del estudiante, y al mirar juntos las fotografías casi se tocaban sus cabezas. Resultaban así, colocados en tan íntima actitud, que creía el estudiante sentir el corazón de su vecina, cuyos latidos se aceleraban al compás agitado de la transparente gasa que cubría el seno, y cuyo fuego se desprendía repartido en suspiros rudimentarios, ahogados, que no á otra cosa se asemejaban las vibraciones trémulas de su alentar ardoroso.

El muchacho no se atrevía á moverse. Sus nervios, bajo la influencia de aquella

atmósfera, tenían extrañas vibraciones; el corazón, como si absorbiese toda la sangre, parecía esponjarsele y pesarle en el pecho, y sentía una especie de vago adolorimiento en las articulaciones de las extremidades y un raro cosquilleo en el cuero cabelludo, como si se encontrara sobre el banquillo eléctrico, bajo la acción del fluido poderoso.

Por fin llegaron al último retrato.

—¡Emilio!—exclamó sorprendido al verlo, echando atrás el cuerpo con un movimiento brusco—¡Qué tonto! Debí haberlo comprendido. ¡Y qué bien está!

La Condesa, contrariada por aquella sacudida que había como interrumpido la corriente en que estaban envueltos, se limitó á convenir con él:

—Sí, está muy bien.

—¡Emilio! ¡Mi buen amigo! ¡Quién sino él podía ser!—Y sintiendo la necesidad de pagarle el elogio en la misma moneda, añadió:—Escribe divinamente, tiene mucho talento, y, sobre todo, lo que yo envidio en él, es ese aplomo que le da su conocimiento del mundo.

«Efectivamente, tiene todo lo que á ti te falta»—pensó su interlocutora.

Y, con astucias de raposa vieja, adelantándose á prevenir lo que á ella pudiera perjudicarle la influencia de su amigo en el ánimo de su visitante, dijo:

—Realmente es un joven de mérito, aunque un poco escéptico y un tanto seco de corazón, por lo cual resulta á veces injusto en sus apreciaciones, sobre todo al tratarse de nosotras, las pobres mujeres. Tiene, en cambio, brillantes cualidades — continuó por vía de desagravio, observando el cambio de expresión de Pepe al oír estos juicios respecto á su amigo,—y me felicito de que tengamos amistades comunes. Esto sella la nuestra, pues parece un lazo más entre nosotros. Lo que es yo no renuncio á V. después de haber tenido el placer de hablarle. Seremos, pues, muy buenos amigos. ¿No es verdad?

—Desde luego, señora.

Con lo cual Pepe creyó terminada su visita, y, poniéndose de pie, ofreció á la Condesa traerle los apuntes para su protegido.

La de Arete, al verlo levantarse, no pudo menos de decirle:

—¿Pero se marcha V. ya?

—Sí, señora —le respondió el estudiante con la mayor naturalidad y sin comprender su extrañeza, —me están esperando en casa.

Y, después de estrecharle de nuevo la mano, salió del gabinete, y al llegar á la escalera hizo una profunda inspiración para absorber el aire puro que necesitaban sus pulmones.

### XIII

—¡Qué simpática me fué V. desde el momento en que la conocí! (Y al decir esto le dió un beso.) Cuando estuvo Suncha enferma, y la veía á V. sufrir, ya sabe cuán sinceramente compartía su pena. Comprendí desde el primer instante que V. tenía un hermosísimo corazón, un corazón bueno y expansivo, de esos que se complacen en multiplicar sus satisfacciones, compartiendo las de los demás y en aminorar los dolores ajenos tomando en ellos una gran participación. Desde entonces me preocupó ese aislamiento en que V. se encuentra, sin una persona amiga con quien confundir sus tristezas y sus alegrías.

—Tiene V. razón, Condesa; hace ya mucho tiempo que me hallo en una penosísima situación de espíritu.

—Pues vamos á cambiar de vida por completo. ¡Seis meses en Madrid, y no haber ido ni siquiera por curiosidad á ver un teatro! Eso no puede ser. Yo convenceré á Pedro, y juntos iremos á todas partes. Si él no quiere venir, obtendremos su consentimiento, y me las llevaré á V. y á Suncha... ¿Que Pedro es un ogro? Eso corre de mi cuenta. Antes de una semana vamos al Español. Es V. una mujer hermosísima, y no estoy dispuesta á tolerar que continúe encerrada entre cuatro paredes. Es preciso arreglarse, componerse un poco, y hacer admirar al mundo los dones que la naturaleza se complació en atesorar en una personita tan interesante. Es cosa resuelta.

La de Arete había comprendido perfectamente la situación de aquella familia. Paz era una criatura realmente hermosa, pero de una *hermosura de prospecto* que no podía perjudicarle; era, por el contrario, un reclamo, una *carriata* para traer gente á su palco. La cubana no quería á Pedro, y eso se comprendía á la legua, le era violento hablar de él. Estuvo casada con un Juan, á quien había adorado, de quien era hija Sun-

cha y que murió dejándola en mala situación. Entonces Pedro que era un amigo de éste, se erigió en su protector. Pero Pedro no era su marido. Paz no se lo había confesado aún. Ella lo había comprendido muy pronto, sin que esto tuviera ningún mérito, porque á la cubana le costaba mucho trabajo disimular, y sus esfuerzos por ocultar lo que pensaba y sentía resultaban inútiles. Era una naturaleza de una transparencia infantil. La de Arete estaba segura de que con un poco de habilidad por su parte, no tardaría en hacerle sus confidencias, y tan segura como de esto, estaba de que la satisfacción de manejarla á su antojo no había de costarle mucho.

Empezó pues á trabajar para el logro de sus propósitos, con tanto acierto, que á los pocos días de esta conversación, había obtenido un gran resultado. El martes hablaban lo que dejo transcrito, y el sábado había conseguido que Pedro viniese con Paz á devolverle la visita. Una vez en su casa, á la media hora de *trastear al ogro*, consiguió de él lo que se proponía: que le permitiera llevarlas al teatro. Hubiera queri-

do que él fuese también, pero, en vista de su resistencia á acompañarlas, se conformó con que le dejara á Paz y á Suncha.

Paz, comprendiendo que Pedro no había acogido con gran entusiasmo el proyecto, hizo aún una pequeña objeción.

—Luego... ya ve V., yo no sé ni qué traje hemos de llevar, ni qué peinado se usa, ni...

—¡Eso es lo de menos! De la *toilette* me encargo yo.

Y convinieron en que bajarían temprano, para atender á esos detalles.

El lacayito anunció entonces á Pepe, que, colorado como una guinda, se presentó con un rollo en la mano: los apuntes ofrecidos.

Se excusó como pudo por no haberlos llevado antes—estaban en poder de un compañero y había tenido que esperar que se los devolviese...

¿Era esto completamente exacto? ¿Había acechado la ocasión de hallarse allí Suncha para ir? Lo que puedo asegurar es que desde hacía muchas tardes no se cerraba una vez la puerta de casa de Paz, sin que

él se acercarse al pasillo, para averiguar si sonaba la campanilla en la de más abajo.

Después de las presentaciones de rigor, —¡Conque quedamos en eso! Esta noche al Español—dijo la de Arete resumiendo lo anteriormente hablado.

Pepe sintió una viva sacudida. La señora de la casa, generalizando la conversación, se volvió á él.

—¿Le gusta á V. el teatro, pollo?

—Mucho, muchísimo, extraordinariamente,—contestó él amontonando adjetivos sin ton ni son.—Después de la lectura, es el mayor de mis placeres. Y á veces aun antes que la lectura. No hay nada tan moralizador como el teatro. Si, señora. Nada tan moralizador... después del estudio. Y aún más, porque la lectura... en fin, que me gusta muchísimo.

¡Deliciosa confusión de muchacho! Y cómo no sentirla delante de aquella Suncha de belleza inverosímil. ¡Qué ojazos, Dios creador! ¡Y qué boca! La luz de la tarde se filtraba por los *stores* japoneses de hilos de cuentas; tomaba tintas azulosas en el pa-

raván, tonos apagados en las telas y brillantes en el dorado de los marcos, para venir en suaves matices á resbalar sobre aquel cutis aterciopelado. ¿Qué había él soñado nunca que pudiera compararse á la cabeza de la cubanita? ¡Qué Santa Casilda, con su aureola y todo, para un pintor de genio! ¿Era posible verla y no adorarla?

—Se me ocurre una idea, vecino—dijo la de Arete;—V. podría prestarme un servicio, que, puesto que siente así, no le desagradará. Don Pedro se ve en la imposibilidad de acompañarnos esta noche, porque tiene una liquidación trabajosísima que hacer; ¿no podría V. reemplazarle?

Y viendo que el estudiante tartamudeaba, prosiguió:

—V. no tiene todavía liquidaciones que hacer... El bufete no ha empezado aún á producir millones, y espero...

—Sí, señora, con muchísimo gusto. Lo que hay es que tendré que preparar mis lecciones para mañana...

Nada; que se le presentaban aquellos *malditos inconvenientes* con que tropezaba el mozo, á quien su novia decía

Mi madre está en misa,  
Mi padre en la huerta, etc.,

pero allí estaba la de Arete para replicarle.

—Afortunadamente, no se verá V. en la triste precisión de desairar á una amiga que le aprecia como yo, porque precisamente mañana es domingo.

—¡Tiene V. razón! No me acordaba... Lo malo es que no sé si mi padre contará conmigo para algo... Si V. me permite que suba un momento, en seguida bajaré y le podré decir si me es posible complacerla... es decir, complacerme, porque soy yo quien tiene muchísimo gusto en aceptar... y muchísimo honor... la invitación que V. me hace.

El aturdimiento de Pepe era tal, que sin esperar respuesta se levantó y salió.

La Condesa se echó á reír.

—Tiene diez y nueve años—dijo—y parece un chiquillo de doce. De seguro que ha ido á pedirle permiso á su padre.

Y así era. El muchacho, emocionadísimo, entró en el comedor. Allí estaban D. Rafael y doña Angeles.

—Papá, la Condesa me ha comprometido á que las acompañe, á ella y á las del principal, al teatro esta noche. Me excusé diciendo que tenía que estudiar las lecciones para mañana, pero como es domingo y ella lo recordó, no tuve más remedio que aceptar; ya ves, yo soy ya un hombre, y no puedo evadir esos compromisos. Así es que vengo á pedirte permiso para acompañarlas.

Hablaba precipitadamente, *sin hacer puntos ni comas*, y D. Rafael, con su calma habitual, le contestó:

—¿Pero si te has comprometido ya, para que vienes á pedirme permiso? En fin, ve, y si otra vez quieres mi permiso, ven á pedírmelo antes...

—¡Qué bueno es mi papaíto! Ya sabía yo que no me haría quedar mal.

Y cogiendo un beso en la punta de los dedos para su padre y otro para su madre, que les echó desde la puerta del pasillo, bajó de nuevo á casa de la de Arete.

Se convino en que se reunirían todos allí después de comer.

Después de comer... los otros, porque él no probó bocado.

---

Vestido ya, se paseó impaciente por el corredor, y cuando oyó que las cubanas salían de su casa, espero un momento, y, apenas transcurridos cinco minutos, bajó á la de la Condesa.

¡Qué impresión la suya al tirar del llamador de la campanilla! Si cien años vive el bueno de Pepe, en cien años no es capaz de olvidar las emociones que embargaban su espíritu.

## XIV

—¡Las señoritas del principal!

Y entraron Paz y Suncha. La de Arete estaba ya dispuesta. Le faltaba sólo cambiar la bata que llevaba puesta, por el traje extendido sobre la cama.

Celebró los vestidos de sus vecinas, aunque con ciertas reservas mentales acerca de la ausencia de *chic* que observaba en ellos, y ocupándose de Paz, sólo creyó necesario darle ciertos toquecillos.

Puso fin á sus observaciones la llegada de Pepe, á quien felicitó por su puntualidad en tono festivo.

—Pues bien; V., Suncha, hará los honores de la casa mientras nosotras terminamos nuestra *toilette*.

Y diciendo esto, cogió de la mano á Paz y la hizo pasar al gabinete de la derecha,

dejando la puerta entornada solamente lo necesario para que no pudiese ser testigo presencial el estudiante de las manipulaciones que iban á tener lugar en el cuarto de los secretos. Quedaban los muchachos tan cerca de ellas, que se oiría muy bien su conversación, y los cuatro podían hablar perfectamente.

Suncha y Pepe, sentados uno frente al otro, se quedaron solos. El la miraba sonriendo de vez en cuando, mientras hacía bailar entre sus dedos la borla que adornaba el brazo de su butaca. ¡Qué cintura la de la cubanita! ¿Cómo podría andar sin partirse la esbelta criatura? Juntas las yemas de los pulgares y de los índices, á Pepe le parecía el hueco que entre sus dedos quedaba mayor aún que su talle redondo.

Y al colocar sus manos en esta forma, tratando de dar al hueco la del talle para poder comparar mejor, el estudiante hizo un descubrimiento. Los ligamentos distendidos entre el pulgar y el índice formaban una curva; la *C* que imita el lenguaje de los mudos. Y los índices al prolongar la figura, y los pulgares al recogerla gracioso-

samente, dibujaban en la mancha oscura del fondo, recortada entre ellos, el contorno de un corazón.

¿Lo vió Suncha? Es posible que no, absorta como estaba en la contemplación de los primores que adornaban los muros.

Cuando entraron las dos señoras en el gabinete, la Condesa hizo sentar á Paz delante de su tocador; una mesa grande vestida de tul y encajes con viso celeste. Lazos de *moiré antique* del mismo color, recogían las cortinas, también de tul, que, sujetas junto al techo por una corona condal, caían hasta el suelo, formando graciosos pliegues á los lados de la mesa.

Inmediatamente dió principio á la obra de transformación que proyectaba. Empezó por despeinar á su amiga casi del todo, para peinarla casi por completo otra vez.

El silencio de los muchachos llamó la atención de la de Arete, que alzando la voz les dijo, mientras caldeaba á la llama de una monísima lámpara de espíritu de vino, unas tenacillas con mango de marfil:

—¿Qué es eso? ¿Se han quedado Vds. mu-

dos? ¿O es que están haciéndose el amor por señas?

Aquella broma aturdió á Pepe, que se apresuró á contestar:

—No, señora, ¡por Dios! ¡Nada de eso!

La Condesa y Paz, allá en el gabinete, se echaron á reir, y hasta la misma Suncha, al verlo tan apurado, no pudo menos de sonreirse, formándosele dos hoyuelos encantadores en las mejillas, que vinieron á aumentar la confusión del muchacho.

Comprendiendo y exagerándose lo ridículo de su situación, se apresuró á decir por decir algo:

—¡Debe estar la noche muy hermosa!

—Sí—respondió Suncha. ¡Y qué frío hace en Madrid!

—Pues ya verá V.—dijo él á su vez reponiéndose un poco—qué calor tan fuerte hace en el verano.

—¿Es decir que aquí no hay término medio?

—Sí, en primavera hay mañanas deliciosas. En el Retiro se pasan muy agradablemente.

—¡Es lástima que esté tan lejos! Detrás

del Palacio Real hay un paseo al que yo suelo ir.

—¿Y no ha ido V. á la Casa de Campo?

—Nó, no sé dónde está eso—respondió la cubanita.

—Un poco más allá del Campo del Moro, que es donde V. va. Pero se necesita papeleta para entrar. Si V. quiere, yo le buscaré una. Me es muy fácil. Allí hay dos ó tres venados, un lago muy bonito con peces que se pueden pescar teniendo permiso, y muchos árboles.

—En el Campo del Moro—observó Suncha—hay dos ó tres plazoletitas muy agradables.

—También yo paseo con frecuencia por allí. Los domingos, sobre todo, me gusta ir á convidar á los gorriones. Me llevo un pedazo de pan en el bolsillo, y ellos vienen á comer las migas. Hay algunos tan atrevidos que se suben al mismo banco; pero son tan recelosos, que si hago un movimiento brusco escapan todos... para volver poco después. También es muy agradable la Florida...

—Tenemos el deber de ser hermosas á

toda costa—decía la Condesa á Paz—con la hermosura que atrae, que fascina.

Aquella frase llegó hasta ellos espantando las ideas de Pepe, como á sus gorriones un movimiento brusco, según acababa de referir.—Ser hermosa, pensó, es la obra de la naturaleza... ser buena *á toda costa* es el deber de la mujer.—Pero volviendo á su conversación, tras una ligera pausa, continuó.

—Sin embargo, el Retiro es lo más bonito que tiene Madrid. Aquel arbolado tan sombrío, los niños tan monos, tan alegres, jugando y riendo, piando los gorriones, cantando los mirlos y arrullando las tórtolas y las palomas, forman un conjunto delicioso, que hace pensar en las personas queridas y sentir más intensamente el deseo de contribuir á su felicidad.

—¡Engañar!—exclamó la Condesa en el tocador dirigiéndose á Paz.—¡Pues esa es la vida, hija mía! Es preciso ser un poco artista por lo menos. ¿Y qué hacen los artistas? El pintor, con unos cuantos colores y unos pinceles sucios, inventa una mentira que cuanto más perfecta es más nos en-

canta; el escultor con un pedazo de barro inmundo, sobre el que habrán pasado las ruedas de muchos carros, modela una figura ó un grupo, y cuanto mejor finge más nos cautiva. ¿Y el literato? ¿Puede darse un embustero mayor? Hilvanando mentiras nos interesa, nos conmueve y saca gloria y provecho cuando sabe engañar bien. Hay que convencerse. Todo es ficción en el mundo, y es preciso saber mentir... para encantar, para fascinar, para enloquecer, para triunfar.

Al oír aquello, Pepe enmudeció por un momento mientras volteaba la borla entre sus dedos. Sintió una oleada de sangre que le invadía el corazón. Pero la reacción fué inmediata y continuó:

—A mí me gusta el campo, porque me deleita la contemplación de la naturaleza, que esos lugares remedan, y sólo en ellos cabe acercársele un poco cuando se vive en estas grandes poblaciones.

Y mientras decía ésto, aquella ola de sangre, parecía subirle del corazón á la garganta y á la cabeza. Cuanto sentía y cuanto pensaba, al choque de las palabras de la

de Arete, pugnaba por escaparse de sus labios. Así es que, saltando como una botella de *champagne* que se destapa, se desbordó, entonando, con toda la espuma de su fantasía, un himno á la hermosa naturaleza, que Suncha encarnaba en su más ideal representación:

—Bienhechora Naturaleza—decía.—Bajo su influjo nos sentimos más buenos y más grandes. El espectáculo de su majestad despierta y alienta en el hombre la noble ambición de acercarse á su Creador, y ardiendo en santa inspiración, crea como Él. Y la ficción del artista es honrada porque no miente ni engaña. El público á quien se dirige, conoce de antemano sus medios de acción y sus propósitos. Y por ésto y por la impresión *elevadora* que la obra de arte produce, á nadie se le ocurre esperar destinos del héroe pintado, ni favores innobles de la Venus esculpida. El artista al dar forma á la figura que ha de causar nuestra admiración y suspender nuestro ánimo, al dar vida á su creación, que pasada su época ha de perpetuar su nombre, si acertó á dejar con aquél trozo de naturaleza peda-

zos de su propia alma, influye consciente ó inconscientemente sobre los demás, infiltrándoles el vivo entusiasmo por el bien que ha de llevar á la humanidad á su perfeccionamiento, ¡luminoso faro del progreso humano!

En aquel momento hablaba como si estuviera en la Universidad, pronunciando uno de tantos discursos que le habían valido cierta celebridad entre sus compañeros. Suncha, no pudo menos de admirar la fisonomía radiante del muchacho, y el calor y la viveza con que hablaba.

Contestaba el estudiante á la Condesa, sin que ni Paz ni ella le prestasen la más mínima atención, absortas como estaban en su tarea.

Las frases de la de Arete, que tanta y tan desagradable impresión produjeran en el ánimo de Pepe, tenían por objeto vencer en el de Paz los escrúpulos que le asaltaban, y que la Condesa comprendía más por sus gestos involuntarios que por sus palabras, pues muda y resignada se prestaba con una docilidad de cera á todas las manipulaciones de su amiga. Esta, concluido el arreglo

del peinado, hablando y trabajando al mismo tiempo:

—Eres hermosa—decía, tuteándola ya;—pero hay algo *excesivamente natural* en tu fisonomía; es preciso darle el brillo de la *race selected*; el *eclat* que aturde y trastorna. Esos ojos soñadores necesitan más calor... mundano.

Y hablando así, pasaba el difumino por el pomito de *kæiul*, acentuando con él las ojeras, arqueando las cejas y sombreando las pestañas de los ya hermosísimos ojos de la criolla.

—Ahora un poco de carmín... para los labios, no hay que alarmarse (dijo, viendo el mohín de disgusto de Paz al percibir el color intenso del contenido del tarro), Dios me libre de atentar contra la palidez de las mejillas. Nos conviene, por el contrario, conservarla: hemos de hacer uso de todas nuestras armas, y esos ojos de fuego, contrastando con ese color de camelia, indican un temperamento capaz de volver loco á...

La de Arete se detuvo; su inexperta amiga le había dirigido una mirada tan ingenua, tan llena de curiosidad y en cierto

modo de candor, que no pudo menos de chocarle. Paz no personificaba con su expresión la mujer que la Condesa iba imaginando á medida que hablaba. Pero esta impresión, lejos de desagradarle, le animó, porque confirmaba su idea de que Paz llenaría el objeto á que la destinaba. Para continuar su obra, cogió un lápiz azul de una cajita de marfil que habia sobre la mesa.

—Y esto ¿para qué sirve?—preguntó la cubana, que seguía atentamente todos sus movimientos.

—Ya verás el efecto—respondió la otra; —se prohiben las interrupciones.

Y de mano maestra le trazó en las sienes unas líneas serpentinadas.

—¿Ves?—le dijo.—Así, contemplando estas venas, parece explicarse cómo acude con la sangre todo el calor, todo el fuego, que viene á concentrarse en la mirada. Para *unir las tintas*, te voy á poner un poco de blanco perla, una capa imperceptible, y concluyo mi tarea.

Y considerándola terminada, dió unos cuantos pasos atrás para contemplar su obra.

—Pero, espera..., voy á coger el tarro que te asusta: quiero colorearte un poco la oreja. Así parecerá un pétalo de rosa contraído y se hará cómplice nuestro, dando una nota... ¿lo digo? una nota (murmuró en voz baja al oído de Paz) carnal... ¿ves? Ya está. Y volvió á separarse unos cuantos pasos.

¿Oyó Pepe la palabra? No sé si el sonido llegó claro hasta él. Pero que la idea llegó y que le produjo una violenta impresión, vino á demostrarlo un hecho elocuentísimo.

El muchacho, que seguía jugando con la borla, se encontró de pronto con ella arrancada entre los dedos. Pero Suncha no lo había observado, y con disimulo, no sabiendo qué hacer, tiró el chirimbolo debajo de la butaca, en el momento mismo en que la Condesa decía:

—Vaya, hemos terminado.

modo de candor, que no pudo menos de chocarle. Paz no personificaba con su expresión la mujer que la Condesa iba imaginando á medida que hablaba. Pero esta impresión, lejos de desagradarle, le animó, porque confirmaba su idea de que Paz llenaría el objeto á que la destinaba. Para continuar su obra, cogió un lápiz azul de una cajita de marfil que había sobre la mesa.

—Y esto ¿para qué sirve?—preguntó la cubana, que seguía atentamente todos sus movimientos.

—Ya verás el efecto—respondió la otra; —se prohíben las interrupciones.

Y de mano maestra le trazó en las sienes unas líneas serpentinadas.

—¿Ves?—le dijo.—Así, contemplando estas venas, parece explicarse cómo acude con la sangre todo el calor, todo el fuego, que viene á concentrarse en la mirada. Para *unir las tintas*, te voy á poner un poco de blanco perla, una capa imperceptible, y concluyo mi tarea.

Y considerándola terminada, dió unos cuantos pasos atrás para contemplar su obra.

—Pero, espera..., voy á coger el tarro que te asusta: quiero colorearte un poco la oreja. Así parecerá un pétalo de rosa contraído y se hará cómplice nuestro, dando una nota... ¿lo digo? una nota (murmuró en voz baja al oído de Paz) carnal... ¿ves? Ya está. Y volvió á separarse unos cuantos pasos.

¿Oyó Pepe la palabra? No sé si el sonido llegó claro hasta él. Pero que la idea llegó y que le produjo una violenta impresión, vino á demostrarlo un hecho elocuentísimo.

El muchacho, que seguía jugando con la borla, se encontró de pronto con ella arrancada entre los dedos. Pero Suncha no lo había observado, y con disimulo, no sabiendo qué hacer, tiró el chirimbolo debajo de la butaca, en el momento mismo en que la Condesa decía:

—Vaya, hemos terminado.

¡Voto al diablo! Son los capítulos de una novela como las guindas, que cuando se tira de una de éstas, ó si queréis cuando se escribe uno de aquéllos, detrás se enredan los otros, y sin saber cómo, se encuentra uno con un *racimo* de páginas!

Te hablé, lector, en una de las anteriores de los discursos de Pepe en la Universidad, y con hacerlo vine á contraer el compromiso tácito de pintarte una de aquellas reuniones tan frecuentes, hace algunos años, en la respetable casa de la calle de San Bernardo.

Tentaciones me dan de inspirarme en las lecturas mismas del estudiante para salir del paso.

¿Recuerdas, lector, las páginas de *Los*

*Miserables* en que Victor Hugo pinta á los amigos del A. B. C.?

Hay en ellas frases enteras que recortaría para pegarlas aquí. Empieza el capítulo diciendo:

«En aquella época, indiferente en apariencia, corría vagamente cierto estremecimiento revolucionario.»

Lo mismo ocurría en España por el tiempo en que estudia Pepe.

Pero desisto de mi propósito de copiar al gran escritor. Porque, ó había de dar lejanas semejanzas por identidades, en cuyo caso faltaría á la verdad, ó habría de ir señalando á cada poso diferencias y haciendo anotaciones. Por ejemplo: allí donde esos estremecimientos revolucionarios eran «soplos que salían de las profundidades de 1789 y 92», habría de escribir «reminiscencias de la noche de San Daniel y de la revolución de Septiembre.» Y por comparación, iba á resultar empequeñecido y *rechupado* el cuadro.

Prefiero, pues, limitarme á señalar las semejanzas más notables que había entre los estudiantes del A. B. C.—con los cuales,

como con todos los personajes de su autor predilecto, soñaba Pepe—y los del grupo de cual formaba él parte.

Luis, el Enjolras de aquel pelotón, de una precocidad excesiva, era aún más joven que Pepe y su más entusiasta compañero quizá. Como Enjolras daba la nota belicosa, su oratoria, un poco dura, solía ir acompañada de tremendos puñetazos sobre la mesa, en momentos de entusiasmo ó de indignación. Enamorado de la Libertad y de la República, esta pasión suya, no le impedía dedicar sus ratos á una peinadora de Lavapiés. Tenía una cabeza romana, el labio inferior grueso, la mirada viva, y sobre la frente cuadrada le caía un mechón rizado de su cabello rubio-oscuro. Estudiaba medicina y hablaba bien. En sus comparaciones hiperbólicas (vaya una del género de las suyas) apenas diseñaba un protoplasma, lo destrozaba con el forceps.

Pepe era el Combeferre. No insisto sobre su carácter, porque el lector le conoce ya, aunque no lo haya visto aun *en su propio ambiente*. Y su ambiente era aquel.

Fuera de allí se sentía empequeñecido y

añado. En su propia casa estaba su padre, aquel hombre sencillo que lo maravillaba con la profundidad y extensión de sus conocimientos, y que al presentar ante sus ojos horizontes vastísimos de investigación, le hacía darse cuenta de sus atrasos y de sus deficiencias. Junto á Emilio, el aplomo y el mundo de su amigo le desconcertaban con frecuencia, cuando no le aplastaban los datos de su experiencia personal. Pero allí en la Universidad, entre sus iguales, era otra cosa. Y allí lucía los conocimientos obtenidos por la lectura propia y por las explicaciones de su padre. El era el terreno fértil y aquel el lugar en el cual empezaban á hincharse y á brotar los granos de trigo que D. Rafael—aquella hormiga de la ciencia—había atesorado.

Para determinar las diferencias que entre él y Luis se daban, pudieran aplicárseles, poco más ó menos, las palabras mismas del autor de *Los Miserables*.

«Luis era más viril, Pepe más humano. *Vir* y *homo* eran los vocablos que los calificaban más propiamente. A Luis le gustaba emplear la palabra *Ciudadano*, á Pepe la

palabra *Hombre*. Luis era un capitán, Pepe un guía.»

Ricardo era una especie de Feuilly con su misma idea fija: la de instruirse.

Luis leía la Historia de la Revolución francesa y soñaba con Dantón, con Marat y con Robespierre; Pepe, enamorado de Froebel, decía como Combeferre, «el porvenir está en manos del maestro», y Ricardo se extasiaba con Comte y Littré. Era un positivista por las ideas y un bohemio por la conducta. Odiaba lo que no entendía. Llamaba á los pensadores alemanes los *ocultistas* del pensamiento. «La Metafísica—solía exclamar—es un *Mito in fisis*»: un mito en la naturaleza, quería decir.

Manolo recordaba á Courfeirac por su verbosidad extraordinaria, que le permitía ensartar cien párrafos brillantes en cuanto la ocasión se presentaba. Sabía á Castelar de memoria, y se elecricizaba con los discursos del gran orador.

Había un Paulino, otro Vahorel «de buen humor, atrevido hasta el descaro, la mejor pasta bonachona que es posible encontrar; estaba siempre dispuesto á romper

»una vidriera, olfateaba la jurisprudencia, »pero no la aspiraba; veía en los cursos »asuntos para canciones, y en los profesores ocasión para caricaturas». Llamaba al respetable y simpático rector Sr. Pisapajarés, Losa-de-Plomo, para dar á entender lo pesadas que encontraba sus explicaciones «tenía por divisa *abogado nunca*» como Vahorel, y concluyó la carrera mediante unos cuantos golpes de audacia.

Señalábase entre ellos también un Celso, calvo prematuro como Lesgle ó Legle, que se peinaba con mucho arte, de modo que la calvicie no se le conocía; muchacho alegre y chispeante, no tan desgraciado como el Bossuet del A. B. C., pues estrenó varias piececillas en teatros de función por hora con lisonjero éxito, anuncios de una vocación decidida y anticipos de ulteriores triunfos. Decía de sí mismo :

—No me falta más que morirme para que me llamen *ex-celso*.

Paco era una especie de Grantaire, sin el escepticismo de éste; al contrario, cuando entró en el grupo, defendía aún la *harmonía entre la ciencia y la fe*.

He aquí las figuras que se destacaban por aquel tiempo entre los estudiantes de la Universidad, el alma de las reuniones que tenían lugar en sus aulas.

Pero entremos en una de ellas. La comisión correspondiente ha obtenido permiso del Rector para celebrar una reunión con objeto de fundar una sociedad *Científica y Literaria*, en la que, por medio de la discusión, se esclarezcan las ideas y se cultiven las inteligencias. Ese es, como siempre, el proyecto, domingo el día y el aula está llena.

Preside Paulino. Pepe, con la capa terciada, extiende el brazo derecho y dirige la palabra á la reunión, desde la plataforma en que está colocada la mesa:

—¡Compañeros!—dice.—La juventud es la fuerza y la energía. El agua que empuja y arrastra la nave del progreso. La experiencia forma el lecho por donde corre ese torrente, y cuando al crecimiento de las ondas y al aumento de su fuerza no puede resistir el viejo cauce, se desmoronan los terrones de sus orillas, formando obstáculos á su paso. Nosotros, que representamos esas

fuerzas gigantescas de la humanidad (*¡Bravo! ¡Bravo!*—gritaron desde los bancos al oírse llamar así), desbarataremos esos obstáculos formados por la preocupación y el miedo (*¡Bravo!*), y, arrastrándolos, los llevaremos á llenar y hacer más suaves los saltos de agua que pudieran formarse por las resistencias del viejo cauce.—(*¡Bravo! ¡Muy bien!*)

—¡Y si no saltaremos por encima!—gritó Luis.

—Y sucede, compañeros, que el montón de arena que ha sido arrastrado cien metros cree que es ya mucho andar, mientras la gota de agua piensa en el estancamiento, en los miasmas pestilentes y en la muerte, y corre afanosa en busca del infinito mar de embravecidas olas.—(*¡Bravísimo! ¡Bravo! ¡Muy bien!*)—Nosotros, como las gotas de esa corriente, tenemos al asociarnos un ideal que nos anime. ¿Cuál debe ser éste? Os lo voy á decir.—(*¡Bravo! ¡Muy bien!*)

—¡Así, duro y á la cabeza!—le grita Luis desde los bancos.

—¡Olé mi niño!—exclama Celso frotándose las manos.

Pepe, después de hacer una pausa para dar tiempo á que pasara aquella explosión, continúa con la mirada llena de luz:

—Junto á un pino plantó un hombre un eucalyptus.

—¿El *eucalyptus mannifera* que produce el maná?—preguntó un estudiante de Farmacia, que tenía el sombrero en el cogote.

—¡Silencio! —gritó Luis desde el otro lado, adelantando los puños hacia el interruptor.—¡Que se calle!

—¡Que se calle! —gritó también Paco, haciendo ademán de tirarle el sombrero.

—¡Que se calle! ¡Que se calle!—vocearon otros.

†—No; el *eucalyptus resinifera*, el más grande y más esbelto de los eucalyptus—contestó Pepe, y prosiguió:—El pino era ya viejo; el eucalyptus empezaba á crecer. Se encontraron la copa del viejo pino, lánguida y exhausta, y la del eucalyptus llena de verdor y lozanía, y se entabló entre ellas el siguiente diálogo:—*El pino*. ¿Dónde vas?—*El eucalyptus*. En busca del eterno azul.—*El pino*. El azul no es eterno: con frecuencia lo tapan las nubes.—*El*

*eucalyptus*. Las nubes, cuando aparecen, es para desbaratarse y caer á nuestros pies, regarlos y prestarnos nueva savia para que subamos más. — *El pino*. Si tanto subes, los vientos te azotarán y te desgarrarán con su furia.—*El eucalyptus*. Al viento huracanado le temen los viejos como tú, no los que hemos nacido después y hemos encontrado en el suelo restos de los de tu generación para servirnos de abono y mucha savia propia que robustecer con él.

— ¡Soberbio! — interrumpió Luis. — ¡Despampanante! — añadió Ricardo. — ¡Bravo! ¡Bravo! — repitieron otros. — Pepe continuó:

— *El pino*. Necio, no alcanzarás el eterno azul.— *El eucalyptus*. ¡Calla, anciano, si no lo alcanzo, me acercaré á él más que tú. Calla, que tú al caer sucumbes á tu gastado organismo, y yo subo, subo, cumpliendo la ineludible ley del progreso universal!—  
(¡Bravo! ¡Bravo!)

¡Compañeros! Avancemos como avanza la gota de agua, llevando en sí la aspiración al infinito mar. Subamos teniendo sobre nuestra frente la aspiración al infinito azul, que más grande que lo infinito del mar y

lo infinito del espacio, es lo infinito de la idea.

La ovación fué entonces completa. Quizá muchos no supiesen por qué aplaudían; pero la fisonomía iluminada, la voz vibrante, el tono apasionado y firme del orador y lo gallardo de su actitud, le aseguraban el triunfo. Un momento después, él mismo no se acordaba ya de lo que había dicho.

Serafín Baston Ocaña, el protegido de la Condesa, que traía su discurso aprendido de memoria, creyó llegado el momento de lucirse él también. Así, pues, pidió la palabra, y cuando se la concedió Paulino, empezó á recitar, con un tono uniforme como el adoquinado de una calle recién urbanizada.

—Señores: profundamente conmovido, siendo este uno de los momentos más solemnes de mi vida, me levanto para suplicar á Vds. como el avecilla que llega á posarse en el florido valle en busca de alientos y fuerzas para emprender su vuelo, (aquí respiró para tomar él aliento, y siguió en el mismo tono), para suplicar á Vds., repito, que tengan benevolencia conmigo, pues, como esos seres que por lo débil de

su constitución necesitan las fuerzas reparadoras de los que les rodeaaa, así yo os pido de nuevo benevolencia para sobrellevar la carga muy superior á mis débiles fuerzas...

—¡Eso es un discurso de mozo de cordel!  
—exclamó una voz desde el último banco.

—¡No hay tal! —objetó Celso.— ¡Eso es oratoria *tísica!*

—¡Que le den arsénico! —gritó Luis.

—Si lo que el orador necesita es nuestra benevolencia, se la concedo por mi parte y que se siente á tomar aliento ó el vuelo, pero que nos deje en paz—vociferó Paco.

—¡Orden, señores! —suplicó Paulino desde la presidencia, haciendo sonar con una moneda de dos cuartos la campanilla sin badajo que había sobre la mesa.—Permitan Vds. al orador que continúe.

—¡No atentéis contra la libertad de la tribuna! —exclamó Pepe con un ademán digno de Mirabeau.

Serafín, con la voz un poco vacilante, prosiguió, por lo demás, como si nada hubiese sucedido:

—La experiencia de nuestros mayores...

—Mayores son los elefantes, *elephans*

*maximus* de Linneo—interrumpió Luis ya fuera de sí.

El presidente, golpeando con la moneda en el borde de la campanilla, movió la cabeza de un lado á otro, á modo de cariñosa reconvención, mirando al interruptor como diciéndole:—Hombre, no des tú el mal ejemplo.

—...La experiencia nos prueba—continuó Serafin impertérrito—que cuando las humanas asociaciones...

—Yo no conozco asociaciones divinas—gritó la voz del último banco.

—Sí, señor—le contestó Celso;—hay asociaciones divinas, las de las hijas de María...

—...Cuando las humanas asociaciones se apartan de los caminos que la Providencia les ha trazado para el cumplimiento de sus altos destinos...

—¡Aquí nadie quiere destinos!—vociferó Luis.

—¡No somos cesantes!—añadió Paco.

—¡Ser cesante no es ninguna deshonra!—afirmó á voz en cuello el del último banco,

—¡Que se calle ese sacristán!—gritó Ricardo.

—¡Fuera!

—¡Que lo metan en un convento!

—¡A la cárcel con él!

El orador, al ver lo imponente y crecido del tumulto, puso fin al hilo roto de su discurso murmurando para el cuello de su camisa:

—He dicho.

Y más que sentarse, se dejó caer en el banco.

Un rato después los concurrentes comentaban la sesión á la puerta de la Universidad. La ancha acera de la calle de San Bernardo estaba ocupada por pequeños grupos que sesucedían hasta la esquina de la de los Reyes.

Una pareja de guardias de orden público dirigía miradas recelosas á aquellos animados corros, no comprendiendo que causa alguna lícita pudiera congregar allí á tanto estudiante, cuando por la festividad del día no eran sus obligaciones lo que provocaba aquella reunión.

Al notar lo, Pepe, haciendo un *calambour* gritó:

—Compañeros, vámonos por la calle de los... ¡Reyes abajo!

Los demás repitieron como un eco.

—Por la calle de los... ¡Reyes abajo!

—Por la calle de los... ¡Reyes abajo!

A este grito formóse un nutrido pelotón, y por la calle de los Reyes, que se abre entre la vieja casa de la esquina, de fachada amarillenta, y el ministerio de Gracia y Justicia, con sus rojos ladrillos al aire—colores atenuados de la bandera nacional—bajó aquella juventud bulliciosa, cantando la Marsellesa, cuyas notas vibrantes y sonoras, salían vigorosas de sus pechos entusiastas.

El drama se titulaba *La Solución del conflicto*.

En una platea estaba Suncha, frente á ella Paz, junto á Paz la Condesa en segundo término, para evitar los rayos duros de luz, manteniéndose en la media claridad que la favorecía, y detrás de Suncha, Pepe.

Tejían el argumento del drama los siguientes personajes: un marido viejo, su mujer joven y hermosa, condenada á muerte por un aneurisma; el médico, joven de talento excepcional, amigo íntimo y protegido del viejo; un muchacho simplón, sobrino del cabeza de familia y una niña que llama *papá* á éste, aunque luego resulta que no es hija suya, sino de su señora, que la tuvo con otro antes del matrimonio.

La chica simboliza la virtud y la inocen-

cia; la esposa, la lucha entre el deber y la pasión; el sobrino mentecato, el sentido común; la deslealtad, el doctor, y el viejo cónyuge... lo de siempre. Es un hombre honrado que se casó con aquella soltera-madre y la dignificó, y ha dado carrera al joven médico, motivos sobrados para contar con la lealtad de la primera y con el reconocimiento del segundo.

Pero no ocurren las cosas así. Su protegido le traiciona involuntariamente, lo que viene á sospechar el engañado al final del primer acto, en el momento mismo en que el telón va á caer, yendo en sus sospechas más allá de la realidad.

Al decir que el médico traiciona *involuntariamente* á su protector, he querido significar que esto ocurría sin la anuencia de la voluntad misma del platónico amante, el cual no pudo evitar el desarrollo de aquella pasión funesta que le inspira la dama:

porque su ardiente hermosura  
llena de gracia y encanto,  
*hale* trastornado tanto,  
que ya llega á la locura  
de los insomnios y el llanto,

según cuenta al público el sobrino que le observa y anuncia en quintillas la catástrofe. ¿Y cómo evitarla? A Pepe se le ocurre que lo racional y lo justo sería una ley por virtud de la cual se estableciese en nuestro país el divorcio, como se ha establecido ya en casi todos los pueblos cultos; pero lo justo y lo racional no es lo que agrada á *los morenos*, para los cuales eso del divorcio es *cosa de Francia*. Lo que desean es oír hermosos y profundos pensamientos que les electricen, y así, cuando el joven médico, después de enumerar sus tormentos y sus angustias, termina diciendo:

Y luchar ya es imposible  
que aunque conoci el delito  
y aspiré á ser insensible,  
resistirse no es posible  
al turbión del Infinito,

aunque la razón pudiera no resultar muy clara para la mayoría, el público se desató en aplausos. La Condesa repitió: ¡admirable, admirable!, y no se apaciguó el entusiasmo hasta que el autor hubo salido tres ó cuatro veces á la escena.

En los entreactos acudieron varias per-

sonas al palco. Paz producía el efecto apetecido. Todos aquellos señores tenían para ella una galantería, y la confusión de la cubana divertía á la de Arete, que hallaba una frase oportuna para cada amigo.

Emilio y Serafín, que estaban en el teatro, vinieron también á saludarlas.

A Pepe le enojaba aquel entrar de gentes que le obligaba á dejar su sitio.

Por otra parte, Emilio no estaba para atenderle, entretenido como se hallaba en señalar los ripios de la obra, alzando la voz para hacerse oír. Serafín le era profundamente antipático, y otro tanto le ocurría con la mayor parte de los que entraron de visita.

El joven marqués de Lueco estuvo un momento allí. Era el tipo del gomoso adinerado pendiente de su traje y de su persona. Parecía con su impertinente actitud decir á las gentes: «este palco lo pago yo». A Pepe le daban grandes impulsos de irse... llevándose á Suncha con él. Pero el de Lueco se marchó pronto. Tenía á su familia en otro palco y á sus amigos en el del Club y no disponía de mucho tiempo,

Los otros visitantes eran hombres que, como él, hablaban con una libertad excesiva delante de una señorita, y no siempre de un modo lo bastante velado para que ésta no pudiese entender aquellas audacias de pensamiento y de lenguaje tan del agrado de la de Arete.

No comprendía Suncha la intención de aquellas frases, y había en estos temores del estudiante no poco de exageración; pero ni aun convencido de que así sucedía, le molestara menos tan grosera falta de respeto á la adorada niña.

Así es que cuando el telón se alzaba de nuevo, recuperaba presuroso su asiento. Su malestar desaparecía entonces, y se entregaba por completo á sus sentimientos, paseando por la sala y por la escena una mirada distraída.

El calor encendía suavemente las mejillas de la muchacha con deliciosos tonos, que hacían palidecer la cinta rosa sujeta á su cuello por un alfiler, cuya cabecita diamantina parecía una gota de rocío en su nuca hechicera.

Con las frases más apasionadas que vi-

brando en la escena llegaban á sus oídos, formulaba el muchacho *in petto* declaraciones amorosas para aquellas diminutas orejitas; con las piedras preciosas que centelleaban en la sala, ostentadas por las señoras, formaba collares para su garganta; con las flores de vivo colorido que adornaban los bustos descotados, hacía guirnaldas para su cabeza de diosa griega; con el reverberar de las luces, nimbos para su frente de virgen cristiana; con los árboles de la espléndida decoración en que Busato había explotado todas las ilusiones que podía ofrecer la pintura escénica, ocultaba una casita pequeña, muy pequeña, en que sólo cupiesen muy juntos ellos dos, y con los estallidos de aplausos, soñaba glorias para hacerle, en el fondo de su casa, un pedestal á la divina hija de los trópicos, á quien Emilio había comparado, al hablarle de ella por primera vez, con un pajarillo de matizado plumaje, y en la cual él veía la paloma simbólica de todas las alegrías puras, de todos los sentimientos elevados y nobles, de todas las emociones placenteras, que hacen de la felicidad la reina del ho-

gar y de la belleza la escanciadora de los deleites en la copa única, en el vaso sagrado, en que sólo beben dos, los encantos y las seducciones de la vida.

Pero cuando ella volvía un momento la cabeza para decir algo, así fuera simplemente, «¿te gusta mamá?», las cadencias de su acento, le hacían encontrar enfadosa, monótona y rebuscada la armonía de los versos, duro y cortante el timbre de las voces con que las actrices los declamaban, y ante la frescura de su cutis, el nácar de sus dientes y el brillo de sus ojos, parecíanle marchitas las flores, de pasta artificial las perlas y pedazos de vidrio los brillantes. Apagábanse los aplausos para su oído y las luces para su retina. El más sublime de los panoramas, á la idea de ofrecerlo á su contemplación, imaginábalo de trapo manchado á brochazos. Todo desaparecía para no quedar más que su imagen brillando como la estrella de Belén, sobre el firmamento en que fulguraba, anunciando la aparición de una nueva vida moral, ante la cual lo existente se desquiciaba, cayendo de rodillas para ofrecerle el oro, el in-

cienso y la mirra de su muda adoración.

.....

Compareció por fin la *solución* que el autor preparaba, la cual consistía en la muerte del marido que, no pudiendo resistir el peso de su deshonra, se suicidaba después de declamar unas décimas, de corte elegantísimo, cuajadas de pensamientos trascendentales.

Su mujer al verlo tirarse por la ventana, cae muerta á consecuencia de la rotura del aneurisma, en tanto que el médico cierra con broche de oro la obra, recitando otras décimas admirablemente versificadas, en las cuales la sentencia profunda viste la forma de la metáfora brillante.

Al salir del palco se les acercaron Emilio y Serafín. Ya en la puerta del teatro, la Condesa propuso una *calaverada*; regresar á pie. Emilio y Serafín celebraron la proposición, y como ninguno de los otros tuvo nada que objetar, se acordó así.

—Pero aunque el paseo será muy agradable, corremos el riesgo de que Vds., las señoras, se cansen, y para evitarlo pro-

pongo á mi vez que hagamos un alto en Viena.

La de Arete aceptó gustosa esta invitación de Emilio.

Al volver hacia el barrio iban todos mustios. Había en las fisonomías cierta expresión de cansancio, y en los ánimos no poco de enojo y fastidio.

Pepe era el más desagradado. Antes de bajar á casa de la de Arete, ¡se había hecho tantas ilusiones! Luego, cuando se encontró allí con Suncha y los dejaron solos, había sido para irse ellas á ofrecerles desde el gabinete los vahos de una coquetería mal sana, que no tenía de arte más que lo ficticio. Le indignaba pensar que la escena se desarrollaba tan cerca de aquella niña, y hubiera querido taparle los oídos para que no escuchase la serie de ataques á la moral y al sentido común que la Condesa vertía por aquellos labios enrojecidos con carmín.

Suncha estaba triste, porque lo que veía no le agradaba tampoco, aunque no analizara tanto como Pepe. Pero había visto á su madre entrar con *su cara* en el toca-

dor y salir de allí con *otra cara*. Aquel brillo excesivo lastimaba sus pupilas, y le parecía que aquella no era *su madre*. Le encontraba algo de común con las actrices que acababa de ver.

Paz estaba sofocadísima. Comprendía su falta de aptitudes para desempeñar el papel que le habían dado, recordaba las torpezas que su amiga se había visto en la precisión de advertirle, y ansiaba separarse de ella y llegar á su cuarto para lavarse la cara y aflojarse el corsé, que no le dejaba respirar.

La de Arete sentíase mortificada por varios motivos. Había conseguido hacer desfilar por su palco á algunos de los que antes la asediaban con sus galanteos, pero todos iban atraídos por la curiosidad, y sólo por la curiosidad. No había logrado entretener y sujetar á nadie, y aquello constituía una derrota. Consiguió únicamente la oportunidad de recordar á un subsecretario una recomendación suya, y la promesa de que le enviaría la credencial solicitada por ella. Se sentía herida en su amor propio: ¿qué quería decir aquello?

Emilio había sufrido una decepción completa. Veía, por una parte, desvanecerse sus ilusiones de despertar en la de Arete *la última pasión*, la llamarada enloquecedora, nerviosa, suprema, de la luz que se apaga. Lllamarada enloquecedora porque, si la primera pasión ciega, la última arrastra, y, sabiéndolo, soñaba con reflejar en aquel ocaso tintas de aurora. Pero aquella noche le parecía comprender que sus relaciones con la Condesa no pasarían de ser para ella lo que todas las que había tenido en aquellos últimos tiempos. Por otra parte, le desconazonaba ver que la influencia de su amiga decaía á ojos vistos con su hermosura.

Serafín sentía que era repulsivo á Pepe y que no era simpático á los demás. Ambicionando llegar á la intimidad de la de Arete, se agarró á los faldones de Emilio, que, desdeñosamente, se limitó á utilizarlo, empujándole al lado de Paz. Así, mientras Pepe marchaba junto á la hija y él junto á la madre, el periodista podía dedicarse libremente á la aristócrata. Pero la conversación de la última pareja resultaba tan lánguida como las de las otras dos.

Todos iban mustios, y aunque cada uno tuviese para ello sus motivos propios, la causa era en el fondo la misma.

Les embargaba el desaliento que se produce en el ánimo cuando, después de iluminar la fantasía lo desconocido con sus propios esplendorosos rayos, recibimos la impresión de la realidad exterior, contadas veces tan hermosa como esa viva realidad que llevamos en nosotros mismos y que se encarga de cubrirlo todo de flores ó de ortigas, de gasas ó de crespones.

Sentían un desaliento semejante, una tristora parecida, á la que experimenta el autor de este capítulo, cuando, después de haberlo imaginado lleno de color y vida, lo siente desarrollarse incompleto y maltrecho, por las dificultades de la ejecución, como si el pensamiento, al vaciarse en el molde de las palabras, perdiese todas sus facetas.

## XVII

¡Qué noche aquella! ¡Pobre Pepe! En cuanto entró, comprendió doña Angeles que le pasaba algo, á pesar de todos los esfuerzos que hizo para que no reparasen en su malestar. La buena señora le tocó la frente y le pareció demasiado ardorosa y aunque él afirmaba que estaba muy bien, D. Rafael le tomó el pulso.

—Un poco más nervioso que de ordinario—fué lo único que le encontró.

—¡Vaya, que estoy muy bien!—repetía ya impaciente el chico.

—Pero si tienes *tomada* la voz—le argüía doña Angeles.

Al fin hubo de reconocer que habia cogido un airecillo al salir del teatro.

—Esono es nada, os aseguro que me sien-

to muy bien—afirmaba de nuevo el estudiante.

Inútiles fueron sus protestas. Doña Angeles le prohibió que se quitase la camiseta de lana para ponerse la camisa de dormir y después de ayudarle á desnudarse, le abrigó cuidadosamente, echándole dos mantas encima, á más de las que ya tenía, para que transpirase un poco, mientras D. Rafael, á los pies de la cama, observaba al muchacho como si tratase de investigar la causa moral que producía aquel aumento de excitación, aunque sin mover los labios para hacerle la menor pregunta, temeroso de aumentar con ella el malestar de Pepe.

A confirmar los pensamientos del padre vino un movimiento del muchacho, que, volviendo la cara á la pared, exclamó:

—¡Señor, que afán de hacerme sudar! ¡Como si con esto se consiguiera algo, cuando no tengo nada!

—Mira, hijo—empezó á decir D. Rafael—si te molestan las dos mantas...

—Sí, papá, mucho—le interrumpió secamente.

—Pues que te quite tu madre una. Déja-

te la otra. Lo que tienes no es nada, como dices muy bien—el doctor hablaba con el tono tranquilo que le era habitual—pero esas pequeñeces no deben descuidarse. Es enojoso el mucho abrigo, pero transpirando un poco, mañana estarás bien. La transpiración llama la sangre á la piel y evitas así un estado congestivo de los pulmones, sin que haya de acudirse á un revulsivo más enérgico. Y ya ves, en su calidad de revulsivo, una manta más es el menos molesto posible.

Pepe nada replicó. Su padre le seguía calmando con su voz monótona y suave, y poco á poco iba sintiendo como si el sonido de las palabras se alejase y se debilitara progresivamente, hasta caer en una especie de sopor, que, si no era sueño lo parecía mucho, porque no llegó á darse cuenta del momento en que apagaron la luz y se marcharon.

De aquella especie de somnolencia le sacó un movimiento brusco. Soñando tal vez algo así como que subía una escalera, extendió de pronto el pie derecho, dando un fuerte pisotón en el aire, y se despertó, ex-

perimentando la misma contrariedad que sentimos, cuando al subir realmente una escalera pisamos en vago, al no encontrar debajo el escalón con que de antemano inconscientemente contábamos. A este malestar se unió entonces otro. Sentía por toda la piel cierto cosquilleo, cierta picazón insoportable, como si cada pelo de la camiseta de lana se le introdujera á modo de alfiler microscópico en cada poro. Y empezó á rascarse y á restregarse la espalda contra la sábana.

Tenía mucho calor en la cabeza. En el cuello, y especialmente debajo de las orejas, le parecía sentir bocanadas de fuego. Se desembozó, y entonces tuvo frío y volvió á arroparse. Su desasosiego iba en aumento.

—¡Suncha, Suncha!—pensaba—¡qué desgracia para ti, la de estar junto á la Condesa! Eres una flor caída en el lodo. Todo eso que te rodea se te irá infiltrando poco á poco, y como la nieve que cae sobre el barro va perdiendo su blancura y su pureza á medida que va siendo hollada, así la perderás tu en la sociedad de esas gentes.

El calor y la molestia eran cada vez ma-

yores. Encendió la luz y sacó de debajo de la almohada la ropa de dormir. Quitóse la camiseta de lana y se puso la camisa de algodón. Estaba fresca, y la impresión agradable que le produjo el contacto de aquella tela, pareció calmar por el momento la excitación de la piel.

¿Y aquel Serafín?

No se necesita estudiar mucho á Lombroso para saber á qué atenerse—pensaba.—Y cerrando los ojos creía ver desfilár una porción de retratos de los criminales típicos del célebre penalista. Se imaginaba á su *pseudo condiscípulo* como uno de esos entes que llevan en la cara todo lo que tiene su atravesada condición de repulsivo y antipático.

Revolvióse en la cama y sintió frío. Tomó entonces la camiseta de franela y se la puso sobre la camisa de dormir, pero sin meter los brazos en las mangas, de modo que sólo el cuerpo quedase abrigado y no le diese calor en el cuello.

Después siguió dando vueltas á sus ideas. De Serafín pasó á Emilio. Este debía preocuparle más sin duda, porque era más dañino. Serafín, en el fondo, era un mamarra-

cho, un instrumento de Emilio, quien le utilizaba á su antojo, despreciándole seguramente en el fondo de su conciencia, y, sin embargo, sus sentimientos hacia él no revestían el mismo carácter. ¿De qué dependía esto? ¿No era lógico que le indignase cien mil veces más? ¿No sabía que Emilio era más nocivo? Seguramente. Pero en su naturaleza infantil ejercía cierto influjo la inteligencia de su vecino, y cuando pensaba en el redactor de *El Problema* se le ocurría la idea de discutir con él, la esperanza de convencerle, de apartarle de aquel camino. ¡Ilusiones de muchacho!

—Emilio labra la felicidad de ese estúpido de Serafín con dejarle que se haga la ilusión de que no es un imbécil, encomendándole en cambio los papeles más indignos. Pero siquiera en él hay un hombre que conoce las formas de las personas decentes y las guarda : con él puedo discutir sin tener que avergonzarme, mientras que con Serafín...

Dió otra media vuelta, y siguió cavilando.

—Después de todo, ¿por qué no he de luchar yo para contrarrestar el influjo de toda

esa gentuza. Le hablaré al alma, le haré sentir todo lo repulsivo de esos elementos careados que la rodean y la apartaré de ellos. Ella es inteligente y buena. La enseñaré á pensar y será mía, ¡pésele á quien le pese!, y será mía, honrada y buena, por que honrado y bueno ha de ser todo lo mío.

Sin duda esta reflexión le llevó á otras más dulces y tranquilizadoras, porque al volverse para apagar la luz, cuando ya el día empezaba á clarear, no llegó á terminar aquel movimiento perezosamente iniciado, y se quedó dormido boca arriba, desatendiendo involuntariamente las indicaciones de su padre que le había dicho en más de una ocasión : « Procura dormir del lado derecho. Sobre el izquierdo las vísceras del tórax, comprimiendo el corazón, hacen sus latidos difíciles y penosos, y ésto origina pesadillas. De espaldas no es conveniente, porque el calor de la cama congestiona la medula y aumenta el calor en los riñones, cosa poco higiénica á tu edad : debes, pues, acostumbrarte á dormir sobre el lado derecho.»

Pero como se ha visto, los consejos de

D. Rafael quedaron desatendidos, y ¿qué había de suceder? Pues... lo que sucedió: que el resto de la noche no lo pasó tranquilo ni mucho menos.

A poco de dormirse empezó á soñar, ¡y qué sueño! Sin saber cómo, se encontró en un baile que se daba en palacio. En aquel Palacio Real, junto al cual había pasado tantas veces, sin que jamás se le ocurriera entrar en él en calidad de invitado.

La enorme concurrencia llenaba todas las estancias, produciendo un efecto deslumbrante. Sobre los estucos chinescos destacábase, delante de una escolta de obispos, la figura de un cardenal, cuya respetable cabeza blanca aparecía recortada por la púrpura, el cual charlaba afectuosamente con una dama hereje : la señora del embajador de un país protestante. Más allá reflejábanse en las grandes lunas de la Granja y de Venecia un grupo de altos funcionarios de la administración, que con sus recamados y brillantes uniformes, no se sabía si aturdían más por el brillo de los dorados ó por lo imponente del número, sobre todo al dispersarse en busca de parejas.

Lleno de curiosidad, se puso á contemplar los objetos que adornaban los salones. Llamaban sobre todo su atención los frescos de Giaquinto, de Velázquez y de Tiépolo; las pinturas de Jordán, de Goya y de Mengs; las esculturas de Michel, las incrustaciones de mármol y maderas finas, y sobre todo, las plantas, las magníficas plantas que formaban espléndidos macizos, encerrados en suntuosos marcos de camelias, rosas y gardenias.

Contemplaba todo esto, deslizándose entre fracs y uniformes, y luchando por no fijarse en las bellisimas damas que, en traje de corte, lucían sus encantos. Le parecía ofenderlas con dirigir una mirada á los senos y espaldas que dejaban al desnudo sus soberbios trajes descotados. ¡Descotados, y de qué manera! Al estudiantillo le parecía asombroso cómo se podían sujetar aquellos cuerpos de los vestidos á los cuerpos de las damas, en los hombros, por dos dedos de tela nada más, que á cada movimiento parecía que iban á correrse por los desnudos brazos y á ponerlas en un gravísimo aprieto.

El baile había comenzado. El calor iba á

cada momento haciéndose más sofocante. Las parejas se estrechaban, y con el vértigo del vals confundían sus alientos en aquella atmósfera enervadora. El no podía resistirla ya más y se iba á retirar, cuando vió á Suncha cogida de la cintura por el embajador del Dahomey. Sí. Era ella, descotada como todas, con su talle esbelto comprimido por aquella mano negra, con sus ojazos de largas pestañas y su seno palpitante, manchado por la mirada lasciva del repugnante viejo.

Al verla quiso dar un grito, pero no pudo; y pálido de cólera se dirigió á la pareja que valsaba frenéticamente. Suncha, aterrada, se deshizo del negrazo y escapó huyendo de él. El corrió detrás; atravesaron salones y más salones, y recorrieron pasillos oscuros y más pasillos; y mientras él más corría, más corría ella, y así salieron al camdel Moro. Ella con los cabellos sueltos, que flotaban sobre sus blanquecinas espaldas, volando delante, y él sin alientos casi, siguiéndola en su vertiginoso escapar. De pronto Suncha se detuvo. Había llegado al borde de un desmonte, y ante ella se abría

un precipicio. Pepe no pudo contener el ímpetu de su carrera y tropezaron. Sintió el choque con sus duras carnes, la impresión de la espalda desnuda de la cubanita en sus labios, y en seguida una emoción tremenda, como si empujados los dos por la velocidad adquirida, enredados sus vestidos, se precipitasen de lo alto.

A los latidos violentísimos de su corazón se despertó el durmiente, sintiendo una impresión indescriptible de desagrado, mejor que de desagrado de angustia, de angustia indefinible.

## XVIII

¡Hermoso día! ¡Qué cielo y qué sol! Era una de esas mañanas en las cuales, al levantarse y abrir el balcón, predispuesto el ánimo por la reacción vigorosa que sucede á las frías abluciones matinales, se sienten impulsos de exclamar: ¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Y aquél, Pepe, que tenía á gloria amar la naturaleza, reflejaba en su rostro la impresión producida en su espíritu por aquella mañana en que la luz lo inundaba todo.

Frente á su gabinete, sobre el fondo azul que un polvillo blanco de vapor acuoso moteaba en forma de ondas alargadas, rizosas, transparentes, destacábanse paralelos, matemáticos, los alambres del telégrafo, como las líneas de un pentágrama sin fin, en el

que, haciendo las veces de nota, se columpiaba un gorrión. Nota tembladora, diminuta nota de *adorno*, que contrastaba con aquel cielo majestuoso, imperturbable en su inmensidad y lleno de color, en el cual se esfumaban los girones rizosos de aquellas nubecillas de encaje.

La población misma aparecía engalanada por la hermosura del día. El tono uniforme de las fachadas rectangulares, tenía matices sorprendentes, brillantísimos. Las tejas nuevas de las construcciones recientes, ofrecían tonalidades riquísimas, variando desde el vigoroso siena tostado y el rubí, hasta el amarillo brillante, y los techados viejos, musgosos á trechos, parecían pintados con tierra-sevilla y salpicados por enrojecimientos de carne que se avergüenza de sus propias desnudeces, sobresaliendo de la masa de edificios las agujas, cúpulas y torres de las iglesias, cubiertas de pizarra, con engastes de plomo, que brillaban discretamente como gigantesços dijes de plata oxidada.

La brisa tenía un temple acariciador, primaveral, en aquel día de invierno, y

todo parecía impregnado de grata placidez y dulce calma.

Era domingo. Domingo para la sociedad y para la Naturaleza. Un día sin clases, sin lecciones, destinado al recreo, á la lectura grata, al paseo: esto era el domingo para Pepe. Pero aquél tenía aún atractivos mucho mayores, encantos excepcionales. Pensaba ir al Campo del Moro, encontrarla allí, hablar con ella, contemplando reflejadas en los hermosísimos ojos de la muchacha las galas del esplendoroso cielo, y mostrarle de algún modo que le llegase al fondo del corazón, sus anhelos, sus sueños y sus ambiciones.

El sol entraba en su cuarto á raudales. Sobre la mesa-escritorio tenía, abierto, un libro. En las cubiertas de un azul descolorido, se leía: *A. Moreno Espinosa.—Coplas callejeras*. Era un tomo que él quería mucho. Hacía un momento que había estado hojeándolo, y había señalado con una tarjeta la página en que empezaba una de sus poesías favoritas, que proyectaba leerle á Suncua.

Con la frente apoyada en el cristal, lle-

vaba un largo rato mirando á la calle. Esperaba verla salir, cuando, de pronto, la distinguió á lo lejos cruzando el despoblado, acompañada por la vieja mulata. Separóse del balcón, y salió precipitadamente.

Primero iba deprisa, casi corriendo. Luego, al aproximarse al lugar por donde calculaba que ella debía ir, detuvo el paso. Quería aparentar que él también paseaba casualmente por allí, y afectaba un aire distraído, como si Suncha le estuviese mirando.

Sin embargo, ni ella le veía, ni él á ella. Presumía que debía hallarse cerca: detrás de una casa en construcción que empezaba á levantarse frente al cuartel de la Montaña.

Los latidos de su corazón le anunciaban la proximidad de la niña amada. Al dar la vuelta al edificio pudo ya verla. Marchaba lentamente, mucho más lejos de lo que se había figurado.

Y así, apresurando el paso unas veces, acortándolo otras, llegó por fin junto á ellas cuando bajaban por la cuesta de San Vicente.

—¡Buenas tardes!—dijo el estudiante, con la voz un tanto inmutada.

—¡Buenas tardes!—respondieron Suncha y Tana.

(Tana llamaba á la criada la cubanita: su nombre era Cayetana.)

Pepe no se atrevió á darle la mano, ni aun á decir una palabra más por el momento. Andando á su lado, entró con ellas, por detrás de Palacio, en una avenida cuyos árboles, perdido el adorno de las hojas, levantaban sus ramas desnudas al cielo.

—¿V. también viene á pasear por aquí?—le preguntó Suncha, poniendo término á aquel enojoso silencio.

—Sí, señorita—contestó.—Pensaba venir á leer un rato. ¡Calla!—dijo de repente.—¡Pues no he dejado el libro sobre la mesa!—Y vaciló como dudando si volvería atrás en su busca.

—Pero ¿qué le pasa?—preguntó Suncha.

—Que traía, es decir, no, que pensaba traer un tomo de versos, y me lo he dejado en casa en la precipitación del momento.

Decididamente, no estaba afortunado.

Todos sus proyectos habían caído por tierra. Desde por la mañana tenía ultimado su plan: «Afectar un aire distraído, para que el encuentro pareciera casual; llevar el tomo y leerle la poesía *A Jesús.*»

Este era su programa, y, realmente, no había podido fracasar más por completo. Es decir, todavía faltaba el *Inri* á sus proyectos, que no tardó él mismo en ponerle, respondiendo, á esta pregunta de la vecinita:

—¿Pensaba V. traer un libro de poesías?

Con esta revelación:

—Sí. Deseaba vivamente leerle unos versos de ese tomo.

—¿Leerle?...—hubo de exclamar Suncha, comprendiéndolo todo de un golpe.

Pepe, entonces, al ver cómo quedaban al descubierto sus intenciones, trató inútilmente de enmascararlas, retorciendo la frase:

—Sí, señorita, de leerle... al tomo. Es decir, que deseaba leer en *el* tomo esa poesía. Este *le* endiablado lo dije por...—Y no sabiendo cómo salir de la maraña en que se había metido, terminó, afirmando:—En fin,

fué una equivocación, ó, mejor dicho, un *lapsus linguae*.

— Vamos — exclamó Suncha, y con la traviesa malevolencia del sexo vino á aumentar las confusiones del chico. — Yo creía que se trataba de leerle esa poesía á alguien.

Y el estudiante de leyes, colorado como un pavo haciendo la rueda, se caló el sombrero, por hacer algo, y tosió, todo ello sin atreverse á levantar la vista, mientras Suncha volvía la cara del otro lado, y sorprendía en los labios de la vieja mulata, una contracción maliciosa de su boca gruesa y desdentada, parodia de la sonrisa divinamente picaresca que modelaba en sus mejillas aquellos dos hoyuelos encantadores, capaces de despertar la idea de un beso, en los sesos de piedra de una estatua.

## XIX

Cuando los tres se sentaron en uno de los bancos de piedra de la plazoleta, era Pepe más dueño de sí.

—Se trataría de unos versos muy lindos —dijo Suncha.— ¡Lástima que haya V. olvidado el libro! Serían probablemente— añadió en tono un tanto burlón— unos versos amorosos, dedicados á alguna muchacha...

—Sí; es decir, no.

—¿En qué quedamos?

—Se trata de una poesía... amorosa... en cierto modo... ¡ya lo creo!, pero no dedicada á ninguna muchacha, sino á un hombre.

—¿A un hombre?—preguntó Suncha sorprendida.

—Sí; es decir, no. Eso depende de las ideas de cada cual.

Suncha y Tana se miraron. No entendían aquello. Y la verdad es que no resultaba muy claro. Comprendiéndolo así, dijo Pepe:

—Es una poesía inspirada por un hombre según unos, por un dios según otros. Por el hombre más divino que ha levantado su cabeza por encima de la humanidad, ó por el Dios más humano que ha podido descender del Olimpo de todas las religiones, por el más hermoso de cuantos han podido concebir y adorar los pueblos todos del universo: por Jesús de Nazareth.

Estas frases del chico, dichas con ardiente entusiasmo, disiparon las disposiciones joviales de Suncha, como los rayos del sol, al levantarse majestuoso en el firmamento, evaporan las gotas de rocío en el cáliz de una flor, y no sin un sentido interés lamentó el olvido del estudiante, diciéndole por último:

—¿Y no recuerda V. esos versos?

Tenía Pepe muy mala memoria, y sus esfuerzos por recordar la poesía *A Jesús* no le dieron gran resultado, pues á partir de

las primeras décimas sólo pudo recitar trozos incompletos, bastante mal dichos, porque, en fuerza de atender á recordarlos, el recitado salía torpe y trabajoso de sus labios.

Pero, de todos modos, aquello dió por resultado que la conversación tomara un giro muy favorable para él, puesto que le llevaba á su terreno. Se habló de las grandes figuras que el estudiante admiraba y de sus obras. La cubanita estaba con la atención pendiente de los labios de Pepe.

La voz del muchacho tenía una expresión extraordinaria. Cuando relataba una escena conmovedora, había en ella tonos dulcísimos; cuando un episodio terrible, acentuaciones enérgicas; ante una injusticia, apóstrofes de indignación, llenos y sonoros, y aquella voz llegaba á los oídos de la niña revelándole un mundo completamente nuevo para ella, un mundo en el cual el alma con alas de luz, vuela á posarse sobre lo más grande y lo más bueno que la vida ha producido. Y ella, que fuera de la placidez insignificante de su madre—sólo viva para sus recuerdos—no sabía del mun-

do más que lo que D. Pedro decía, que podía resumirse en estas tres palabras, «maldad, egoísmo y odio», y lo que había oído á la Condesa, que podía sintetizarse en estas otras tres, «mentira, ficción é hipocresía», volaba con él á aquellas regiones purísimas, contemplaba las perspectivas suaves que Pepe iba presentándole, y sentía sobre su frente aquella especie de agua del Jordán que la iniciaba en la contemplación de un bienestar moral indefinible.

A veces, mientras el estudiante hablaba, asaltaban á la cubanita rubores repentinos; había creído encontrar algo que se refería á ella en una frase amorosa que Pepe citaba de alguno de sus autores más queridos, le había parecido que el estudiante la acariciaba con la voz, y en esas ocasiones bajaba la vista, y con aire de aparente distracción trazaba ligeros surcos con la contera de la sombrilla en el enarenado suelo.

Esto había sucedido dos ó tres veces. Esto ocurrió cuando relataba el estudiante cómo surgió en la imaginación del casto Milton la idea de su *Paraiso perdido*, asistiendo en Roma con su Leonora amada á

una representación de *Adamo*, dada por Andrieni, actor y autor á la vez, al fantasear el chico sobre las huellas profundas que en el alma del gran poeta dejara la escena del tercer acto en que Adán y Eva daban expresión á sus sentimientos en unos versos de incomparable dulzura, escritos en el armonioso idioma de Beatriz y del Dante. Esto ocurrió al hablarle de su autor favorito, de Víctor Hugo; al comentar el idilio aquel de Bayona, cuando se encontró, siendo aún muy niño, el inmortal francés con una pequeñuela y se enlazaron las almas de los dos chiquillos en una misma corriente de profunda y vivísima atracción.

—¡Qué emociones aquellas de los dos muchachos! ¡Quién hubiera podido recoger una por una todas las vibraciones que los agitaban! — exclamaba Pepe. — ¡Con qué gusto leeríamos hoy las páginas en que ese idilio se desarrollase! Y, sin embargo, hay momentos en que se adivina todo. Yo creo sentir á veces aquella escena como si fuera testigo de ella, pero testigo para el cual nada quedase en secreto. Me imagino la emoción dulce del que después había de escri-

bir *El Arte de ser abuelo*, al encontrarse con la mirada limpia y brillante de la chucuela, como el titilar de Venus al apuntar una mañana de verano, y la impresión en ella de la mirada viva é inquieta del niño extranjero, que le traía en cada línea de su rostro la promesa de un porvenir de ventura, y en cada parpadeo una llamarada de gloria. Me doy cuenta de ese algo desconocido de que ellos no podían tener aún más que una vaga intuición, de ese algo misterioso que atrae y junta dos almas con la inefable ventura de una adoración mutua, valiéndose de los mismos hilos invisibles con que junta en un beso á dos mariposas suspendidas en un rayo de sol.

Entonces Suncha con su sombrilla trazó sobre la arena una curva, y después del silencio momentáneo que sucedía á estos raptos de entusiasmo del hijo de D. Rafael, el muchacho la observó, vió su turbación, temió haber sido comprendido *demasiado bien*, y fijándose en el surco trazado, le preguntó cambiando de tono:

—¿Qué es eso? ¿Estaba V. haciendo una letra?

—No. Le escuchaba á V.

—Parece una interrogación. Esto me recuerda otra anécdota del escritor maravilloso de quien hablábamos. Cuando se publicaron *Los Miserables*, Víctor Hugo se fué á un pueblecillo cerca de París. Aguijoneábale una vehemente impaciencia por saber cuál había sido el resultado de la publicación, pero deseando al mismo tiempo evitar que sus intentos fueran conocidos, puso á su editor un telegrama, en el cual no había una sola palabra. El contenido del despacho era este signò ortográfico:

?

Pepe tomó de manos de Suncha la sombrilla, y con la contera dibujó la interrogación en el suelo.

—El editor, lleno de júbilo, porque los ejemplares se vendían de un modo extraordinario, le contestó con este otro signo:

!

El estudiante trazó una admiración, y

terminó su relato con la observación siguiente:

—Y es que el lenguaje se ha hecho para entendernos con los extraños. Cuando dos almas están bien compenetradas, resulta un lujo emplear palabras para expresar sentimientos.

—Niña, vámonos que ya es tarde—dijo Tana, que hasta entonces había callado.

Los tres se levantaron, y juntos se fueron los muchachos, charlando, charlando, á pesar de la observación de Pepe, sin duda por disfrutar hasta de lo superfluo.

—¿No es verdad, señorita de Indiano, que la vida resulta hermosa cuando es dable emplearla en beneficio de los demás?—le preguntaba el estudiante.

—¡Ya lo creo!—respondía ella.—En lo que se equivoca V. es en llamarme señorita de Indiano. Porque yo no soy hija de Don Pedro. Mi nombre es Asunción, y llevo el apellido de mi padre Juan Pérez del Genil. Así es que sepa V. que me llamo Asunción Pérez del Genil. Eso de llamarme *Suncha* es una costumbre de familia.

—Bien, señorita. Pero desearía saber

otra cosa antes de separarnos. Le he hablado á V. con toda ingenuidad, y no quisiera quedarme bajo la impresión triste de que mis ideas me hubieran hecho decir cualquier cosa que pudiera desagradarle.

—Desagradarme, ¿por qué?

—Porque he estado hablando con un entusiasmo grandísimo, el que siento, de Milton el revolucionario inglés, y de Victor Hugo, el revolucionario francés, cuyas obras son mis libros amados, y cuyos personajes han hablado á mi espíritu de los dolores y de los sufrimientos del pueblo. Y yo que tantas veces he pensado con arrobo en caer bajo las patas de un caballo de la Guardia civil, gritando ¡Viva la República! ¡Viva el derecho!, con la ilusión de que el sacrificio de mi vida pudiese ser útil á los demás, ante el temor de lastimar en lo más mínimo sus sentimientos, no me perdonaría á mí mismo.

—¡Oh, no! Sus ideas de V. son, por el contrario, un título á mis simpatías—respondió ella cuando ya entraban por el zaguán.

—¿De veras? ¿Y cómo es eso?

—¡Otro día se lo explicaré!

—¿Irá V. mañana al Campo del Moro?

—Probablemente.

—Pero dígame V. algo que me ayude á esperar con más paciencia... anticipeme una palabra de la explicación prometida.

—¿Quiere V. saber por qué los revolucionarios, en vez de asustarme, me son simpáticos? Pues bien sencillo. Por lo mismo que no me llamo Indiano de apellido. Es cuanto le puedo decir ahora.

Ya introducía Tana el llavín en la cerradura, y los muchachos, estrechándose cordialmente la mano, se despidieron «hasta mañana».

## XX

De dos y media á cuatro se explicaba en la Universidad la clase de Derecho penal, y á las dos acostumbraba el muchacho salir de casa.

Aquel día era lunes, el lunes que siguió al domingo del paseo, y á las doce ya Pepe no era dueño de contener su impaciencia.

—Toma otro poco de merluza, no has comido nada, hijo—le decía doña Angeles, poniéndole en el plato una rueda del pescado.

—¡Si no tengo ganas, mamá! Casi estaba por no tomar postre.

—Hombre, ¿cómo es eso?—exclamó sorprendido el Doctor.

—Es que quisiera pasear un rato antes

de entrar en clase. ¡He pensado irme por el Campo del Moro, y no voy á tener tiempo!

—Sí, hombre. ¡Aún faltan dos horas y media! ¡Y precisamente se te ocurre eso hoy que tu madre te ha preparado un gustazo!

—¿Qué hay? ¿Qué hay?—preguntó el chico.

—No se lo digas. Nada. Ahora come la merluza, y luego lo verás.

La excelente señora había estado toda la mañana preparando aquella sorpresa para su hijo. Ella misma había mondado las castañas hervidas, comprimiéndolas con la cuchara de plata las había hecho pasar por los agujeros del colador, había trabajado la masa con azúcar, yemas y leche, la espolvoreó con vainilla, bañó con azúcar acaramelada el fondo del flanero, y mientras, puesto al baño de maría, cocía aquella pasta, no se apartaba del fogón para no cesar de mover, á fin de que no se cortara, la crema destinada á servir de salsa al contenido del molde.

—Si *marro* al sospechar que lo adivinas —dijo el Doctor, que más chiquillo que él,

quería ya ponerle sobre la pista—merecerá que me llames *marrón*.

—*Marrón glacé*—exclamó Pepe.

—No es eso, anda, acaba de tomar la merluza. Y tú cállate, y déjalo comer.

—Traduce hombre, *marrón*, ¿qué significa?

—Castaña --¡Ah, mamá! ¿Me vas á dar la *castaña*?

A lo cual la madre, en vista de que había acabado de tomar el principio, contestó destapando el dulcero que le presentaba Gertrudis.

—*Pudding* de castañas. ¡Magnífico!—exclamaba Pepe devorando su parte.—¡Delicioso, exquisito, soberbio!

Unos minutos después, cogiendo el programa y el libro de texto, se escapaba de casa repitiendo, para halagar á la angelical repostera, mientras ésta podía oírle:

—¡Delicioso, exquisito, soberbio!

Ya en la calle acertó el paso. Vaciló un momento, no sabiendo que partido tomar. Por último, se dirigió resueltamente al Campo del Moro.

Bajó por la cuesta de San Vicente, si-

guiendo las tapias de las Caballerizas, y se detuvo á la entrada.

Todo el espacio que encierra hoy la verja situada detrás de Palacio, estaba por entonces abierto al público. A la derecha de la entrada, alzábase un misero casucho que ha desaparecido, y junto á él había unas piedras grandes, labradas en forma de paralelepípedos y esparcidas por el suelo, como pedazos desarticulados de alguna construcción.

Sobre una de las piedras, á la sombra de unos maltrechos arbustos, fué á sentarse Pepe.

Aún tardaría Suncha un rato, y trató de leer por si el profesor le preguntaba. Pero á cada momento suspendía la lectura para atender al reloj. Luego empezó á levantarse nervioso, intranquilo, para salir á mirar el camino por donde había de venir.

El día estaba hermoso, y aunque á él parecía no importarle un ardite la naturaleza en aquellos momentos, no era el tiempo un factor despreciable para sus anhelos.

¡Cuántas veces había temido que el cielo se cubriese de nubes! ¡Con qué terror pensaba en una lluvia intempestiva que impi-

diera á la muchacha ir á dar su paseo por aquellos lugares!

Por fin la vecinita apareció en lo alto de la cuesta. Venía con la mulata y al llegar, Pepe se acercó, la saludó y juntos entraron por aquellas avenidas. Después de dar una vuelta, tomaron asiento en el mismo banco que ocuparan la tarde anterior.

Hablaron de varias cosas indiferentes, hasta que Pepe halló una ocasión propicia para traer á colación lo que le interesaba.

—¿Quiere V. darme la explicación ofrecida?—le preguntó.

—Sí. Es muy sencilla. Le dije que sus ideas me eran simpáticas por lo mismo que me llamaba Pérez del Genil. ¿No es eso lo que quiere que le explique?

—Justamente, señorita, puesto que es V. tan bondadosa.

—¡Oh! Nada de eso. Para mí es un placer hablar de ello. Me son simpáticos los revolucionarios, porque si no los hubiera habido yo no existiría.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Porque mi padre por revolucionario fué desterrado á Cuba, donde co-

noció á mi madre y donde se caso con ella. De modo que si no hubiera sido por eso...

—¡Cuénteme, cuénteme V. la historia de su padre, me interesa mucho!

—Apenas le conocí. Murió cuando aún no había cumplido yo los tres años. Mi abuelo paterno era de los exaltados.

—¡De los *exaltados* del año treinta y cinco!—exclamó Pepe.

—De esos sin duda—dijo á su vez Suncha, que no estaba muy versada en la historia de nuestras agitaciones políticas de aquella época. Lo que sé es que ya se había retirado á Granada, dedicándose al cultivo de sus tierras, cuando vino mi padre á hacer sus estudios en Madrid. Iba á ser abogado, como V., pero antes de concluir la carrera su entusiasmo por sus ideas lo llevó á contraer serios compromisos. Conoció á un coronel que se llamaba Ortega, ayudante de Prim, que lo presentó al general. Prim le tomó muchísimo cariño. Con ellos se metió en una conspiración contra doña Isabel II. El complot se descubrió y cogieron al coronel Ortega y á él y los enviaron á Cuba. El coronel fué preso al castillo del Morro y

mi padre desterrado. En aquella situación tuvo necesidad de buscar algún medio de ganarse la vida. Entonces fué cuando conoció á mi madre y se casaron.

—No fué así—dijo Tana.—*Niño* Juan que en santa gloria esté por lo buenísimo que era, vino primero á casa, y el padre de *niña* Paz lo puso al frente de la finca. Porque los amos tenían muchas tierras en Cuba. Y en casa lo querían como un hijo, y después de ver lo bueno que era, fué cuando *niña* Paz se enamoró de él y se casaron.

—Bueno, Tana, lo mismo da. Conque ya sabe V. por qué sus ideas, lejos de lastimar mis sentimientos, me son simpáticas.

Entre Suncha y Tana refirieron después al estudiante muchísimos pormenores de la vida del campo en Cuba, de la desahogada situación de la familia de Paz, dedicada al cuidado de sus tierras, cubiertas por grandes plantaciones de tabaco y por feraces llanos de abundante hierba, en los cuales pastaban las vacas de pródiga ubre y los novillos de lustroso pelo.

Al oír hablar de novillos, el estudiante miró al reloj. ¡Eran las tres y media!

XXI

Grandes nubarrones entoldaban el cielo y hacía frío, mucho frío.

Cuando llegó Pepe de la Universidad, entró en el comedor donde estaba su padre sentado junto á la camilla, leyendo una Memoria de un compañero suyo acerca de *La difteria y su tratamiento*. Dióle un beso á doña Ángeles, que se lo devolvió con un par de ellos, y saliendo de casa poco después, cerró la puerta y llamó á la de en frente.

Abrió Dolores, á quien preguntó:

—¿Está Emilio?

—No ha vuelto aún de la redacción.

—Entonces le esperaré.

Lola se fué hacia la cocina, y él entró en el comedor.

Allí no había nadie. Se asomó á la ventana que daba al patio. En frente estaba la del comedor de su casa con los visillos caídos, y debajo de aquella, otra que, sin duda, le preocupaba más, pues fué á ella á la que el estudiante dirigió sus miradas.

Los visillos estaban recogidos. ¿Para que hubiera más luz en la habitación? ¿Para que pudiese ser vista Suncha, que junto á la ventana cosía un monísimo delantal? Elija el lector de las dos hipótesis la que mejor le plazca. Me limitaré á decir, por mi parte, que una mirada ternísima se cruzó á modo de saludo entre ellos.

La cubanita, desatendiendo su labor, y Pepe, con los codos apoyados en la ventana, estuvieron contemplándose largo rato.

Suncha, echando la cabeza hacia atrás, dirigía á lo alto sus miradas, las cuales producíanle al estudiante el efecto de flechas, que, partiendo de los arcos formados por sus negras cejas, iban derechamente á clavarse en el corazón.

Experimentaba el muchacho un bienestar dulcísimo. Cerraba las manos comprimen-

do suavemente la palma con las yemas de los dedos y entornaba los párpados como para reducir el campo de la visión, enfocando todas sus miradas en aquella celestial criatura. De vez en cuando se pasaba la mano por la frente para echar hacia atrás un mechón de cabellos que le caía sobre las sienes, y cuando ella, observándole, enviaba á su adorador una sonrisa de afecto, apretaba él las cerradas manos con un movimiento inconsciente, nervioso, que revelaba como el deseo vehementísimo de estrechar, de comprimir algo que no tenía forma en su pensamiento tal vez, pero que parecía desprenderse como una emanación sutilísima de aquellos ojazos que con tanta ternura le miraban.

Pero es el caso que hacía en el patio mucho frío y la respiración de Pepe, condensándose en el cristal, lo empañaba, amenguando cada vez más su transparencia.

Ante un obstáculo de tan poca importancia, parecía natural que limpiase la pulida superficie, y asunto concluido. Pero alguna otra idea debió ocurrírsele, porque, en lugar de quitar de un golpe la capa de va-

por que como blanquecina gasa cubria el vidrio, dibujó en ella con la punta del dedo una figura extraña, que vista desde fuera, resaltaba claramente por el fondo obscuro de la habitación.

He aquí la figura :

?

Era una interrogación, una pregunta, y ella, que le miraba sin pestañear, cuando le vió borrarlo con la palma de la mano apresuradamente, le contestó con una inteligente sonrisa que significaba bien claro: «He comprendido.»

En seguida, cogiendo con la mano izquierda la costura que tenía en la falda, se puso de pie. Acercó la cabeza á su ventana, entreabrió los labios, y lanzó sobre el cristal una bocanada de aliento, formando en él una mancha opaca. Luego pasó la sonrosada yema del índice por el centro, y Pepe leyó desde arriba este monosílabo:

## Si

Entonces se llevó la punta de los dedos á los labios, como para aprisionar un beso que le arrojó, diciendo para sus adentros: —¡Bendita seas!

Y como esta idea le hizo pensar en el cielo, levantó á él los ojos instintivamente. Pero en el camino que habían de recorrer sus miradas, tropezaron con las de D. Rafael, que desde la ventana de en frente, le miraba sorprendido.

## XXII

Hallábase Pepe en una violenta situación de ánimo. Aquellos amores eran para él causa y motivo de preocupaciones sin cuento.

Al encontrarse con que tenía por Suncha una adoración profunda, él mismo no acertaba á explicarse cómo se había desarrollado en su espíritu aquella pasión avasalladora. Lo que empezó con todos los caracteres de una tontería de muchacho, era ya una exigencia de su espíritu, una necesidad de su alma: la de amarla y ser amado por ella.

¶ Suncha era una criatura angelical. Cuanto en ella veía, le encantaba. Dulce y buena como doña Angeles, sería como ésta una mujer ejemplar. Ingenua, sencilla y modesta, la chica revelaba á la legua las ex-

celencias de su naturaleza; dotada de una inteligencia clara y pronta, se interesaba vivamente por todo lo que le explicaba él, y la tarea de proveer á su instrucción y de formar en ella la compañera de su vida moral, le halagaba, haciéndole confiar en la completa realización de sus sueños. Desde este punto de vista, el porvenir le sonreía presentándole en grata sucesión encantos infinitos.

Pero cuando volvía la atención hacia todo aquello que sin *ser ella* á ella se refería, empezaba á encapotarse el horizonte de sus ideas con nubes oscuras, impenetrables.

De la hija pasaba con el pensamiento á la madre. Por una parte, le preocupaba su extraña situación; por otra, su amistad con la de Arete.

¿Era Paz la mujer legítima de Pedro? Esta duda le asaltaba, porque sus propias impresiones parecían confirmar las suspicacias de Emilio, el cual creía firmemente que aquello era *un lío*, como decía él. Suncha y Tana le habían hablado de su boda con Juan y de la muerte del revolucionario. Nada habían dicho en cambio de Pe-

dro. ¿No era este silencio por sí bastante significativo? ¿Y cómo romperlo con una pregunta que habría de lastimar cruelmente á la delicada criatura?

El aspecto y la conducta de Paz le detenían en sus sospechas. Emilio, á pesar de sus excepticismos, no pudo menos de reconocer que tenía todo el aspecto de una señora. Bien claro lo proclamaban sus maneras, sus reservas, su sencillez en el vestir y su delicadeza al hablar, y sobre todo, aquellos enrojecimientos que hacían subir á sus mejillas los equívocos groseros de los amigos de la Condesa.

Que era un espíritu tímido y cobarde, no preparado para las luchas de la vida, bien claro se veía. ¿Pero justificaba esto aquella situación? Tana había dicho que sus padres tuvieron una fortuna. Ella no tenía trazas de ser una mujer derrochadora. ¿Había entregado su capital á D. Pedro Indiano? ¿Puede hacerse esto sin tener una verdadera pasión por un hombre? Sin embargo, bastaba verlos juntos para comprender que la cubana no sentía por él nada que á una pasión pudiera parecerse, y no era aquel

tipo grosero y duro, hombre capaz de inspirar un amor profundo á una mujer de naturaleza tan delicada como Paz. ¿Qué explicación podía tener, pues, aquello? Misterio, misterio sólo hallaba al tratar de buscarla.

Sin embargo, su amor por Suncha estaba para él por encima de todo esto. Ella no podía á sus ojos ser responsable de una falta que no había cometido. En este punto no cabía en su espíritu la sombra de una duda, por mucho que bajo otros aspectos pudiera molestarle la extraña situación de su familia.

Lo curioso es que lo que le atenaceaba, lo que le mortificaba más vivamente, era el influjo que sobre ella podía ejercer la refinada corrupción de la de Arete.

Porque al lado de semejante mujer, ¿qué iba Suncha á aprender de bueno?

Siempre que podía, lo cual equivale á decir que continuamente, llevaba la Condesa á Paz á las carreras de caballos, al teatro, á los conciertos, al circo los días «de moda», á los toros una vez solamente porque el cruento espectáculo hizo pasar un

pésimo rato á las cubanas. Ya dice este plural que con la madre iba necesariamente la hija, y de aquí el constante malestar del chico.

Unianse á estas mortificaciones las que le producía un sentimiento raro que no me atrevo á llamar «celos», aunque lo pareciese mucho. Y digo esto, porque cuando Suncha había encontrado muy guapo á un actor, él en seguida señalaba los defectos más salientes del favorecido por ella con una frase de elogio, y hablaba de los afeites y de las pinturas y de las ficciones de entre bastidores. Cuando á ella le parecía muy distinguido un «elegante», él anatematizaba la vida huera de los que la pasan entregados en absoluto al acicalamiento de su persona, como si la inteligencia, la imaginación y el gusto no tuvieran objetivos más nobles y elevados. Cuando hablaba de la ligereza de un *jockey* que «volaba con su jaco», condenaba él ese juego inmoral en el que se ponen fortunas bajo las herraduras de un potro. Cuando admiraba la fuerza de un gimnasta, declamaba con fuego contra la aberración de cultivar únicamente el músculo, hierro

del nervio, á expensas del cual verifica su excesivo desarrollo en cuanto traspasa los límites de su función propia: la de servir de caldera resistente al vapor de la idea. Y hasta cuando, á pesar de su repugnancia por los toros, reconocía ella el valor de un torero aclamado, le explicaba él que el valor no consistía en arriesgar la existencia por obtener una recompensa pecuniaria más ó menos alta, ó un goce personal más ó menos intenso, sino en la entereza necesaria para poner las propias energías al servicio del bien de los demás, aun arrostrando los extravíos y los errores de las masas cuando á ello obligaban los dictados puros de la conciencia; que era errónea la idea vulgar de que el valor consiste en el desprecio de la muerte en sí misma, y que en lo que verdaderamente estriba, es en el menosprecio del sufrimiento y del dolor, ante el anhelo de realizar en algún modo el bien; que de los dolores y de los sufrimientos terribles es el de la muerte en sí misma—fenómeno natural y fatal de la vida—el más breve: y que eso que se llama valor, contemplado como un espectáculo, produciendo la

ansiedad por los riesgos que ofrece para el hombre,—aun cuando él mismo no crea en ellos—y determinando la tortura sangrienta y la agonía de los animales, encallece el alma de los espectadores y embota en ellos la aptitud para saborear las emociones suaves y placenteras, por el desgaste de sensibilidad que producen sus sacudidas estragadoras.

Y así al tiempo que desvanecía con delicadeza extremada aquella impresión en el ánimo de la muchacha, nutría el alborear de aquella inteligencia con el jugo de sus ideas.

Que no era estéril esta labor suya, vino á probarlo un incidente.

Transmitía una vez Suncha á la Condesa las apreciaciones del estudiante acerca de los toros, y al oirlas le contestó la de Arete con una sonrisa burlona, acompañada de esta frase:

—Pues mira, hija, todas esas filosofías son muy bonitas, pero dile á Pepe que baje al redondel, y verás como á pesar de todo su talento no se atreve.

—Me guardaré muy bien, señora—le

contestó la chica, — y creo que por su parte procederá perfectamente no haciendo semejante cosa. Porque no lo han preparado sus padres para eso, mandándolo á la Universidad y metiéndole tanto libro en la cabeza.

No se entienda, por lo que llevo dicho que Pepe estuviese celoso de personas determinadas: no. Lo estaba de todo aquello que ocupase por un momento la atención de la cubanita, sin que proviniese de él ó hubiese él intervenido en alguna manera para determinar aquel movimiento en el ánimo de la muchacha: del aspecto del teatro no estando él allí, del mérito de la obra representada si no la habían celebrado juntos, del ambiente suave y tranquilo de la tarde, si aquel ambiente había sido respirado cerca de la Condesa y lejos de él. Y cuando le pintaba á Suncha con su palabra apasionada y ardiente, sus angustias y sus dolores, ella trataba de hacerle sentir la falta de razón de sus quejas, á lo cual el estudiante replicaba:

—Pues qué, alma mía, ¿no te dedico yo cada minuto de mi vida, cada palpitación del corazón tuyo que llevo en el pecho? ¿Pienso yo en otra cosa que en ti? No lo

dudes, tengo el derecho de que tú no pienses más que en mí.

Y ella, conmovida por la pasión que inspiraba, hacía esfuerzos heroicos para complacerle. Pero todos resultaban inútiles. Llegó, movida por ese deseo, hasta la ficción. Se supuso indispuesta para no ir con su madre y con la Condesa, pero dos ó tres veces que apeló á este supremo recurso nada consiguió, porque Paz se quedó en casa con ella, y como la de Arete no era mujer que desmayase en sus propósitos, volvía de nuevo á comprometer á su amiga sin descansar hasta conseguir su objeto.

Y sucedió que en estos amorosos conflictos cogiéronle los exámenes, y en uno de ellos (en el de Derecho penal) sufrió «un revolcón», como se dice entre estudiantes; más claro: lo suspendieron.

¡Qué día de pena fué aquel para doña Angeles! ¿Y para Pepe? La madre esperaba, como todos los años, el *sobresaliente* consabido, y en lugar de eso ¡suspenso! ¡Nada menos que un suspenso!

El muchacho se encerró en su cuarto sin querer hablar una palabra. Doña Angeles

esperaba en el comedor la llegada de don Rafael, no sabiendo de qué modo darle aquella noticia que le fuera menos penosa.

Por fin entró el Doctor, y al ver á su mujer tan apurada, se asustó, creyendo que habria pasado algo mucho peor. Cuando supo lo ocurrido se tranquilizó, y trató de animarla.

Hizo salir á Pepe de su encierro, y éste, con las mejillas encendidas, explicó á su padre que le tocaron lecciones que él sabia muy bien, pero que se habia cortado... y no supo contestar á una de ellas... que lo que habian hecho con él era una injusticia...

Aquellas excusas, burdamente formuladas, produjeron á su padre un efecto pésimo.

— Basta — dijo D. Rafael. — Eso lo venía yo temiendo desde principios de curso. Pues qué, ¿crees que soy ciego?

La severidad de aquel reproche impresionó al estudiante, el cual, deseando alegar algo en su defensa, murmuró:

— Ya ves tú, me preguntaron la lección que tiene por epígrafe «Del delito y de la pena», verás como es por donde tengo más usado el libro.

Y salió en busca de él. D. Rafael, en tanto, acabó de animar á doña Angeles, diciéndole que aquello no valía la pena de apurarse, que en todo caso lo enviaría á Valladolid para que estudiase allí durante los tres meses del verano, y que en Septiembre aprobaría su asignatura.

Pepe, allá en su cuarto, buscó el libro de Derecho penal. Antes de volver vaciló un momento. Le parecía que aquello era un engaño indigno de él, pero al fin se decidió, y, abriéndolo por la página en que la lección comenzaba, se lo presentó á su padre.

El Doctor lo tomó en sus manos, observó que, efectivamente, el libro presentaba todas las señales de haber sido abierto muchas veces por aquella página, y, no contento con esto, revisó también las siguientes. Al hacerlo tropezó con un papel, en el cual había unos renglones cortos, llenos de enmiendas y tachaduras. Pepe se quedó aterrado. D. Rafael leyó estos trabajosos versos:

#### **Del delito y de la pena.**

—¿Qué es delito?—me preguntas  
con voz dulce y armoniosa,

tú, que á tu belleza juntas  
un alma pura y hermosa.

Y yo entonces, extasiado,  
junto á mi feliz al verte,  
te contesto enamorado:

— Es delito... no quererte



— En delito incurrirá,  
según eso, el mundo entero;  
y la pena, ¿qué será,  
abogado lisonjero?

— Te responderé al momento.

— Eso es lo que desearía.

— Pues la pena es lo que siento  
al no verte, vida mía.

A los dos días, Pepe salía, con su padre,  
en el tren correo para Valladolid.

## XXIII

—¿Apago?—preguntó Paz.

— Cuando quieras — respondió la muchacha.

Y la madre sopló la vela, y el cuarto se quedó á obscuras. Pero ni una ni otra deseaban entregarse al sueño. Lo que cada una de ellas quería era encontrarse á solas con sus propios pensamientos. En esto únicamente debían hallarse de acuerdo, pues, á juzgar por la manera de decirse aquellas pocas palabras, algo desagradable habia ocurrido entre ellas.

Contaré lo que sucedió. La de Arete las habia invitado al concierto que aquella noche se daba en los Jardines del Retiro, y, al comunicarle Paz á su hija el recado de la Condesa, la chica se negó á ir. Insistió su madre, y entonces ella se rebeló abierta-

mente, diciendo que no iba *porque no*. Y cuando le hizo Paz la reflexión de que negarse á acompañarla era inferir un desaire á la obsequiosa vecina, Suncha, firme en sus trece, le replicó que no iría con la Condesa á ninguna parte.

Cumplía la chica la palabra que había dado á Pepe, y estaba dispuesta á sufrirlo todo antes que faltar á ella, lo que hubiera equivalido á faltarle á él, á él, que ocupaba toda su alma; á él, de quien lo habían separado bruscamente y á quien no vería ya todos los días, pero á quien se sentía unida por lazos tan estrechos y tan fuertes que nada podría desatar ya en la vida, según iba ella pensando.

Aquella rebelión inesperada había llenado de tristeza á Paz. ¿Es posible, se decía, que mi hija no me quiera ya? ¿Que se coloque frente á mí, diciéndome secamente: «No, mamá; no voy con la Condesa á ninguna parte. Tú puedes ir, pero no tienes derecho á imponerme tus amistades?» ¿Qué significaba aquel lenguaje en boca de Suncha? De aquella niña á quien ella había tenido tanto tiempo obediente y dócil á su lado, sin que-

rer más que lo que ella quería ni hacer otra cosa que lo que deseaba ella; de aquella criatura á quien adoraba y para quien únicamente había vivido y podía vivir. Porque sin su cariño, ¿qué era para ella la vida? Un árido desierto que atravesar con el recuerdo de horas dulces, para tormento suyo, de horas dulces pasadas en un país lejano, acariciada por todos los encantos de la naturaleza y del amor.

¡Fenómeno interesante y curioso! Cuando la tristeza cuaja sombras en el pensamiento, parece que en aquella misma obscuridad el fósforo del recuerdo se complace en iluminar vagamente el campo de la visión mental, con fulgores débiles, como los de la luz que arde en el interior de una linterna mágica, proyectando y reproduciendo ante los ojos figurillas borrosas, suavemente coloreadas, figuras que nos sonrieron un día, y con ellas actitudes y escenas que han determinado nuestra vida y nuestros actos, y que, indulgentes y benévolas, aportan un poco de consuelo y de reposo al espíritu agobiado.

Esto le sucedía á la madre. Pasaba ante

sus ojos aquel rincón de Cuba, en el departamento Oriental, cerca de la costa donde había nacido y donde había amado. Recordaba los árboles corpulentos que rodeaban su casa, entre ellos escondida; se acordaba de su Juan, aquel viajero que llegó allí un día, y á quien después su padre, ya anciano, había encomendado el cuidado de sus intereses. Le parecía verlo llegar, joven y robusto, con los colores vivos del europeo en las mejillas; creía oír de labios del granadino su historia: el relato de sus aventuras, de la conspiración abortada en que había tomado parte jugándose la vida; su entusiasmo por Prim, su jefe de conspiración; las peripecias de su viaje de desterrado; su llegada á Cuba. Y después, cuando vino el triunfo de la revolución, y Prim, vencedor, contestaba á la carta en que Juan le felicitaba, llamándolo á su lado á saborear la victoria, aquella respuesta que ella leía á medida que él la iba escribiendo: «Mi general: V. ha obtenido un triunfo grande para la patria, pero yo no los he obtenido pequeños, por lo que á mí personalmente se refiere. Aquí, en el seno de esta hermosa y

hospitalaria tierra, he conquistado un corazón hermosísimo, y dentro de unos días uniré mi suerte á la de una angelical criatura. Se llama Paz, y tiene el alma tan hermosa como el cuerpo, y es de cuerpo y de alma lo más hermoso que Dios ha hecho. Si me llamara V. para pelear, no vacilaría un instante; pero para gozar del triunfo, perdóneme que no acuda á su llamamiento. Después de las fatigas pasadas, V. obtiene la *gloria* que merece, yo la *Paz* que ambiciono.»

El recuerdo de la fiesta venía después á su imaginación. La iglesia del pueblo en que se casaron, el vestido de desposada, el ramo de flores que llevaba en el pecho y que Juan guardó y ella encontró en una cajita color de rosa, después de muerto él...

Cuando ocurrió la desgracia, ya había perdido á su padre. Sola se quedó con Suncha. ¡Sola no! ¡Más le hubiera valido!...

Y volviendo atrás nuevamente, recordó el día que Pedro llegó á la casa; la impresión desagradable que le hizo aquel hombre con sus uñas vueltas hacia dentro, como las de un ave de rapiña; con los pómulos sa-

lientes y el pecho estirado hacia afuera, dándose un aire de importancia insostenible. Pero Juan lo recibió con cariño. «Es un forastero, le dijo al presentárselo, viene de muy lejos, de la Península, de aquel pedazo de tierra en el cual hay una Alhambra y á sus pies la ciudad mora en que yo he nacido, y cerca de la cual viven los padres que me dieron la vida. Viene empleado por el gobierno en Hacienda. En la parte de mi patria en que ha nacido, no hay un cielo como el de mi Granada; pero la nostalgia le abruma, y deseo que se halle bien entre nosotros.» Poco después empezó Juan á enfermarse; cada día estaba más pálido y la tos era más frecuente. ¡Qué impresión la de ella cuando tuvo el primer vómito de sangre!

El forastero menudeaba sus visitas. En aquel año, último de la vida de Juan, fué á su casa seis ú ocho veces, y pasó allí, en cada una de ellas, otros tantos días. Cuando llegó la catástrofe, él se presentó. Le pintó la conveniencia de abandonar aquellas soledades; ella se negaba. Le habló de los peligros de que la guerra se extendiera

hasta allí y de la necesidad de educar á la niña, que tenía ya cuatro años y que pronto debería ir á la escuela. Este argumento sobre todo le hizo decidirse y abandonar aquel rincón amado para ir á la Habana... Todo, todo lo había hecho por ella.

Suncha dió media vuelta y lanzó un suspiro. Entonces Paz, á media voz, para no despertarla si dormía, le preguntó:

—¿Estás desvelada?

La niña no respondió. Continuó inmóvil, y esto le hizo creer que su hija dormía.

Pero Suncha no hacía otra cosa que pensar también.

El día anterior Pepe había salido para Valladolid. Antes, cuando fué á examinarse, convinieron en que echaría, por debajo de la puerta, un papelito en que le dijese cómo había salido. Ella esperaba en el balcón su vuelta. Tardó mucho el estudiante, y entró con la cabeza baja. Entonces se fué junto á la puerta, y allí pasó un largo rato mirando al suelo, pero el papelito ofrecido no apareció. Al día siguiente, por la mañana, bajó con su padre; le vió salir del portal, y oyó, ya en la calle, que decía á

D. Rafael: «Sigue, que ahora te alcanzo: se me ha olvidado el pañuelo.» Le sintió subir por la escalera, detenerse junto á la puerta y luego continuar de prisa hacia arriba.

Pepe se había detenido para echarle el papel convenido, y, antes de bajarse á cogerlo, había visto á su novio, por el ventanillo, un poco pálido y ojeroso, volver, en su precipitación, la cabeza, mirar hacia ella y arrojarle un beso. Temblándole las piernas, como si presintiese lo que ocurría, leyó, en aquellos renglones, lo siguiente:

«He salido mal. Mi padre me lleva á Valladolid, donde pasaré estos tres meses. Es preciso resignarse. Piensa mucho en mí. Yo te escribiré y le encargaré á Emilio que busque la manera de entregarte mis cartas; tú escribeme mucho. Te suplico, por lo que más quieras, que no vayas con la Condesa á ninguna parte. Te adoro, te adoro y te adoro. Tuyo, siempre, siempre, *Pepe.*»

Comprendió Suncha que lo del pañuelo era un pretexto no más, y que, de todas maneras, aunque no lo fuese, no tardaría mucho en bajar. Así, apenas hubo acabado

de leer, al tiempo que Pepe bajaba, se precipitó de nuevo hacia el ventanillo, y, pegando los labios á la placa de metal que lo cubría, le dijo: «No tengas cuidado, no iré á ninguna parte con la Condesa.» Después, bajó los ojos y vió que el estudiante se acercaba para decirle algo. Pero allá, en el portal, se oyó la voz del doctor que preguntaba impaciente: «¿No acabas de venir?» Y, junto á ella, la de Pepe, acariciadora como un beso, que murmuró: «¡Gracias, vida mía!»

Y el recuerdo de aquella escena le hacía palpitar el corazón con fuerza, y se repetía á sí misma:

«No iré, no, aunque se empeñase mi madre, aunque el mundo entero se empeñase, aunque el cielo y la tierra se juntaran para aplastarme por mi desobediencia; que entre el cielo y la tierra juntos, no hay nada tan bueno ni tan grande como él, como *mi* Pepe.»

## XXIV

—...fueron aquellos los días más felices de mi vida—decía la cubana á la de Arete, ya en el terreno de las confidencias.—Poco después, al ocurrir la muerte de mi marido, cuando nos fuimos á la Habana, todo cambió para mí. Al principio parecía que me iba á morir de pena. Había perdido á mi Juan, me había separado de aquella casa, de aquellos árboles, de aquel río, de todos aquellos compañeros de mi ventura, á los cuales no debía ya ver más, porque fué necesario proceder á su venta para poder sostenernos. Pedro se encargó de todo. Colocó el capital en una casa de comercio, y con los intereses que producía atendíamos á nuestros gastos. Esto y mis joyas era lo que yo había heredado de mis padres. Los de mi Juan, al contestar á las cartas en que

les daba las noticias, primero de la gravedad, luego de la muerte de su hijo, me llamaron al hogar que él se había visto en el trance de abandonar hacia tantos años. Le enseñé sus cartas á Pedro, el cual consideró que era una grave imprudencia meternos las dos solas en un buque, á correr aventuras por un país completamente desconocido para mí. También me dijo, y esto fué lo que más efecto me produjo, que me exponía á comprometer la salud y la vida de Suncha, trayéndola tan pequeña á un clima frío.

No contenta con esto, consulté mi proyecto con D. José. D. José era un comerciante rico, un gallego honrado, bueno y laborioso, única persona á quien yo conocía en la Habana lo bastante para poder esperar que se interesase por mí y que me ayudase con su consejo. Durante muchos años había comprado los frutos de nuestras tierras y había sido amigo de mi padre y de Juan.

—Mire, doña Paz—me dijo—por lo del viaje no tiene que apurarse, porque yo le arreglaría las cosas y le buscaría recomendaciones para que la atendieran. Y por estar con los suyos bien pueden pasarse al-

gunos días desagradables. Eso sí, hay que andarse con cuidado por la niña. Ya sabe que á mí Pedro no me gusta, y que no nos hablamos desde que tuvimos la cuestión aquella sobre la colocación del capital de V., que sigo creyendo,—de V. para mí,—que no está en buenas manos. Yo no he insistido sobre esto, porque no era cosa de sacarlo de allí y traerlo aquí para que mañana fuera á ocurrirme una desgracia. No. Pero aunque creo que mucho mejor estaría V. con su familia, lo de que se le vaya á morir la niña, es cosa seria y que merece pensarlo. Yo, francamente, no quisiera que por mi consejo fuera V. á perder á su hija.

Esto me decidió á abandonar por entonces el proyecto de reunirme con la familia de Juan.

Así se lo escribí. Ellos se hicieron cargo de mis temores y de las dificultades que tenía para mí el viaje.

No había pasado un año, cuando, confirmandose las predicciones de D. José, quebró la casa de comercio en que Pedro colocó mi capital; me quedé sin recursos, y él me dijo que no pudiendo resarcirme de la

ruina que por su equivocación me había ocasionado, se hallaba en la obligación de atender á cuanto yo pudiese necesitar. Me obligó á aceptar algunas pequeñas cantidades, y concluyó por hacernos ir á vivir con él. «Esta es su casa, doña Paz; y aquí nada ha de faltarle», con este ofrecimiento me recibió el día que entré en ella.

El recuerdo de sus desventuras, aguzando sus penas y avivando sus dolores, ahogó por un momento su voz y en sus ojos negros cuajáronse las lágrimas. La de Arete la animó, y Paz continuó su historia.

Le contó á su amiga que Pedro, atentísimo con ella en los primeros tiempos que vivieron juntos, fué, poco á poco, dejando de ser afectuoso y cortés, como si al ir habituándose á aquella vida en común, fuese debilitándose el sentimiento de que al principio tanto alarde hiciera.

Pasábase casi todo el día en la oficina, y por la noche venían á su casa algunos de sus amigos. Eran estos hombres ignorantes, violentos, de inteligencia cortísima y de alma envenenada, que hablaban con un odio profundo de cuanto para su Juan ha-

bía sido objeto de entusiasmo y de veneración. Así decían, entre otras lindezas del mismo corte, que los liberales eran unos *canallas, indecentes*, estas eran sus propias palabras, vendidos al oro inglés cuando pedían la abolición de la esclavitud, y al oro italiano cuando iban á buscar á D. Amadeo. Que los hijos del país eran unos *pillos, hipócritas*, etc., y de sus mujeres lo que no puede repetirse. No había acción innoble, baja ó escandalosa, que no creyeran, y si alguna vez ella objetaba algo al relato de cualquier hecho, por su monstruosidad notoriamente inverosímil, citaban un centenar de cosas tan monstruosas como aquella, afirmando á renglón seguido: «yo lo vi, ó me lo contó la criada de la casa.» Obien exclamaban: «¡Qué inocente es V., señora!»; cuando no tenían mejor argumento para probar la certeza de lo que aseguraban.

Pensaba Paz que era más meritoria su inocencia que las suspicacias groseras de ellos, de los cuales llegó á imaginarse que tenían por Dios al mismísimo demonio, pues sólo en los atractivos de Luzbel parecían recrearse aquellos condenados, crédulos sólo

del vicio, de la degradación y del mal en sus manifestaciones más repulsivas y odiosas. Y en aquel sencillo espíritu, formado en el abierto campo de la espléndida y generosa naturaleza, no cabía la idea de que pudieran ser cristianos unos hombres que creían en todo lo malo y no encontraban jamás nada bueno ni desinteresado en el mundo.

Poco á poco empezó á acostarse temprano para no presenciar aquellas reuniones, que se iban levantando como una barrera entre Pedro, á quien gustaban grandemente, y la desgraciada viuda, á quien producían tan profundo malestar.

Y como esta divergencia nacía de la opuesta condición moral de cada uno de ellos, la presencia de aquel hombre llegó á convertirse en una mortificación constante para Paz.

Cada día parecíale su yugo más pesado: cada día el contraste entre él y Juan se acentuaba con mayor dureza. En el espíritu de la pobre mujer, el recuerdo de las más insignificantes palabras y de los menores actos del muerto, le producía entonces el

efecto que nos causa una de esas centelleantes combinaciones luminosas lanzadas al espacio por los pirotécnicos, que brillan con intensísimos destellos de bengalas, y al apagarse en lo alto, dejan en la retina la impresión de una noche más oscura, más negra aún, que la que iluminan los débiles rayos de la luna y esa claridad vaga y tenue de las estrellas, designada por los provenzales con el poético nombre de «celistia.»

—Mi situación—seguía contándole Paz á su amiga—era para mí, cada vez más insupportable. Me agobiaba la idea de depender de él, pero como no tenía medio alguno de ganar un pedazo de pan para mi hija, no me quedó otro recurso que pasar por todo. El abatimiento que me producía aquel malestar moral era tan grande, que mi salud empezó á resentirse. Hacía mil planes para poner fin á aquel estado de cosas; planes que nunca encontraba medios de realizar.

Poco tiempo después dejaron á Pedro cesante, tuvo un disgusto con sus amigos y la tertulia se acabó. Ya no venia á casa aquella gentuza, pero en cambio él no salía, de noche sobre todo, porque no es muy valiente, y rehuía la ocasión de encontrarse con ellos. Estaba tan mohino, que á ratos

me daba lástima. Entonces me hacia sus confidencias. Una vez me dijo hablando como siempre:

—Mira, he roto con esos canallas que viven de robar á este pobre país. Me vengaría y seguiría haciendo dinero aquí. Eso es muy fácil. No tengo más que ponerme á insultarlos, hablar de sus líos y de sus chanchullos en los periódicos, y las gentes honradas me apoyarían y me darían su dinero, porque, á pesar de todo, aquí hay mucho dinero. Y aunque esto me gustaría por vengarme de esos sinvergüenzas que vienen ahora con escrúpulos de monja, y aunque me costaría poco armarles un tiberio—porque en último caso con largarme y decirles ¡ahí queda eso! habríamos concluido—como tengo mis ahorrillos hechos, pues tú sabes que yo soy hombre práctico, prefiero dejarlo todo y marcharme á la Península. Nos iremos, pues; tú pasarás por mi mujer...

Al oírle esta resolución inesperada, no sé lo que me sucedió. En mis largas horas de angustia y de tristeza, pensando en mi pobre hija, sin amparo en el mundo, volvía los ojos hacia la familia de mi marido. Cor-

tijeros acomodados, viven cerca de Granada, donde son muy queridos, lo mismo ellos que su yerno Diego, casado con Angustias, la hermana de mi Juan. Así es que me palpitó el corazón de alegría á la idea de acercarme á ellos. Al mismo tiempo la de abandonar para siempre mi país, los peligros del viaje y del cambio de clima para Suncha, y la perspectiva de pasar por la mujer de Pedro, enturbiaron mi satisfacción.

—Si lo prefieres, nos casaremos antes de irnos—me propuso él.—Porque realmente, para el porvenir de la chica sería mucho mejor. De todos modos, allí no tenemos más remedio que aparentar que estamos casados.

—No, le contesté—no es eso lo que estaba pensando;—pensaba en lo que me decía cuando la familia de Juan me escribió llamándome allá, de los peligros que podía correr la salud de Suncha.

El me tranquilizó. Me dijo que si bien se había opuesto á que hiciéramos el viaje solas, era por los inconvenientes gravísimos que esto ofrecía; que ya Suncha no era una pequeñuela y que no corría los mismos ries-

gos, y en fin, otra porción de cosas que se le ocurrieron.

Se resolvió el viaje, y lo hicimos sin la menor novedad. Pero á los pocos días de llegar aquí se enfermó Pedro gravemente. Yo no sé cómo pudo salvarse. Aquella enfermedad ha cambiado por completo su carácter. El confesor que le asistió—estuvo oleado y todo—nos acompañó mucho. Durante su convalecencia tenía con él largas conversaciones, que lo han convertido. Desde entonces se ha entregado por completo á las cosas de iglesia. En cuanto nos mudamos de la fonda, armó el oratorio que tiene, y ahora está haciendo una iglesita que le va á regalar al pueblecillo de Miragüelles, donde fuimos á pasar una temporada para que acabase de reponerse con los aires del campo.

—¿Pero á la familia de Juan no le has hecho saber que estáis aquí? Para los abuelos será una gran noticia saber que tienen tan cerca á su nieta—dijo la de Arete, interesándose por la suerte de su amiga.

—¡Con tantas cosas no he tenido cabeza para hacerlo!

—Pues debes escribirle.

—Así lo haré—aseguró la cubana—y á no haber sido por tantas vicisitudes... A Pedro le hablé de eso, pero me dijo que también él quería escribirles y ha ido aplazándolo de día en día. Para mí, porque no le agrada que me ponga en relaciones con ellos. No he insistido más por evitar disgustos. Bastante agriado tiene él el carácter, y al menor motivo...

—¡Eso no significa nada! Le podemos escribir aquí si quieres, y decirles que te contesten aquí mismo, y así no habrá necesidad de que se entere nadie...

Todo lo que fuese enredo, todo lo que tuviese algo de «misterioso», de prohibido, de ilegal, le agradaba sobremanera á la de Arete, así es que estaba en sus glorias. Para ella era «cursi» la poesía de lo natural, de lo sencillo. Por eso no se le ocurrió aconsejar á Paz que escribiese en su casa y recibiera allí la respuesta de su familia, sino que inventó aquella intriga, que le parecía *novelesca* sólo porque era intriga. De antemano saboreaba el efecto que le haría á los cortijeros de Granada recibir la noticia de que su hija estaba en la Península, y reci-

birla escrita nada menos que en una de las perfumadas esquelas color de rosa—con la corona condal de relieve—que ella usaba y que eran de un buen gusto y de una distinción ultra-pirenaicos y casi casi ultra-terrestres.

Por su parte, la cubana se prestó dócilmente á los deseos de su amiga. Nunca había tenido voluntad propia, había hecho siempre lo que los otros le sugerían.

Primero lo que querían sus padres, luego lo que pensaba su Juan, después lo que mandaba Pedro, y, por último, lo que á la Condesa se le antojase, porque Suncha no había aún revelado su voluntad más que en pequeñeces, en las que era siempre complacida y poco exigente, ponía rara vez á prueba la ductilidad de su madre.

La carta á los padres de Juan fué redactada por la mismísima Condesa. Copióla Paz, la firmó y rubricó, y á los pocos días recibióse la contestación escrita en pape-rayado de azul, por el cual corrian trabajosamente las letras grandes, desiguales y redondas, saliéndose á veces de la raya hasta tropezar con los trazos de los renglones inmediatos, como si fuera estrecho el espacio para lo que le querían decir.

En aquella carta colaboraban todos, porque aunque en el cuerpo del documento, por decirlo así, sólo figuraba la letra de Diego, tan pronto hablaban en aquellas líneas los padres de Juan, como su hija Angustias, como el mismo amanuense que la firmaba. A modo de postdata aparecían unos garabatos con dos nombres ininteligibles al pie,

trazados por los dos hijos de Diego, de tres años el uno y cinco el otro, hechos por sus propias manecitas llevadas por la de su padre. Según la explicación que les acompañaba, representaban frases de cariño para su prima, á quien no tenían menos ganas de conocer que los demás, y para su tía, á quien llamaban todos respetuosamente «doña Paz».

La carta de los cortijeros decía así, textual y fidelísimamente reproducida:

«Mi hija del alma y ermana querida: celebraré que se aye buena y Asunción también, ya que por aquí todos lo estamos á Dios Gracias.

Esta es para decirté como ayer tubimos la sorpresa y la alegría de recibir tu carta, porque nos figurábamos que no querías saber de nosotros y que no te acordabas de tu familia, que te quiere mucho, por no haber escrito mas desde la desgrasia de nuestro pobre hijo y ermano Juanico que Dios haya en su santa gloria que contestaste á la carta despues de la de pésame.

Aunque somos pobres te queremos mucho. (La Condesa se sonrió leyendo este dis-

parate; el papel timbrado había producido su efecto.) Nosotros te diríamos que vinieras deseguida á tu casa que todos tenemos ganas de conocerte. No somos del todo pobres y la casa es grande y tendrás cariño para llevar á gusto las cosas que te agan falta.

Me se parte el alma hija mia de pensar las soledades que estarás pasando con la niña sola, asies que ya que estás en España ben ija mia que tus padres te esperan con los brazos abiertos.

(Se conocía que este párrafo había sido dictado todo por el abuelo. La llamaban «hija» y la trataban con cierta franqueza. Después venía otro punto y aparte puesto por Diego, de su propia cosecha, según revelaba el tono, más respetuoso y «distan-ciado» aunque no menos cordial, de su redacción.)

»Si V. lo prefiere tambien ai en la cuidad buenas fondas que están serca pues el cortijo está aun paso á la vera del camino de la Zubia pero á los abuelos y á mi mujer nos gustaria mas que la ermana viniera aquí donde nosotros como manda Dios que

trazados por los dos hijos de Diego, de tres años el uno y cinco el otro, hechos por sus propias manecitas llevadas por la de su padre. Según la explicación que les acompañaba, representaban frases de cariño para su prima, á quien no tenían menos ganas de conocer que los demás, y para su tía, á quien llamaban todos respetuosamente «doña Paz».

La carta de los cortijeros decía así, textual y fidelísimamente reproducida:

«Mi hija del alma y ermana querida: celebraré que se aye buena y Asunción también, ya que por aquí todos lo estamos á Dios Gracias.

Esta es para decirte como ayer tubimos la sorpresa y la alegría de recibir tu carta, porque nos figurábamos que no querías saber de nosotros y que no te acordabas de tu familia, que te quiere mucho, por no haber escrito mas desde la desgrasia de nuestro pobre hijo y ermano Juanico que Dios haya en su santa gloria que contestaste á la carta despues de la de pésame.

Aunque somos pobres te queremos mucho. (La Condesa se sonrió leyendo este dis-

parate; el papel timbrado había producido su efecto.) Nosotros te diríamos que vinieras deseguida á tu casa que todos tenemos ganas de conocerte. No somos del todo pobres y la casa es grande y tendrás cariño para llevar á gusto las cosas que te agan falta.

Me se parte el alma hija mia de pensar las soledades que estarás pasando con la niña sola, asies que ya que estás en España ben ija mia que tus padres te esperan con los brazos abiertos.

(Se conocía que este párrafo había sido dictado todo por el abuelo. La llamaban «hija» y la trataban con cierta franqueza. Después venía otro punto y aparte puesto por Diego, de su propia cosecha, según revelaba el tono, más respetuoso y «distan-ciado» aunque no menos cordial, de su redacción.)

»Si V. lo prefiere tambien ai en la cuidad buenas fondas que están serca pues el cortijo está aun paso á la vera del camino de la Zubia pero á los abuelos y á mi mujer nos gustaria mas que la ermana viniera aquí donde nosotros como manda Dios que

esten los que bien se quieren en las familias.»

Y después de repetir esto mismo de varios modos, terminaba la carta con expresiones grandes de afecto, detrás los garabatos de los pequeños, y por último la fecha.

La Condesa leyó la carta con gran regocijo; con el mismo gusto y la misma curiosidad con que escuchaba las declaraciones de cualquier paleta en alguna de las vistas de causas célebres, á las que asistía con verdadero deleite por el sabor «rural» y el *cachet* que tenían.

Paz, al recibirla, experimentó una satisfacción inmensa. Leyósele á Suncha, recomendándole que guardase con Pedro la mayor reserva, y aquella misma noche, encerrada con llave en su cuarto, estuvo escribiendo hasta la madrugada.

En una carta interminable hablaba á la familia de su esperanza de verlos y abrazarlos á todos, de Juan, de sus recuerdos y de las vicisitudes por que había pasado; de sus temores de morir y dejar á Suncha privada del amparo de su familia y de otras muchas cosas largas de contar, sin que ol-

vidara recomendarles al concluir, que cuando le contestaran pusieran el sobre á la Condesa de Arete, su amiga.

Estaba Paz verdaderamente impresionada cuando escribía, y más de una vez se le saltaron las lágrimas.

Llegó á pensar seriamente en tomar una resolución: vender aquellas joyas que había heredado de sus padres—guardadas como reliquias—y marcharse de una vez con su familia. Pero su iniciativa no pasó de aquí.

En cuanto á la Condesa, excusaba á la gran señora porque no se entusiasmara con la carta de aquellos sencillos cortijeros, ella, que estaba acostumbrada á recibir esquelas y besa-manos de periodistas, escritores, embajadores y ministros, y sintió desde aquel día hacia ella un movimiento de gratitud vivísima, porque comprendía que le debía un favor de cuya importancia no tenía idea su misma benefactora.

## XXVII

Estaba Pepe impaciente y nervioso como nunca. Por fin llegó el cartero. Dejó él sobre la chimenea una de las dos cartas, aquella cuyo sobre venía escrito por doña Angeles, y abrió la otra.

Primero la leyó muy deprisa, casi sin enterarse, y luego se acercó al balcón y procedió á una lectura más detenida de los cuatro plieguecillos de letra menuda que la formaban, analizándola párrafo por párrafo. Inútil creo decir de quién era. La carta con todos sus faltas de sintaxis y demás incorrecciones, decía:

«Madrid 30 de Julio.

Pepe de mi alma: ayer es que me ha dado Emilio tu ansiada carta que te agradezco con todo mi corazón.

Haces mal en estar triste y atormentándote con todas esas ideas que se te ocurren, porque no tienen razón de ser como lo de las diversiones, que aunque me lo dices muy disimuladamente lo he comprendido que te mortifica también esa idea mucho. Nosotras no vamos á ninguna parte, pero aunque fuéramos, ¿te atreverías á figurarte que hay diversión capaz de distraerme de lo que yo quiero más en el mundo? Porque te quiero más que á mi madre que es lo que yo quiero más.»

Pepe con una sonrisa indefinible dirigió una mirada á la carta de doña Angeles que había dejado sobre la chimenea, aún sin abrir.

«¿Te acuerdas lo que me dijiste el día que me decías que me querías siempre porque mi cariño era la sangre de tu vida moral, y que me querías mientras latiera en tu pecho tu corazón?

Yo te pregunté: ¿Palabra de honor? Y, ¿has olvidado tu respuesta? Estoy segura que no. «¿Palabra de honor? Porque no me conoces me haces semejante pregunta. Oye y no olvides lo que voy á decirte. Antigua-

mente los hombres bajo un régimen despótico que fiscalizaba las conciencias, se veían en la precisión de mentir frecuentemente, y la mentira era la consecuencia naturalísima de aquella educación que se usaba. Hoy estamos en otras condiciones, y aunque los espíritus ruines, mienten, por vicio, como hacen otras muchas cosas indignas, los hombres honrados conocen todo el mal que se hacen á sí mismos, todo lo que les degrada la mentira y no incurren en semejante indecorosa falta. Yo podré equivocarme, creer que no puedo vivir sin tu afecto, y que sin embargo no sea así, á pesar del testimonio de mi alma, pero al decírtelo te digo lo que siento. Si en esto como en otra cosa cualquiera no pudiera decirte la verdad, me callaría, pero no dudes nunca de mí ni me pidas que te afirme bajo palabra de honor lo que te digo, porque todas mis palabras son de honor. Además, estas fórmulas nada prueban por sí; la palabra de los hombres rectos es la expresión de sus sentimientos, y la de los desleales casi siempre la máscara de los suyos, empleen las frases que emplearen en

abono de las otras que hubieran dicho. Yo no sería capaz de jurarte que te querré mañana, lo que te he dicho y lo que te repito es que creo, porque lo siento, que eres algo esencial en mi vida. ¿Me engaño? El tiempo lo dirá.»

No creas que para repetirtelo he mirado al papelito en que te pedí que me las escribieras y en que me lo escribistes. Guardo estas palabras tuyas en el fondo de mi corazón y me las sé bien como ves.

Pues bueno, el día que te ibas te dije por el ventanillo: «estáte tranquilo que no iré con la Condesa á ninguna parte», y he aprendido con mi maestro todo lo que vale la palabra de las gentes honradas. Ya ves, en eso te pareces á mi padre. Tana, que te oye siempre con tanta atención cuando hablas, me lo ha dicho muchas veces que te pareces mucho á él, sólo que tú como has estudiado y leído tanto, sabes más que él.

Esta casa está hecha una tumba de un cementerio desde que tú te has ido. Por la mañana las cosas de la casa y la costura, por la tarde duerme mamá la siesta y yo casi todos los días me voy con Tana á pa-

sear. Bajamos por la cuesta de San Vicente. (Como no estás tú para sujetarme no me atrevo á bajar por la vertiente del Cuartel de la Montaña). ¡Nos acordamos tanto! Siempre me siento en el banco en que hablamos la primera vez, donde tú hiciste en el suelo la interrogación con la sombrilla. Nos detenemos en todos los lugares á cada paso, en los que tú has dicho algo. Tana llama el árbol del cariño á aquel de la comparación, ¿te acuerdas? Me dan ganas de coger una vasija y llevar agua para regarlo, porque me parece que estoy viendo lo de las raicitas, que decías tú, para que se aumenten mucho y luego nadie pueda arrancarlo, y aunque lo tronchen se queden las raíces allá dentro.

A los gorriones les sigo llevando pan. La otra mañana había uno que no hacía más que mirarme mientras preparaba las migas, moviendo su cabecita monísima. Tana me dijo entonces:

—¡Eh, mire niña; si parece que pregunta por niño Pepe!

Y yo me eché á llorar como una boba. Es mucho más feliz el que se queda que

el que se va. Tú, pobre alma mía, no tienes nada de esto.

Por las noches nos vamos al balcón y hablamos con Emilio (muchas veces de ti) hasta que se marcha al periódico. Otras veces...»

Suspendió la lectura un momento.—Y viéndola todas las noches ha tardado tanto en entregarle la carta. ¡Estúpido! ¡Egoísta ese!

«Otras veces los dejo charlando...»

—Eso, eso es lo que quiere Emilio...

«...y me encierro en mi cuarto á pensar en ti, á soñar que vienes de la calle preocupado y triste por los disgustos que has tenido en la calle y que me los cuentas y yo te distraigo y te animo.

Padrino—así llamaba Suncha á D. Pedro—se pasa las mañanas en la iglesia, la tarde casi toda durmiendo, y por la noche sube á casa de doña Mariquita á jugar al tute ó á la brisca con el P. Jaime.

Se han hecho muy amigos.

Yo también me he hecho muy amiga de Dolores, la hija de doña Mariquita, que me dijo que tú tenías muy bonitos ojos. ¡La

tonta! ¡Decírmelo á mí que los tengo siempre delante!...

Esta es la vida que hacemos de ordinario, menos los sábados y domingos, que padrino se marcha á Miragüelles á inspeccionar las obras de la iglesita que está construyendo. Como no son más que dos horas de tren, vuelve el lunes por la noche.

En esos días nuestra vida cambia un poco...»

Frunció Pepe el ceño.

«Mamá va los sábados con la Condesa por la noche á hacer limosnas á los pobres, que como viven en callejuelas sucias y malasanas, y muchas veces están enfermos, no quieren que yo vaya con ellas. Me alegro de que no me quieran llevar, porque yo tampoco iría, como te lo he ofrecido, con la Condesa á ninguna parte, y me dejan arriba con Dolores hasta eso de las once que suelen volver.»

Tenía el estudiante en la cara una señalada expresión de desagrado, que iba acentuándose y convirtiéndose en indignación á medida que adelantaba en la lectura del párrafo.

«El otro día me asusté temiendo que les había pasado algo porque tardaban mucho en volver, y Dolores y yo nos pusimos en el balcón á esperarlas á ver si venían. Pero Emilio y Serafín que las encontraron por casualidad las acompañaban.»

—¡Vaya con la casualidad!

«Los otros días nos acostamos á eso de las once. Emilio se va á la redacción, y nosotras á la cama.»

Es la soledad mala consejera de los temperamentos excesivamente excitables. Sabe Dios los castillos que iba el muchacho fabricando á medida que leía. Cosas tremendas debían ser las que pensaba, porque el papel le temblaba en las manos.

«Recibe, vida mía el corazón tuyo de tu  
—SUNCHA.»

«P. D. Los cromitos que te mando en esta son de unas pastillas de chocolate que me trajo mamá el sábado cuando fué con la Condesa.»

—¡Pastillas de chocolate! ¡Si, vamos, de las que les llevarían á los pobres! ¡Indecentes! —murmuró, apretando las mandíbulas.

«El niño del escobillón eres tú, y la niña que lleva la cesta de flores soy yo...»

- ¡Pobrecilla!

«Dale un beso á él en el escobillón, donde yo acabo de depositar uno para ti.»

Pero en vez de cumplir tan delicado encargo, en vez de recoger el perfume virginal que los labios de Suncha habrían dejado con su alma sobre el diminuto cromo, arrugó con violencia la carta entre sus manos, y empezó á recorrer á grandes pasos la habitación.

## XXVIII

En confuso tropel le asaltaban todos aquellos sinsabores, todas aquellas preocupaciones que habían embargado su espíritu durante tantos meses apartándolo del cumplimiento de sus obligaciones, y llevándolo á recibir aquel *suspense* que le hacía considerar merecido su penosísimo destierro.

Desde que llegó á Valladolid había estudiado con verdadera «desesperación». Noches en claro fueron casi todas las que pasó allí y la excitación de las vigiliass y el exceso de trabajo mental habían aumentado extraordinariamente aquel desequilibrio nervioso que parecía caracterizarle.

Estaba hecho un pistolete de Volta, y aquella carta trajo la chispa que había de determinar el estallido. ¡Y qué estallido, madre mía! ¡Qué estallido el suyo al encon-

trarse de nuevo y de golpe frente á frente con la corrupción que rodeaba á aquel ángel adorado en sus sueños de ventura, con la mística aureola del amor!

En frases precipitadas iba su desesperación desbordándose, incoherente é incomprendible á veces, deteniéndose bruscamente, precipitándose otras, y empleando en su monólogo palabras que jamás usaba.

—¡Miserables! —exclamaba.—¡Me estáis robando un alma! ¿Y qué sabéis vosotros lo que es un alma? Pureza, candor, inocencia. Palabras cuya significación no podéis apreciar, porque no las podéis comprender. ¡Amor, idolatría de lo bello y de lo bueno! ¡Sonidos huecos para vuestros pechos vacíos! ¡No se dan las hojas que purifican el ambiente ni las flores que lo aromatizan en el barro siempre revuelto de los caminos comunales! ¡Para vosotros el amor no es más que el apetito de los sentidos! Sois la expresión acabada del dios de las dos caras: del Jano social. Buscáis la sanción del Estado y de la religión para satisfacer vuestros instintos. Sois monógamos con la cara oficial; con ella os asustáis de que existan

los mormones, en tanto que con la otra cara, con la cara de vuestros huesos practicáis la poligamia y la poligenia y la poliviría... Sois cristianos oficialmente, y tenéis del paganismo, no la clásica elevación artística en vuestros gustos, sino la grosería de su decantado sensualismo en vuestras arterias...

¡Emilio, Emilio! En tus momentos de tristeza y de nostalgia te has quejado muchas veces de no sentir el calor de la familia. No te lamentes. Tu soledad es merecida. ¿Te ocupas acaso de si tienes ó no hijos? ¿De si los has tenido? Cuando estás entre tus amigos contestas á estas preguntas diciendo con un tono humorístico: ¡Quién sabe! Y es que tus hijos, si los has tenido, son como tus ideas: hijos de la calle. Vas á tu «Problema», obligado por la satisfacción de tus necesidades materiales, no por las de tu alma.

No has dedicado nunca una serie de horas silenciosas al estudio de las cuestiones que tratas con verdadero y sorprendente ingenio, y por eso no tienes convicciones íntimas que te alienten y te consuelen. Tus ideas brillantes, aquellas que tienes por más

*tuyas*, han sido concebidas en el círculo, en el salón de conferencias, en la mesa de un café, en una unción momentánea con esta ó con aquella persona que te dejó una impresión bien poca duradera, tanto que tú mismo no recuerdas jamás la fuente donde bebiste la afirmación que lanzas á la publicidad.

No tienes una biblioteca, por modesta que fuera, á quien querer. Sin darte de ello cuenta, volverás con injurias la enseñanza recibida, porque en la mayor parte de los casos no sabes quien fué tu maestro, y si así lo exigieran las conveniencias de tus cómplices, creerás encima que has cumplido con un deber. Eres un producto social de los que exhala la alcantarilla. Los hombres á quienes sirves se vengan de tus extravíos explotando en su provecho los frutos de tu inteligencia, á cambio de arrojarte las migas del festín. No eres malo por condición natural, pero eres dañino por obra de la vida que realizas. No tienes una biblioteca que querer ni una mujer á quien amar que te inspiren ideas levantadas y sentimientos nobles. Te acercas á la Condesa y ella, como las otras con quienes has tropezado en tu

camino, sólo te deja una sensación de asco y de fastidio.

¿Y esa Condesa? ¿Será posible que ese aborto del vicio no tenga bastante con entregarse á hozar sola en busca de sus placeres y necesite arrastrar á las demás por su propio sendero? Y... es que son cobardes los malvados, y necesitan de los otros para realizar sus indignidades. Si..., el que roba un pedazo de pan agujoneado por el hambre, roba solo, pero el refinamiento de la maldad lleva consigo la exigencia de la *cuadrilla*: la caries, por ser caries, es contagiosa. No le basta ser corrupción, necesita corromper...

Pero, ¿y Paz? ¿Es concebible que una madre deje de serlo? ¿Es posible que no prevea el momento en que Suncha despierte?...

Pensar que ha de estar rodeada de esa basura, de ese inmundicia... Pero no, ella no se contagiará. Yo no lo consentiré.

Debo ante todo dejarme de desesperaciones inútiles y hacer algo práctico... ¿Y qué es lo práctico aquí?... Yo no puedo vivir sin ella... sí, eso es... ¿Me la queréis robar? Pues yo me adelantaré á vosotros. Sí... en

un colegio... en un convento... Sin estas preocupaciones yo acabo en un año la carrera y voy á sacarla. Hoy es viernes, justo. Llego mañana por la mañana... le pondré dos líneas... pero, ¿cómo? Emilio hará lo que con la otra carta... ¡Ah, sí!

Y se lanzó á la mesa y escribió lo siguiente:

«Mi querida Dolores: Necesito que con toda reserva llame V. á Suncha inmediatamente y le entregue la carta adjunta antes de las ocho de la noche. A cambio de este favor pídamela el alma, el corazón, la vida, lo poco que es mío de todo esto y verá que poco tarda en complacerla.—PEPE.»

Y dentro de aquella carta puso otra que decía.

«Suncha de mi alma. Tengo absoluta precisión de verte. Cuando recibas ésta estaré ya en Madrid. En cuanto salgan tu madre y la Condesa subiré á tu casa, porque necesito verte y hablarte seriamente. Perdona, alma mía, pero creo que está loco tu-PEPE.»

Al cerrar el sobre se le ocurrió esta idea: ¿y si tropiezo en la escalera con mi padre? Pero no es fácil. Y en último caso, ¿qué me importa á mí mi padre?

## XXIX

Valladolid es frío, y aunque no hiciese mucho aquella noche, es el caso que Pepe tiritaba al dirigirse á la estación. Cierto que tenía la cara ardiendo y los ojos inyectados de sangre, pero sus manos y sus pies estaban helados, y en todo su cuerpo había ligeros estremecimientos convulsivos. ¡Maldito frío!

A la solitaria estación llegó por fin, tomó un billete, atravesó el andén, entró en un coche de tercera y se acurrucó en un rincón.

Silbó la locomotora, oyóse el chocar de los topes y los resoplidos de la máquina al arrancar, y la masa negra que el tren formaba perdióse en la obscuridad de la noche dejando tras sí otra masa de humo blanco que se iba desvaneciendo poco á poco.

¡Qué sorpresa tan grande tuvo Lola cuando abrió la puerta y el cartero le entregó el sobre que encerraba las cartas de Pepe!

Era la primera que recibía. Al principio dudó que fuese realmente para ella. ¿Quién iba á escribirle? No se le ocurría que hubiese en el mundo quien tuviera noticias de su existencia.

Pero el sobre lo decía bien claro. Se fijó en el sello y vió que era de provincias. Por fin la abrió.

Al acabar de leerla, pensó que un encargo como aquel constituía una prueba de confianza, y que era preciso complacer en seguida á quien suplicaba en términos tan angustiosos y apremiantes.

Así, pues, guardando los papeles en el pecho, recomendó al padre Jaime que tu-

viere la bondad de abrir si alguien llamaba mientras ella volvía, y cogiendo el llavín bajó á casa de su amiga.

Al sonar la campanilla, Paz y Suncha cruzaron una mirada: ¿quién podría ser? Pronto les sacó de dudas la voz fresca y argentina que se oyó en el corredor, preguntando:

—¡Suncha, Suncha! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! En nuestro cuarto—exclamó la cubanita.

Al presentarse Dolores en la habitación llevaba tan señalada la impresión recibida, que Paz no pudo menos de preguntarle:

—Muchacha, ¿qué te sucede?

—Nada—contestó, tratando de disimular—es que la modista me ha traído el traje que mamá me mandó hacer, y aunque supongo que Suncha subirá esta noche, no he tenido paciencia para esperar y he bajado á suplicarle que la deje venir para que vea el vestido. Además, por la noche los colores no se ven bien...

—¿De qué color es?

A esta pregunta Lola se puso encarnada, y haciendo un esfuerzo respondió con decisión:

—Azul marino.

—Pues nada, que vaya; tienes razón; de noche el azul marino parece negro. Además, es probable que yo no salga.

Una vez conseguida esta autorización de la madre, tomó Dolores el brazo de Suncha y se la llevó á su casa, diciéndole por la escalera:

—Tengo que hablarte.

En el momento mismo de entrar, oyóse un «¡no cierres!» de doña Mariquita, que volvía de aprovisionarse en la plaza de la Cebada, seguida por un robusto gallego sobre cuyas anchas espaldas cabalgaba un saco de patatas.

Dolores llevó á Suncha á las habitaciones de Emilio. Habíase marchado éste al café y, como siempre, no volvería hasta la hora de comer. No había, pues, temor de que las interrumpieran.

El padre Jaime estaba en el comedor absorto en la lectura del *Año cristiano*, confortando su espíritu con la leyenda de la *Porciuncula*. Se deleitaba pensando en aquella pequeña iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, donde se presentaron, según el

libro contaba, «al seráfico padre San Francisco, Cristo Nuestro Señor y su purísima Madre, con una cohorte numerosa de espíritus celestiales envueltos por un deslumbrante resplandor divino». Doña Mariquita, después de despedir al mozo, se puso allá en la cocina á picar un trozo de carne que había estado ya sumergido en la olla para darle «más fuerza» al caldo, y con aquél, otros pedazos que habían quedado de los días anteriores, preparando con todo ello una masa para croquetas que tenían el privilegio de gustar de igual modo al mundano literato y al devoto sacerdote.

Así es que podían estar las muchachas seguras de que nadie se ocuparía de ellas. A pesar de todo, una vez en el gabinete, volvióse Dolores para correr por dentro el pestillo.

Suncha en tanto, al dirigir una mirada por el cuarto, se fijó en dos pedazos de oro que había en un papel á medio envolver sobre la cómoda. Parecióle reconocer en ellos los eslabones de una pulsera perdida por su madre la última noche que salió con la condesa. Para convencerse de la exactitud

de aquella suposición se disponía á examinar los pedazos de metal, cuando su amiga la acercó al balcón.

—¿Dónde está tu vestido?—preguntó Suncha.

—En ninguna parte, mujer—respondió la otra, mientras sacaba del seno la carta de Pepe.—Eso ha sido un pretexto, una excusa: toma.

Aquellos renglones dejaron á Suncha atónita. No acertaba á comprender, de qué podía tratarse. Se los leyó á Dolores, y las dos se miraron extrañadas sin conseguir descifrar el enigma.

—Créeme, lo siento, pero esta noche no voy.

—Ánimate, Paz. Lo que tienes es que estás aquí encerrada. Eso mina tu naturaleza y acaba con tu salud. Yo lo noto en mí misma: cuando paso unos días sin salir y sin ver á nadie, me da esa tristeza, esa apatía que sientes tú. Desengáñate, somos histéricas las dos, y necesitamos distracción. Esta vida de encierro no es higiénica.

—No dudo que será así, pero...

—No hay «pero» que valga. Le recomendaremos á Serafin, que te haga hacer ejercicio, mientras Emilio y yo, vamos á...

Al oír el nombre de Serafin, Paz hizo un gesto de desagrado.

—¿No te gusta su compañía?

—Ni poco ni mucho. Es muy antipático.

y muy repulsivo. Pasamos á lo mejor un rato larguísimo sin hablar, y de pronto sale diciendo:—«A su lado el tiempo tiene alas eléctricas».—Es una frase que ha leído ó que le ha oído á alguién: se conoce que ha estado trabajando para recordarla, y cuando la viene á decir, el tiempo ha pasado ya aunque tuviera andar de tortuga. Todo en él es artificial y fastidioso, cuando no brutal y repugnante. Como el sábado pasado. Ya recordarás la escena en casa de Casilda. Cuando nos dejasteis en la salita, se quedó más de diez minutos sin decir una palabra. Me miraba con ojillos de borracho, con una insistencia insoportable, como si me estuviera tomando medidas para un vestido.—«Hay cosas que son para sentidas y no para dichas»,—exclamó sonriendo estúpidamente, y siguió mirándome del mismo modo. Luego de pronto se puso de pie y se me arrojó encima para abrazarme.

Le rechacé con todas mis fuerzas, y entablamos una lucha á brazo partido. El es gordo, con la gordura fofa del cerdo, así es que, como yo era más fuerte, porque tenía todas las energías que da la desesperación

y la rabia, no le quedó otro recurso que abandonar su propósito, después de haberme roto la pulsera. Se me saltaron las lágrimas de indignación, de vergüenza, de asco y, ya lo sabes, resolví no volverle á dirigir la palabra.

—Pero no me dijiste que él se había asustado y te había pedido perdón por aquella falta de formas?

—¿Falta de formas?—dijo la cubana sorprendida de que la Condesa no viese otra cosa en el ataque brutal de su protegido.

—Sí, mujer; no puede calificarse de otro modo.

—¿Cómo no?

—Desengáñate, el pobre Serafín es torpe. No ha tratado nunca á una señora. La única que ha tenido cerca, su madre, no ha podido enseñarle estas cosas, porque las madres son para sus hijos seres sin sexo, distintas de las otras mujeres.

—Pues... no honra á su mamá el pimpollo. Podía haber aprendido de la buena señora á respetar un poco á las demás.

—Pero, hija, has de tener en cuenta, que el chico, según su propia confesión, no ha

tratado más que con perdidas, con coristas, con modistillas, con gente de «medio pelo.»

—¡Quiá!—exclamó Paz; echando atrás la cabeza y balanceándola para recalcar su incredulidad ó para apoyar sus negaciones. —Todo eso de sus conquistas es un fárrago de mentiras. Ningún hombre decente hace esos alardes de que él tiene la boca llena y que *enjareta* á cada paso...

En esto sonó la campanilla, y la Condesa, aprovechando los momentos, le dijo:

—Ya sé que has resuelto no entrar con él en casa de Casilda. Pero no es lo mismo dar un paseo. Iremos hacia la carretera del Pardo.

No dejes de venir... hazme ese favor... Mira que tengo que hablar con Emilio de cosas importantes...

Ya Suncha abrió la puerta del cuarto.

—Me alegro que llegues—dijo la Condesa.

—Tu madre se niega á venir conmigo. No quiere acompañarme, y estar aquí encerrada le perjudica muchísimo. Es necesario que haga un poco de ejercicio.

Entonces Suncha, á cuya imaginación se presentaba Pepe ya en Madrid, esperando

que salieran las señoras para subir á hablar con ella, al oír estas palabras tuvo mil zalamerías para decidir á su madre á que complaciese á la de Arete.

—¿Conque irás, mamáita?—le preguntó por último.

—Bueno, puesto que te empeñas...—Y resignada bajó Paz la cabeza.

## XXXII

La tarde caía lentamente. Ya la obscuridad envolvía aquellas soledades, cuando Pepe, avanzando con cautela, se acercó hasta colocarse frente á su casa. Una vez allí sentóse en una piedra y esperó.

El balcón del piso segundo que correspondía al gabinete de Emilio se iluminó, dibujándose en los visillos la silueta de un hombre que, abriendo las vidrieras, se asomó.

Era él. Lo reconoció en seguida. ¿Se dispondría á charlar con Paz?

A los pocos momentos apareció la Condesa en uno de los balcones de «su jaula». Nada se dijeron, Emilio se retiró en seguida y ella hizo otro tanto.

Asaltóle el temor de que le hubieran visto, pero pronto se tranquilizó. La noche

era obscura y la distancia bastante grande. De todos modos, temió estar demasiado cerca, y se preparaba á cambiar de escondite, cuando su amigo apareció en el rectángulo de luz que formaba el zaguán y salió de prisa, perdiéndose en las sombras.

De pronto le pareció al estudiante, que el corazón con sus violentos latidos iba á saltársele por la boca, tan rápidas eran sus palpitaciones, tan rápidas como el tic-tac de un reloj sin péndulo: en el zaguán habían aparecido dos mujeres elegantes. Levantóse, y de pie las vió tomar la misma dirección poco antes seguida por Emilio.

A corta distancia reuniéronseles éste y otro á quien no pudo reconocer, pero que tenía sobrados motivos para suponer quién sería. Después de hablar un momento, las cuatro personas formaron en dos parejas. Las damas aceptaron el brazo de sus caballeros respectivos, y marchando lentamente se alejaron.

Pepe, calándose el sombrero hasta los ojos, entró resueltamente por el zaguán.

Pero no era él sólo quien había observado lo que ocurría. Un hombre que se ade-

lantaba hacia la casa por el otro lado, al tiempo que aparecieron las señoras en el portal, se detuvo al verlas. Ellas no le distinguieron, porque aún estaba á bastante distancia para poder ser visto, aunque hubiesen mirado hacia allí.

El hombre cruzó el despoblado por detrás de Pepe, sin reparar en él, pues no se paraba la vista de ellas. Detúvose mientras hablaban los cuatro, y luego los siguió un rato á cierta distancia.

¿Quién era aquel hombre? Si se le hubiera ocurrido encender un cigarrillo, á la luz del fósforo el lector hubiérale reconocido en aquellos pómulos salientísimos y en aquellas uñas encorvadas y vueltas hacia adentro como las de un ave de rapiña. Era D. Pedro Indiano, á quien la Condesa y Paz creían en Miragüelles.

Sospechando lo que ocurría, ¿habría fingido el viaje aquella noche para quedarse en Madrid y sorprender á la cubana? ¿Habría perdido acaso el tren y se encontraba por casualidad de pronto con aquello?

Siento no poder satisfacer en este punto la curiosidad de mis lectores, porque sien-

do de escaso interés para el asunto del libro, no he puesto gran diligencia en averiguarlo.

Lo único que sé es que á los pocos momentos D. Pedro volvía atrás repitiendo una palabrota soez, y entraba en la casa no menos resueltamente que el malaventurado Pepe.

### XXXIII

Había salido Emilio, y probablemente Paz y la Condesa se habrían ido ya también.

Esto pensaba Lola, y para convencerse fué á mirar por la ventana del comedor. Era aquella la misma en cuyos cristales trazó Pepe una interrogación sobre la mancha formada por su propio aliento. La habitación de las cubanas estaba á oscuras.

Suncha y ella convinieron en que cuando se marchara Paz, dejaría la puerta entornada y la llamaría por el patio para esperar juntas á Pepe. Contaban con que se acostaría Tana pronto como siempre. ¿Habría ocurrido alguna complicación? ¿Estaría aún despierta la vieja mulata?

Mientras doña Mariquita fregoteaba en la cocina, Dolores se había apostado durante un rato en el pasillo. Desde allí oyó salir á

Paz y á la Condesa, á Suncha despedirse de ellas y entrar en su casa sin cerrar la puerta de la escalera. Ya tenía tiempo de sobra para haberla llamado. Y sin embargo, la habitación seguía á obscuras y su amiga no se asomaba.

Para satisfacer su impaciencia, salió á la escalera. En el vestíbulo del principal había luz, y se oía hablar á Pepe y á Suncha á media voz. ¿Porque no la llamaban?

Entonces se resolvió á bajar. Pero antes fué á decir á su madre que iba en busca de la vecinita.

No había dado cuatro pasos por el corredor, cuando sintió que alguien subía precipitadamente.

Volvió atrás, y miró desde la barandilla. ¡Santo cielo! El que subía era D. Pedro. El mismísimo D. Pedro, que, encontrando entornada la puerta de su casa, entró y la cerró con un golpazo duro y seco.

¿Qué iba á pasar allí?

La chica temblaba de pies á cabeza. Asustada, se metió de prisa, cerró con sigilo y pegóse al ventanillo para escuchar mejor.

Hasta ella llegó el grito ahogado de Sun-

cha, el ruido confuso de dos voces varoniles, una sobre todo, la de D. Pedro, insultante, y dura, y las frases suplicantes de la muchacha, que se hicieron más distintas al abrirse la puerta y se apagaron de pronto con el ruido de otro portazo formidable.

Después un silencio sepulcral de algunos minutos, tal vez sólo de algunos segundos. Luego pisadas vacilantes y en seguida la voz de Pepe, clara y distinta, que gritaba «¡Madre! ¡Madre!», y el ruido de su cuerpo al desplomarse sobre el descansillo de la escalera.

Sintió la infeliz Dolores un vivo estremecimiento. Reponiéndose instantáneamente, pensó que su cobardía era un crimen y se lanzó fuera.

Doña Angeles salía al mismo tiempo gritándole á D. Rafael:

—¡Aquí está, aquí está!

Pero no había en sus gritos expresión de sorpresa, de verdadera sorpresa,—diríase que le esperaba;—y si sólo de inquietud, de una inquietud profunda, justificada por la expresión angustiosa de la llamada de Pepe, que pedía socorro. La pobre señora se quedó como muerta al verlo tendido en el suelo.

#### XXXIV

Cuando volvió en sí, encontróse Pepe en su cuarto y en su cama. Su madre estaba junto á la cabecera y Lola á los pies.

—Por Dios, mamá, que no se entere papá...

—¡Pobrecito! ¡Delira! ¿Cómo no se ha de enterar, si él ha sido quien te ha puesto esos sinapismos? Ahora ha bajado para enviar á la portera á la botica en busca de una medicina, porque Gertrudis ha salido. Pero cálmate. No hables.

Esta mañana, al ver que no llegabas, creímos que mi carta se habría extraviado ó que habrías perdido el tren. Tu padre no te esperaba ya, pero yo tenía la seguridad de que llegarías aunque fuera en el de la noche... ¡Me lo daba el corazón! ¡Cómo no

ibas tu á venir á pasar con tu madre el día de su santo!

Entonces fué cuando Pepe se acordó del día que era; entonces fué cuando se acordó de la carta que en su exaltación había dejado sobre la chimenea de su cuarto allá en Valladolid, sin haber sido abierta.

Cuando Emilio, extenuado y rendido, entró en su alcoba, oyó la vocecita de Dolores que le llamaba.

—¿Qué sucede?—preguntó, fijándose en los ojos de la muchacha enrojecidos por el llanto.

Dolores le refirió lo ocurrido. La llegada de Pepe y la entrada de D. Pedro, cuando el estudiante hablaba con Suncha en el vestíbulo de su casa.

—¿Y que ha sucedido al volver Paz?—preguntó Emilio.

—No lo sé; pero algo muy grave debe haber pasado. Venga V. y verá.

Y juntos fueron al comedor, y desde la ventana estuvieron viendo lo que ocurría en la habitación de las cubanas.

Ayudadas por la mulata, yendo de un

lado para otro, recogían diversos objetos, que colocaban encima de las camas. Luego ponían unos en un saco de noche, y con otros hacían un envoltorio.

De pie junto á la cómoda, colocaba Paz en un saquito de viaje diversas alhajas. Haciéndolo todo temblorosas, como azogadas. Después se pusieron los sombreros y los abrigos. Tana, envuelta en un mantón, con un pañuelo en la cabeza, cogió el saco grande; Suncha el pequeñito y Paz echó mano del lío.

Lola y Emilio se fueron al balcón á verlas salir.

Al hundirse en la obscuridad las tres mujeres, Dolores se volvió al periodista:

—No las deje V. irse así, D. Emilio. Vaya, vaya V. á acompañarlas.

El entonces se marchó detrás.

En casa de Casilda esperaron la luz del día, sentados los cuatro en la mísera salita de la pordiosera encubridora de sus miserias y de las ajenas. De allí salió Emilio para empeñar algunas de las alhajas del saquito, con cuyo producto les tomó los billetes para Granada, quedándoles aún el di-

nero suficiente para llegar á casa de aquellos sencillos cortijeros, á los cuales iba Paz á pedir un rincón donde cobijarse y un pedazo de pan para su hija, para ella y para la fiel mulata, dispuesta á morir de inanición antes que separarse de sus amas.

Al sentirse echada ignominiosamente de casa de Pedro, tuvo la desdichada Paz la primera resolución de su vida, y ya le parecía que si no se metía pronto en el tren no iba á llegar á realizar, antes de morir, un proyecto acariciado durante largos años y que sólo la presión brutal de los hechos le obligó á poner en práctica.

Cuando volvió á casa Emilio, tuvo por Lola noticias de Pepe. El estudiante había dormido y estaba mejor; pero su salud, y su porvenir, exigían, en opinión de D. Rafael, un cambio completo de ambiente y era cosa resuelta que la familia se trasladara á Valladolid, donde el muchacho se repondría y concluiría su carrera al lado de sus padres.

Algunos días después, unos papeles blancos atados á los hierros de los balcones, anunciaban que estaba ya vacío el piso que

ocuparon los Sanchez Urbe en aquella casa, rodeada de terrenos cubiertos por menudas herbezuelas y alumbrados de noche por alguno que otro farolillo de mala muerte, donde aleteó el idilio de la juventud de Pepe.

## XXXVI

Oyóse un silbido metálico, y todas las miradas, encarriladas por entre las líneas de vagones que cubrían el extenso terraplén, se dirigieron hacia el punto en que los rails se pierden á la vista, pareciendo juntarse en una suave curva. Sobre ella se dibujó en el aire, como siguiendo los latidos de una trepidación lejana, una mancha temblorosa de humo azulado, formada á borbollones, bajo la cual apareció con sus faroles rojos la locomotora, cuya imagen se agigantó en un segundo, entrando majestuosa, con acompasado estrépito, bajo la alta techumbre de cristal y zinc que, sostenida por esbeltas columnas de hierro, cubre los andenes de la Estación del Norte.

La ansiedad de los que esperaban, los agolpó junto á los estribos en busca de las

prendas de su afecto, y resonaban el aire nombres queridos, y respondían á ellos brazos amantes, y todo era plácemes y regocijo para los que volvían á verse tras una separación más ó menos prolongada.

Silencioso y sombrío, contemplaba aquel bullicio un viajero asomado á una ventanilla. Tal vez en lo profundo del pecho le repetía el corazón:

*«Tutto é gioia, tutto é festa  
sol per me non va contento»,*

cuando vino un mozo, con mercenaria sollicitud, á distraerlo de sus meditaciones tomándole la sombrerera, la maleta y la manta.

Mientras se dirigian á la salida, mirábalo todo el viajero con cierta extrañeza. Cuando algunos años antes salió de Madrid por aquella misma estación... Pero no, aquello era otra cosa. La estación era entonces un caserón feo y sucio, de aspecto miserable y ruin. Gruesas vigas, ennegrecidas por el humo de las máquinas y apoyadas en pilas de lastradas desconchadas de mampostería, semejaban el esqueleto de la baja techumbre,

con piltrafas de telarañas colgantes, que cubierta por resquebrajadas tejas tapaba los andenes.

Ahora aquello era otra cosa.

En el fondo, á través de los cristales, veíanse las hiladas de piedras del Palacio Real, de un gris azulado, entonando con el color del cielo. La Estación parecióle que había cambiado de sitio al transformarse. Pero no se debía haber acercado tanto á la población como presumió, pues á la izquierda, sobre la arquería ciega que cierra el recinto hasta cierta altura por aquel lado, encuadrado entre ella, las columnas de hierro y la línea de la techumbre, asomábase el Cuartel de la Montaña, sobre la del Príncipe Pío cuya tierra, removida por recientes trabajos, no ofrecía más señales de vegetación que algún álamo seco y unos cuantos pinos, cuyas copas verdes se recordaban sobre el color amarillento, uniforme, de la cuesta, diseminados aquí y allá como los árboles de un nacimiento.

Cruzaron después por el enorme vestíbulo de la estación, cuyas dimensiones le sorprendieron, y al querer medirlo con los

ojos, fijóse en las molduras rectilíneas del techo, en los brazos de bronce que sostenían los grandes fanales y en los carteles de anuncios de colores chillones, rabiosos, que saltaban del fondo verde del muro, llamando la atención.

Cuando salió del edificio, metióse el viajero en un coche de alquiler, ordenando á su conductor que se dirigiese á un hotel, cuyo nombre habia dado al mozo para que le llevase el equipaje.

Al atravesar la puerta de los jardinillos sintió el cochero que le tiraban del carrik, é inclinándose oyó que le preguntaban:

—¿Hay alguna fonda en el barrio de Argüelles?

—No, señor—contestó.

Y como le renovasen la orden primera, descargó unos cuantos palos sobre las escualidas ancas del caballo. Este, que debía tener contados los días de su maltratada existencia, empezó á subir con trabajo la cuesta de San Vicente. Sus herraduras arrancaban chispas de los pedruscos y señalaban bajo la piel que cubría su osamenta, aquellos músculos enjutos y tirantes

como correas, que á fuerza de contraçciones violentas luchaban por arrastrar el vehiculo.

El viajero en tanto, apoyado en el respaldo, hundíase en sus meditaciones. ¡Cuántos recuerdos tenían para él aquellos lugares!

A la derecha, sobre un zócalo de piedra blanca y ladrillos rojos, se levantaba la verja cuyas agudas puntas parecían una línea de puntos suspensivos, con los cuales la industria subrayaba las curvas suaves, ondulantes, de los árboles del Campo del Moro, de verdes variadisimos, y allá á lo lejos como un enorme copón invertido que hubiese perdido su pie en las nubes, aparecía la cúpula de San Francisco el Grande, de líneas precisas y majestuosas.

Iban ya cerca de la entrada, que ahora custodiaban armados centinelas, y por la que pasó él en otros tiempos tantas veces, unas preparándose á sacar las migas para sus gorriones, otras buscando ansioso en sus ideas y en sus sentimientos, una expresión feliz que le permitiese despertar en el pecho de la niña adorada, latidos que respondieran á los suyos.

Allá en el fondo, un par de jardineros rapaban con sus guadañas el césped menudo que verdeaba los suaves lomos en que se habian convertido los antiguos desmontes. La fuerza armada y el refinamiento cortésano, revelaban bien claro que el antiguo abandonado paseo público, se habia convertido en jardín del Palacio.

Siguiendo cuesta arriba, volvió á ver á la izquierda la montaña del Príncipe Pío, aquella pendiente, ya recortada á golpes de pico y cortes de pala, por la que bajaron juntos tantas veces con las manos enlazadas, burlándose él de los temores de ella por lo rápido del descenso; temores que le hacían estrechar fuertemente sus manos, mientras las botitas de ella, que guardaban como estuches de tafíete aquellos pies altos de empeine y chiquititos hasta lo inverosímil, y los brodequines de él, hacían rodar los terrones que, empujándose, saltando y desmenuzándose, iban á parar atropelladamente á la falda del cerro. ¡Y cuántas vueltas le daban á éste pretextando él encontrar un declive más suave, pero tratando en realidad de prolongar aquellos apre-

tones de manos que le hacian sentirse tan feliz!...

¡Pero cuánto había variado el aspecto de aquellos lugares! Mostrábase en ellos el movimiento incesante de la vida, que lo mismo se da en las partículas invisibles que pueblan una gota de agua, que en la cáscara del globo, ese grano de tierra que baila con los otros planetas el rigodón sideral, cada día en un sitio distinto del infinito espacio; lo mismo en la fisonomía de las poblaciones, que en las celdillas del corazón humano.

Y en medio de esa universal mudanza, de esa variación continua, ¿qué habría sido de ella?

Tal vez á aquellas horas, casada ya, sería la madre amantísima de los hijos *de otro*; tal vez en aquellos mismos momentos prepararía al mayorcito de sus niños para enviarlo á la escuela de párvulos, á la ideal Escuela-Fröebel de sus sueños de adolescente. Creía verla recortándole al pequeñuelo las uñitas, transparentes, sonrosadas y brillantes como las de la madre, que, terminada esta tarea, correría á calmar el llanto

de otro chiquitín, aun en la cuna, mientras la doncella abriría el balcón para sacudir los mullidos colchones en que su cuerpo habría pasado, envuelto en tibio calor, las calladas y misteriosas horas de la noche!...

Daba el viajero por seguro que ella habría unido su suerte para siempre á otro hombre, y quienquiera que el afortunado fuese, al recibirla bajo su techo, habría encontrado en ella el santo refugio de un hogar bendito...

¿Y si sumarido no había acertado á comprender los anhelos y las aspiraciones de aquella angelical criatura? ¿Si era un hombre que se enamoró de aquel cuerpo hermoso sin llegar á postrarse ante la alteza de aquel espíritu en que él había esbozado un cielo de amores? Entonces, ¡pobre mártir! ¿Pero es el martirio condición de los humanos? ¿Podría haber resistido ella un día tras otro las descepciones naturales que en su inocencia había de sufrir al encontrarse, en lugar de sus sueños de virgen, con la realidad de la vida en común, aumentadas sus decepciones por la tortura de una

vida moral no compartida? ¡Horrible situación la suya si se hubiera casado con un hombre que no respetase el santuario de su alma, que no pusiese atención en las que ella le prodigase, ó que arrojara brutalmente sobre sus espaldas de niña todo el peso de los dolores y de las contrariedades que juntos los dos habian de soportar!

Pero en uno y otro caso, venturosa ó desgraciada, en las alegrías ó en las penas, ¿podría vivir sin sentir como el aleteo de su recuerdo acariciador? ¿No habría para ella en los dolores y en los sufrimientos una palabra, una enseñanza, una observación suya que viniera á dulcificárselos, encendiendo una lucecita á la esperanza en la sombra de sus amarguras? ¿Habría de haber sido ineficaz la labor que realizó en aquel espíritu?

Porque el viajero no se atrevía á soñar con que ella hubiera permanecido enamorada de una sombra perdida en el tiempo; con que ella hubiera podido hacer frente á las vicisitudes de la vida, manteniéndose fiel á un sentimiento que todo se ha-

bía conjurado para desarraigar de su espíritu.

En medio de estas ideas, presentábasele de pronto el recuerdo de las obras de un amigo suyo que gozaban por entonces de extraordinaria popularidad. Pintaba su autor en ellas con grandísimo atildamiento, mujeres perdidas, hombres corrompidos, escenas de un sensualismo grosero y duro, cuando no refinado y envenenador, atesorando en sus páginas todas las delicadezas de ejecución imaginables; las que seducen con la pureza y gallardía del lenguaje patrio mejor conservado en los llanos de la vieja Castilla; las que atraen con el relieve de las descripciones magistrales, escultóricas; las que centellean en la imagen luminosa que alumbra por sí páginas enteras, y las que el ingenio alcanza por una perspectiva tan asombrosa que parece convertir las letras en trazos, las palabras en rasgos, las frases en pinceladas, como si entre las líneas impresas fueran las cosas mismas surgiendo vivas ante los absortos ojos del lector.

Y había momentos en que, arrastrado por

aquel torbellino, llegaba á dudar si era cierto cuanto él había tocado y palpado y visto en la vida. Y en fuerza de presentarle lo indigno y lo malo como sinónimo de realidad, y lo bueno como abstracción de colegial, empezaba á dudar hasta de sí mismo y á creerse ó un ser excepcional, ó un mentecato, que, si no tomaba precisamente los brillantes por «lágrimas desprendidas de una estrella», no los consideraba ni viles ni prosaicos, porque fuesen «pedazos de carbono», y se limitaba á encontrarlos tan hermosos como antes de haber sabido cuál era el rótulo que los químicos le ponían á las piedras de facetas luminosas, que las gentes con tanta propiedad designan por la cualidad que las avalora.

Y al dudar de sí mismo para poder dudar de ella, y ocurrírsele que tal vez, sin su apoyo y sin su amparo, podía haberla arrastrado aquella corriente de vicio que su amigo pintaba como la fuerza motriz de la vida social; al ocurrírsele esto, para rechazar lo absurdo caía en lo fúnebre.

—¿Habría muerto?

Pero si vivía, cualquiera que fuese su si-

tuación, su posición en el mundo, sus circunstancias del momento y sus penalidades ó sus satisfacciones, ¿cómo podría evitar un estremecimiento de íntima y profunda emoción al recibir la noticia de su llegada, de la llegada de aquel que había hablado por primera vez á su espíritu, ofreciéndole alboradas de una ventura infinita, de aquel á quien había amado más que á su madre, «que era lo que ella más quería en el mundo»?

¡Cuánto habría sufrido aquella pobre niña! ¿Se habría quedado sola? ¿Habría muerto Paz como había muerto su padre, como había muerto su madre, como habían muerto una á una sus más queridas ilusiones de muchacho? Que cuando el hombre pasa de los treinta años—pensaba el viajero—y vuelve la vista atrás, encuentra su pasado convertido en un jardín de flores y cipreses, en un cementerio cuyos nichos y tumbas ya guardan los restos de un ser querido, ya una esperanza desvanecida, ya una ilusión deshecha!...

El coche se detuvo de pronto á la puerta del hotel. El viajero entró, subió al cuarto

que le destinaban, y cuando el mozo le pidió su nombre entrególe una tarjeta que decía:

*José Sánchez Urbe,*

ABOGADO

*Mayor, 58, Valladolid.*

sobre cuya dirección pasó para borrarla una gruesa raya con el lápiz.

## XXXVII

Una de las primeras cosas que hizo Pepe al volver á Madrid, fué inscribirse en el Colegio de Abogados.

La modesta rentecita del capital que le habian dejado sus padres, apenas alcanzaba á cubrir sus gastos, y necesitaba ganar algo. Pero aún más que ganar necesitaba trabajar.

Sentiase profundamente agobiado por su soledad y por sus tristezas, y creyendo proceder como un viejo, quería buscar á su abatimiento una distracción en el trabajo. Pero si no se engañaba al reconocer que el remedio á las dolencias morales en nada se halla como en la aplicación del espíritu á una tarea que chupe y absorba la atención entera, si no se equivocaba al proclamarse

este principio, como un viejo que piensa bien y acierta; al sentir la necesidad imperiosa de emprender, de acometer su faena, al revolverse airado contra la idea de que pudiera ser un ente inútil, un eslabón roto en la cadena de oro de la labor social: la juventud—aquella juventud que creía marchitada en él para siempre por la acción del sufrimiento—latiale en las venas con todos sus bríos, con todas sus pujanzas, con todos sus ardores. Y se engañaba al considerar agostada, anonadada, exhausta, la savia de su espíritu. Que si el riego abundante puede podrir las raíces de los arbustos débiles y secarlos, fecunda en cambio á los fuertes. Y esto que ocurre á las plantas con las inclemencias de la naturaleza, ocurre á las almas con el dolor; á las débiles y entecas, las pudre, las seca y las destruye: á las vigorosas, fortalecidas por una educación inteligente y sana, puede abatirlas de momento, pero concluye el cabo por infundirles nuevas galas y nuevos esplendores y nuevas energías.

Cuando recibió la *Lista* de los colegiados, púsose á ojearla buscando en ella el

nombre de alguno de sus antiguos discípulos.

Pronto dió con el de Martínez, aquel Martínez inolvidable que aprendía de memoria las lecciones y las recitaba al pie de la letra. Apuntó las señas y salió del hotel.

No tuvo que andar mucho para encontrarse frente á la casa de modesta apariencia en cuyo tercer piso habitaba su antiguo compañero. Subió y encontró entornada la puerta. No hallando á nadie por allí, y no queriendo entrar sin previo aviso, tiró del cordón verde de la campanilla. Entonces vió asomar por el extremo del corredor á un chico con cara de pilluelo y con un bozo de chocolate en el labio, que echó á correr gritando:

—¡Un *hombre*, mamá; un *hombre*!

A medio peinar salió entonces una mujer joven y no mal parecida, y al tiempo que Pepe la saludaba respetuosamente, sonó la voz de Martínez que decía desde el comedor:

—¡Pero qué demonio de casa ésta! ¡Se están enfriando los huevos, se acerca la hora de la vista y la dichosa fregona no me acaba de traer el pan! ¡Condenaci...!

No acabó la palabra. Un gesto de su mujer le cortó la exclamación.

—Todo está preparado—le dijo á media voz—pero no ha venido el panadero aún... Ahí está un caballero preguntando por ti. Anda, que en cuanto esté el pan aquí, te llamaré.

Salió Martínez. Se reconocieron los dos antiguos compañeros de clase, y hablaron cordialmente. Aquel Martínez era muy campechano.

—¡Con que vienes á trabajar aquí! ¡Mal negocio! No se pesca uno por un ojo de la cara. Yo soy abogado de pobres desde hace dos años. Así me ahorro la contribución, Pero, chico, esto es un mareo de todos los diablos. Vente al comedor, te presentaré á mi mujer, verás al chico, que es la estampa de Barrabás, hurraño como un salvaje y más listo que...

—¡Deliciosa vida! ¡Cómo te envidio, Martínez! ¡Si vieras que triste es sentirse solo!

—¡Pues anda, cástate, y sabrás lo que es bueno!

—¡Cómo se conoce que no sabes lo espantosa que es la soledad!

—Sí, hombre; esas cosas cuando uno no las sabe, no falta un poeta llorón que se lo diga:

*«pero es más espantosa todavía  
la soledad de dos en compañía».*

—¡Qué pesimista eres y que burlón estás!

—¡Y qué melancólico tú! *O melancúquilo* como decía anoche Rosell, el primer cómico de la Península é islas adyacentes. Vaya, chico; vente al comedor. He de tomar un par de huevos y una chuleta para largarme á las Salesas á hablar de lo que no me importa. Entra. Antonia, mi amigo y compañero Sánchez Urbe; mi mujer.

Pero no deseo fatigar al lector: extractaré, pues, la conversación poniendo puntos suspensivos en aquellas incidencias que no tengan un gran interés.

—¿Con que vienes á trabajar? Bien hecho; trabajo en el sentido remunerador de la palabra es, como te he dicho, de lo que no se ve. Ahora, en la acepción de disgustos, contrariedades y fatigas, de ese no falta. So-

bre todo si te haces abogado de pobres y tomas las cosas como las tomabas *in illo tempore*...

.....

—Ahí tengo una causa de oficio que me traje ayer el procurador para hacer el escrito de calificación.

—¿De qué se trata?

—¡Pues nada! De un robo con homicidio. Como decía el otro: no era nada lo del ojo y lo llevaba en la mano.

—¡Robo con homicidio!—dijo Pepe, sorprendido al ver la tranquilidad y el tono de buen humor con que Martínez hablaba, mientras de codos sobre la mesa, se tragaba de un bocado la cuarta parte del huevo frito.—Robo con homicidio... el fiscal pedirá entonces...

—Sí; pena de muerte, indemnización... ¡Y luego qué fiscal! Es un joven que ha hecho carrera... Tiene una imaginación extraordinaria, un talento portentoso... ¿Te acuerdas de Manolo? Pues habla como él. No se limita á referir los hechos como los entiende, y á citar los artículos de la ley aplicables al caso, sino que á lo mejor se le

caliente la boca y gasta una oratoria aplastante. Y por si no fuera bastante esto, resulta que la *hoja de servicios* del procesado... es lucida. Tres hurtos... dos desacatos y un atentado á la autoridad... La madre estuvo á verme, y me dió un *latazo* descomunal. Ella es una prostituta ¡figúrate! De tal palo...

.....  
—¡Es que hay que tomar las cosas como son! Y si no, créeme, no se podría vivir. Con la madre del procesado estuvo aquí una amiga suya. Ayer volvió la amiga, y me contó que la infeliz no hacía más que llorar, que se había enfermado ¡qué sé yo cuántas calamidades! De modo que, aun suponiendo que la mitad de lo que dijo sea mentira, siempre la cosa resulta un poco desagradable.

.....  
—Nada, lo dicho; puesto que vienes con tantas ganas de trabajar, estudia el asunto.

.....  
—Pues es cosa decidida. Pero luego no digas que te echo el muerto encima! ¡Ea. vámonos!

.....

—Bueno, adiós, y que veas claro, que lo que es yo, te aseguro que no lo hubiera sacado adelante! Haces un buen discurso como aquellos de la Universidad, cuando éramos estudiantes, y, te lo aseguro, entras con buen pie en la villa y corte.

## XXXVIII

Aquel compromiso le ocasionó tribulaciones profundas.

Repasaba mentalmente todos sus conflictos: sus penalidades y sus apuros de estudiante, sus torturas y sus desesperaciones de enamorado. Y sus angustias anteriores parecíanle ahora cosa de importancia escasa, ante el problema terrible que tenía delante. No era ya de sí mismo, de su propio bienestar, de lo que se trataba. Le absorbía algo pavoroso: dependía de él en aquellos momentos la vida de un hombre.

Desconfiaba de sus conocimientos, de sus recursos dialécticos, de la eficacia de su palabra. Y ante aquel imponente problema volvía la vista atrás y se refugiaba en sus recuerdos. ¡Alma de niño! ¡Hacia como los

pequeñuelos que, tapándose los ojos con sus manecitas, creen que los demás no han de verlos! Apretaba los párpados para eludir la visión, y miraba por dentro su pasado.

Recordaba la última vez que habló con su padre de la pena de muerte, en uno de aquellos días en que, después de examinarse de quinto año, le llevaron al campo á reponer su salud quebrantadísima.

Paseando una tarde por los linderos de un sembrado de trigos, cuyas espigas empezaba ya á dorar el sol, le hablaba su padre á propósito de los abonos que aquellas tierras necesitaban, cansadas de producir siempre lo mismo, y de que periódicamente se les arrebatasen los mismos elementos desde tiempo inmemorial, de la lentitud con que las ciencias físicas se difunden entre las gentes, y en parangón con ella, consideraba Pepe la resistencia, mayor aún en su sentir, que las sociedades oponen á las conquistas de las ciencias morales y políticas.

—Y es que resultan malas las gentes— terminó diciendo—por ignorancia; convéncete, padre, por ignorancia. Ya lo dice el

refrán: «el que no sabe es como el que no ve».

—Perdone el licenciado... del porvenir— le dijo entonces D. Rafael en tono zumbón; —de modo que Séneca y Bacon, por ejemplo... eran unos ignorantes en tu opinión, porque á lo que se me alcanza, como filósofos, valían mucho, pero como buenos...

—La consecuencia no es lógica. Yo me he limitado á afirmar que las gentes resultaban malas...

—¿Y es eso cierto, muchacho? ¿Qué has visto tú que te lleve á esa afirmación? ¿Es malo tu padre?

—¡Es que si todos los hombres fueran como tú, el mundo andaría de otra manera! No quedaría un campo sin abono, ni un entendimiento sin cultura. Pero es que todos no son así.

—¿Es mala tu madre?

—¡Por Dios, papá! ¡Si conociendo su alma, es como se comprende lo que significa su nombre!

—Entonces ¿por qué dices que las gentes son malas?

—¡Toma! ¡Porque la vida está llena de

casos que lo prueban! Tú mismo me acabas de citar á Séneca y á Bacon como dos malas personas, aunque respecto á Séneca tengamos mucho que hablar...

—Pues si no conoces más que á dos que sean malos, —por afirmación mía, bien expuesta á error, y tanto que dudas de ella por lo que á Séneca se refiere—...

—Vaya, padre, discutes de mala fe. Si. No muevas la cabeza para negarlo. En la sonrisa se te conoce la travesura con que procedes. Hablemos claro. No digo que las gentes sean malas, sino que resultan malas por ignorancia... ¿estamos de acuerdo?

—Eso es ya admisible. ¿Pero en qué te fundas para decirlo?

—Me fundo en el testimonio de mi propia razón.

—¡Hola! ¿Y cómo es eso?

—Eso es la consecuencia natural de mi estudio. ¿Qué estudio yo? La Ley. Pues bien; el estudio de la ley me dice que las gentes resultan malas. Basta citar un ejemplo. El Código penal, al establecer la llamada *pena* de muerte, ¿no lo demuestra? ¿Puede decirse que no resultan malos los que estatuyen,

y los que acatan y los que sostienen semejante monstruosidad?

—¡Poco á poco, hijo! Vamos á resultar malos todos, medidos por ese rasero, sin que venga á escaparse del calificativo más que el criminal con quien la ley se cumple. Los legisladores, al ordenar en ciertos casos que se dé muerte al que mata á un semejante suyo, piensan en realizar un bien librando á la humanidad de un...

—Eso mismo pensaba Torquemada. Se figuraba que hacía un bien á las ocho mil ochocientas personas que vió quemar vivas, á las cuales creía librar con la existencia de un error que perdía para siempre sus almas, y que, por el contagio, podía producir igual daño á los demás. Prescindiendo ahora del número enorme de inocentes incluidos en esa cifra, á los ojos del famoso inquisidor bastaba para justificarse la consideración de la labor que hacían los que luchaban por la desaparición de un mundo de que era él genuino representante. Y Torquemada no se equivocaba al sentir que la tierra se movía bajo sus pies. Su equivocación no consistía en eso; pero no diva-

guemos. Lo positivo es que aquellos herejes de entonces destruían el mundo antiguo. ¿Y hay comparación entre el que destruye un mundo y el que destruye á un semejante suyo? No. Sin embargo, hoy se considera absurdo invocar los sentimientos religiosos para privar á nadie de la vida...

—Te diré, Pepe; me parece erróneo eso de equiparar la Inquisición, inhumana y salvaje, con una institución como la de la pena de muerte, que en teoría nadie sostendrá, pero que se impone en la práctica, porque, déjate de boberías, lo malo hay que suprimirlo. Por lo demás, esa terrible ley se aplica lo menos posible, y para eso está, en último caso, el indulto.

—¿Ves, padre, lo que te digo? Las gentes resultan malas por... (ya no se atrevió á decir ignorancia) desconocimiento de lo que son las cosas. Tú que eres la esencia misma de la bondad, estás en este instante sosteniendo la pena de muerte y justificándola como una necesidad. Y me hablas de la teoría y de la práctica como cosas antitéticas, cuando lo antitético son el error y la certidumbre, así se hallen en una teoría,

como se den en su aplicación. Y como siempre que se incurre en ese error, lo haces para contestar á mi teoría con otra teoría. Pero lo que suprime la muerte no es el *delito* ni *el delincuente*, sino el *hombre*. Y lo malo, lo que hay que suprimir, lo que hay que *eliminar*, no es la *vida*, sino el *delito*, no es *el hombre*, sino *el delincuente*. ¿Me explico bastante claro?

—No mucho,—le respondió D. Rafael sonriendo—porque ante un *hombre delincuente*, no veo cómo matar al delincuente dejando vivo al hombre.

—Vamos á ver. Te llaman á ti para que asistas á un *hombre varioloso*, lo más primitivo es matar al enfermo y sepultarlo. Así se acaba de una vez con el *hombre* y con el *varioloso*. Ese es el procedimiento de la pena de muerte. Tú, sin embargo, no haces eso, sino que matas el *mal*, la *viruela*, acabas con el *varioloso*, y salvas al *hombre*. Ese es el objeto de tu ciencia. Pues bien; al penalista toca acabar con *el delito*, con la enfermedad moral, con el mal de la voluntad, manifestado por el crimen. La necesidad de lo justo que tus buenos senti-

mientos alimentan en tu corazón, te hace buscar un paliativo á la monstruosidad que reconoces implícitamente en la pena de muerte, y te agarras como á un clavo ardiendo al indulto, á esa arma inmoral y corruptora con que la cobardía del legislador echó un manto sobre la crueldad salvaje de la ley, para que el sentimentalismo enfermo de un lado, y de otro la fuerza de lo tradicional, encontrasen en él un comodín que prolongara la existencia de una institución tan inhumana y tan irracional como la Inquisición que hoy nos espanta, y que condenamos como una aberración del pasado.

Créeme, padre; á medida que se estudia la ley, ¡cuánta sabiduría y cuánta ignorancia se encuentran petrificadas en sus páginas por la labor del tiempo! Créeme, hace falta removerlo todo, vulgarizar lo que se sabe y plantear todo aquello que está esperando solución de la inteligencia humana. La obra del pensamiento ha sido hasta aquí el trabajo de unos pocos. El día que se imponga por ministerio de la educación general á las gentes la contribución intelectual...

—¡La única que no impone el gobierno!  
—no pudo menos de exclamar D. Rafael interrumpiéndole á pesar del deleite que experimentaba oyendo pensar á su hijo.

—... ese día, ese día sin noche, la humanidad será mucho más feliz y mucho mejor y se leerán entonces nuestras leyes penales con el mismo horror con que leemos nosotros las que casi hasta nuestros días han sometido á la humanidad á los más brutales suplicios. Porque no hay que volver la vista á los primeros momentos de nuestra civilización para encontrar al culpable cayendo muerto á pedradas arrojadas por la masa, como en el pueblo hebreo; para ver el cielo transparente en que se dibujan las seculares pirámides, entenebrecido por el humo de las víctimas Tifonianas, degolladas sobre la tumba de Osiris, y sus cenizas esparcidas por el viento sobre la tierra del Nilo; para presenciar el espectáculo ofrecido por Lacedemonia, que desde el Taigeto elevaba á la categoría de un deber el infanticidio de los hijos endebles y contrahechos, y en la cual los individuos de una clase entera, los ilotas, eran cazados como fieras por los es-

parciatas, y el delincuente estrangulado de noche en la prisión, á fin de que no le quedase el consuelo de mostrar serenidad y valor en aquel trance; para imaginar á Atenas bajo las leyes de Dracón, y á Fidias en su calabozo acusado de sacrilegio por haber puesto su efigie en el escudo de Minerva, cuando la vida se escapaba de su pecho antes de que se la arrebataran, y de que en cumplimiento de la ley no pudiera ser enterrado su cuerpo en el territorio de aquella misma Ática que inmortalizó con la majestad de sus obras; para evocar los días de la antigua Roma en los cuales, al tiempo que legislador y pontífice, era el padre verdugo...

D. Rafael, que había cogido una espiga, á la que iba despojando maquinalmente de sus granos, al oír juntas las dos palabras «padre y verdugo» la estrujó de pronto.

—El verte hacer harina entre tus dedos esa espiga me recuerda un detalle de la legislación romana. Una ley de las Doce Tablas ordenaba que el púber que hubiera cortado de noche furtivamente mieses produ-

cidas por el trabajo, fuera consagrado á Ceres y condenado á muerte.

Pero como te decía, no es preciso ir tan lejos para sorprenderse de los extremos á que han llegado la barbarie y el absurdo en las leyes penales. Mucho más cerca de nosotros están reconocidos como medios de prueba los llamados «juicios de Dios». El del agua caliente, el del hierro encendido y el del duelo, se prodigan en aquella época en que el estado de guerra continuo, transpira su influjo embrutecedor en las disposiciones de nuestros fueros. El de Sepúlveda condena á ser despeñado *á todo judío que con cristiana fallaren*. Otro manda que *todo home que fuero de Plasencia quebrantare, sea lapidado*. A imitación de la ley romana, rinde su culto á Ceres el de Cáceres, disponiendo que *todo home que uvas furtare de noche, ó cual cosa quisiere, si verdad fallaren alcaldes jurados et voceros, enfórquenlo*. El de Baeza nubla á su vez el espléndido cielo andaluz con humo de carne humana, prescribiendo que sea quemada *viva* la mujer que á sabiendas aniquilara en sus propias entrañas el latir de una nueva vida. Y

en nuestra España aparece el pobre tratado como ilota por las leyes cuando es homicida y no tiene dinero para pagar *las caloñas*, como se llamaban entonces á las multas ó penas pecuniarias. El fuero de Salamanca sólo estimaba la vida del hombre en cien maravedís, que según mis cálculos vienen á ser unos tres reales, con cuya cantidad multaba al matador. Pero si éste era insolvente, *si non hobier onde pechar los cient maravedis, pónganlo en la forca*. Mandabale de Fuentes que *el que non compliere las caloñas en materia grave, yaga en el cepo, nin coma nin beba fasta que muera*. Y lo mismo disponían el de Molina, el de Madrid y el de Cuenca, contrastando con la legislación de Atenas, donde muchos siglos antes, «dejar morir de hambre á un culpable se consideró como una impiedad».

¡Qué más, padre! Las Partidas, ese monumento glorioso en que aprendieron nuestros letrados á encontrar expresión hermosa para las exigencias de su pensamiento, después de sentar que no se ha de dar jamás muerte á pedradas al delincuente, manda apedrear al moro que mancillase

una virgen cristiana, y, despojándolo de las garantías de que le rodearon los padres del concilio de Toledo, extiende la aplicación del tormento, sin que se aboliera éste hasta los primeros años de nuestro siglo. Aun dentro de él se impone la pena de muerte á los que robasen «en cualquier parte del reino cinco ovejas, ó valor de una peseta en Madrid».

Fué necesario, para que pudiese hacerse extensivo á España el movimiento iniciado por Beccaria á mitad del siglo anterior, que el Consejo de Castilla autorizara para que «corrieran» por el reino, las obras del ilustre lombardo y de Filangieri, traducidas al español, defendiéndolas contra las amenazas del Santo Oficio.

Pero, á despecho de todo, nuestros padres cumplieron su misión. Tócanos á nosotros hacernos dignos de su herencia, acabando con la pena de muerte, ese resto monstruoso de tanta barbarie y salvajismo.

Imaginate, padre, el día en que las abuelas españolas del porvenir, ilustradas y cultas, refieran á sus nietos que hubo un tiempo, á fines del siglo XIX, en que existían aún

aquí cosas que se llamaron la «capilla», el «verdugo», la «hopa»... Imaginate el día hermoso en que estas palabras, ya borrosas, necesiten para ser descifradas de la consulta del libro de la Historia, y dime si no es un deber que luchemos sin descanso para adelantar ese día...

Y Pepe evocaba todos sus proyectos, todos sus sueños, suspendidos como celajes vaporosos en los horizontes de su pasado y bañados por las tintas rosáceas de una aurora primaveral.

Y en su soñar de ahora recordaba su soñar de antes, sin que ni por soñación se le ocurriera que ahora soñaba con sus recuerdos, como antes soñaba con sus esperanzas.

Como siempre que experimentaba una impresión honda y viva, se le presentaba en aquellos momentos el recuerdo de sus padres.

Doña Angeles estaba ya delicada cuando D. Rafael murió. El doctor, que no se sentía bien desde hacía algún tiempo, había ido, á pesar de todo, á San Sebastián, donde vivía un antiguo cliente suyo. Se trataba de una operación delicadísima, y el enfermo quiso que su antiguo médico le viera y le aconsejase antes de decidirse á sufrirla.

El muchacho se hallaba en clase cuando el bedel entró. El dependiente habló un momento en voz baja con el profesor, y salió volviendo la cara para no mirarle. Los bedeles, como los profesores, querían mucho á Pepe.

El catedrático se quedó un momento pensativo, se pasó la mano por la frente apretándose las sienes, y, por último:

—¡Sánchez Urbe!—exclamó—venga V. un momento.

Se levantó él sorprendido por aquello, y cruzando el aula, que ocupaban una docena de condiscípulos, se acercó á la mesa.

—Ahí fuera hay un señor que desea hablarle—le dijo solamente. Y le tendió la mano, estrechando conmovido la del estudiante.

—Pero, ¿Qué sucede?—preguntó él encontrando algo de extraordinario en aquella inesperada manifestación de simpatía.

—Un señor, un señor que pregunta por V.—se limitó á responder el catedrático.

Y comprendiendo que su emoción le traicionaba, le dirigió con un ademán hacia la puerta.

El aula quedó en silencio. El profesor permaneció algunos minutos sin pronunciar una palabra.

Se oía la voz vacilante y afectuosa del recién llegado, cuyas palabras apagadas no se percibían claramente, y las de Pepe, que

vibraban claras y distintas interrumpiéndole.

—¿Le ocurre algo á mi madre?... ¡Ah! ¿A mi padre?... Mi padre enfermo en San Sebastián... Me iré en el primer tren... ¿Es decir que él no quiere que vaya?... ¿Y cómo le voy á dejar solo allí?... ¿Pero cómo quiere V. que me convenza de que debo atender á mi madre si mi padre está enfermo y de gravedad?... ¿Es que ha muerto? ¡Sí, eso es; debí haberlo comprendido!... Me voy, me voy á verle... ¿El lo ha ordenado? ¡Madre mía! ¡La cuidaré, pero... dígame V. la verdad! ¡Mi padre ha muerto! ¿A que negármelo?.....

.....

Su interlocutor dejó sin respuesta esta última pregunta. Se oyeron pasos rápidos en el claustro. En el aula todos permanecieron inmóviles bajo la sugestión de aquella desgracia.

El ruido de las pisadas se extinguió, y el profesor dijo á sus alumnos:

—El padre de vuestro compañero Sánchez Urbe ha muerto de una congestión cerebral en San Sebastián, donde le había lle-

vado el cumplimiento de su deber. Cuando muere un hombre honrado y bueno, los demás pierden un hermano cariñoso. Basta. Se suspende la clase.

Los muchachos salieron apresuradamente. El catedrático se quedó solo, y encerrado en el aula permaneció un largo rato.

Poco después llegaron á casa de Sánchez Urbe sus compañeros. En la sala, tendida en el sofá, estaba doña Angeles. Arrodillado junto á ella, abrazándola, Pepe. Los dos lloraban en silencio. De pie, á cierta distancia, un caballero con la cabeza inclinada. En un rincón, la criada rezando.

En el antiguo callejón, hoy espaciosa calle de Sevilla, hay un café, en el que se reunían por entonces una porción de literatos y periodistas.

Aquella tarde se hablaba del «crimen del día». Se trataba de un timador apodado el *Chirle*, á quien se le imputaba la muerte de Tomás García, licenciado de ejército, al servicio de un viejo solterón.

He aquí, en síntesis, lo ocurrido, según la versión más general.

En el pequeño hotel numero \*\*\*\* del paseo de la Castellana, habitaba D. Quintín Roquero, en compañía de su sirviente, el llamado Tomás. Por las noches, después de acostarse el señor, tenía el criado la costumbre de salir sigilosamente, dejando juntas

las hojas de la puerta, pero sin echar la llave, para ir á la esquina inmediata á charlar con su novia, doncella de servicio, que prestaba los suyos en un hotel próximo, desde cuya esquina creía sin duda Tomás no perder de vista la entrada de su casa. El *Chirle* y el *Julepe*, que debían haberlo observado, aprovechando un descuido, se introdujeron en las habitaciones de D. Quintín. Despertóse el ricacho sobresaltado, y al encontrarse con ellos dió un grito de espanto. Temiendo empeorar su situación, entregó á los criminales las llaves de la caja. Pero Tomás García, que volvía en aquel momento, oyó el grito de espanto de D. Quintín, y avisando á una pareja de orden público, entraron juntos en la casa. Al verse sorprendidos los ladrones cuando se apoderaban del dinero, el *Julepe* se entregó á uno de los guardias, y el *Chirle* escapó por la habitación contigua. En el momento en que este último, á caballo sobre la ventana, saltaba al jardín, lo alcanzó Tomás, y agarrándole, tiró de él para dentro, haciéndole rodar á sus pies. Acudió el guardia, llamado Ramón Gerifalte, y el malhechor, quitándole el re-

vólvolver, disparó contra el criado, que cayó muerto.

Este era el tema, y el calor de la discusión enardecía los ánimos. Unos defendían al *Chirle*, arguyendo que era inverosímil que hubiera podido apoderarse del arma estando caído por el suelo. Los que sostenían esto, afirmaban que el verdadero criminal era el guardia Gerifalte, que por disparar á ciegas había matado á un inocente. Pero la generalidad aseguraba lo contrario, dando por probado que el asesino era el timador.

Y unos y otros, atropellando el sentido común, se erigían sucesivamente en fiscales y en jueces, sin estar en autos, fundando sus terminantes acusaciones y sus firmísimas sentencias, en las noticias dadas por los periódicos con las reservas de rigor en tales casos.

—¡El gusto por el crimen!—¡Eso es un síntoma!—exclamó Estallido, orador fogoso que hasta entonces no había desplegado los labios.—La ignorancia sana de los pueblos-niños interrogando al pasado, crea la leyenda: de ahí Homero-Dios. La decrepi-

tud de las sociedades gastadas, anhelosas de los grandes excitantes, produce el entusiasmo por el relato del crimen: de ahí Prancini-héroe. Se deja empolvar el fotograbado que estampa las líneas de Edison, para publicar el retrato del asesino de moda. Pero como todo síntoma agónico, eso se acaba. Vuestras discusiones patibularias, van cansando. En cuanto á mí, declaro que la cosa me aburre. ¡Vaya, caballeros, *divertirse!*

Y Estallido se fué.

Aquel chorro declamatorio, apagó un poco el fuego de la contienda, provocó unos cuantos apóstrofes contra el ausente, y al cabo de algunos momentos, fueron desfilando los polemistas.

Llegó en esto al café un desconocido, que tomo asiento en una mesa, no lejos de la que ocupaban los que quedaban del grupo.

Uno de ellos, de ojos hundidos y bigote gris, volvió la cabeza hacia el que acababa de entrar y los dos se miraron por un momento fijamente.

—¡Emilio!

—¡Pepe!

Se dieron un abrazo. El ex estudiante

ocupó una silla junto al ex redactor de *El Problema*, y empezaron á charlar. Los dos ó tres contertulios de éste que aún no se habían ido, se marcharon poco después, dejándolos entretenidos en su conversación.

Pepe le preguntó en seguida por las cubanas.

—D. Pedro se murió hace dos años, y por ahí andan unos parientes suyos, dándose tono y gastando alegremente la parte de la herencia que les correspondió.

—Pero y de ellas, ¿qué se sabe?

—Nada, chico. Recibimos las cartas que escribistes y ya te contesté... lo que te repito ahora. Conmigo se portaron bien cochinemente. Después que les ayudé cuanto pude, y después de tantas promesas de escribirme, no se volvieron á acordar más. Por supuesto que á Lola, que es un ángel, era á quien tenían que agradecer que yo anduviera empeñando joyas y tomando billetes á las seis de la mañana. Y ahora que recuerdo... á los pocos días de contestar á tu última carta, recibió ella una de Suncha, diciéndole en sustancia que estaban con su familia y preguntando por todos. Lola

pensó escribirle, pero como estábamos atareadísimos con los preparativos de la boda y con la mudanza, cuando trató de contestarle, ni encontró la carta ni recordó las señas... Porque has de saber que á poco de irte nos casamos y nos mudamos.

A propósito de esto, le refirió minuciosamente todos sus cambios y prosperidades. Le contó que doña Mariquita y el P. Jaime vivían cerca de ellos, que tenía un piso *la mar* de comfortable, que ocupaba un alto puesto en Hacienda y que con su sueldo y con lo que le producían sus libros, estaba hecho un *nabab*. Dirigiendo una mirada por la sala para asegurarse de que nadie le escuchaba, dijo pestes de la prensa que le había servido de escalera para llegar al puesto que ocupaba y á la cual, según su propia confesión, utilizaba para sostenerse en él.

Decidamente los halagos de la fortuna se le habían subido á la cabeza al ex redactor de *El Problema*, produciendo en él una transformación completa.

Hasta aquel mismo tacto que Pepe había admirado tanto, parecía habersele desva-

necido del todo, porque al encomiar la bondad de su mujer, los encantos de dos chiquillos monísimos que tenía y al ponderar su lujo y su *comfort*, le hacía sufrir, presentándole un contraste demasiado duro con su actual situación, amargada por la soledad y cuajada de perplejidades.

De su tono desdeñoso no se escapó ni aun la misma Suncha.

—Supongo—le dijo—que te habrás curado ya de aquel delirio amoroso.

Y sin esperar respuesta siguió hablando de sí mismo.

Tras las arrogancias del hombre acomodado, asomaron las vanidades del autor cuyas obras *se vendían*.

—¿Has leído mis novelas?—le preguntó.

—Sí. La primera, sobre todo, me causó una impresión muy fuerte. Ya sabes, me refiero á *La Caída*, aquella en que me propusistes que fuera tu colaborador...

—¿Y que te pareció?

—Admirablemente escrita.

—Eso es un elogio que parece una evasiva, porque una obra puede estar admirablemente escrita y no gustarle á uno.

—Así es. Pero siempre será un mérito grande escribir bien.—Y no queriendo decirle á su antiguo amigo nada desagradable, trató de escaparse por esa tangente. —Te digo que son verdaderamente admirables tus descripciones. Cuando pintas, por ejemplo, á la muchaha aquella que se va á acostar...

—A Rosaura.

—Eso es, á Rosaura; se está viendo materialmente á la chica desnudarse en su cuarto. Los rayos de la luna que se filtran por los visillos, platean su piel mate, sus cabellos rubios adquieren reflejos de oro al acercarse al quinqué y transparencias carmineas sus dedos. Palpita, palpita aquel seno duro levantando la camisa de batista; y los pies, sonrosados como los de un niño que aún no ha pisado la tierra, al sumergirse en el agua del barreño, arman un centellear de reflejos luminosos, de reflejos azulosos los de los rayos de luna y amarillentos los de la lámpara, que hieren vivamente la pupila del lector. Yo—ya conoces mi manera de sentir—aprovechando el silencio de la noche, le colocaba un par de

alas en aquel dorso de niño... ¡Luego el parecido de tu Rosaura con Suncha era grandísimo, á pesar de haberle teñido de rubio el cabello! Porque en los personajes se reconocían los modelos á la legua á través del disfraz y de la fábula. Aquella condesa del Salto-Agudo estaba denunciando, embellecidísima, á la de Arete. Y á propósito, ¿qué ha sido de ella?

—Se fué con el marido. Un día vino al ministerio á pedirme que le proporcionara un billete á mitad de precio. Estaba hecha un adefesio. Y entre que tuviera que concluir por vender *La Correspondencia* ó que se largara con el paciente... me pareció más caritativo ayudarle á marcharse. A ella le debía, después de todo, el haberme puesto en relación con una porción de gentes, que, unos porque me necesitan, y otros porque me temen, han ido empujándome en mi carrera.

Pero no nos apartemos de nuestro asunto. Y prescindiendo de detalles, dime ingenuamente, ¿qué te parece mi campaña literaria?

—Pues bien; puesto que lo desees, te lo

diré con toda lealtad. La lectura de tus libros me ha producido un efecto desconsolador, deprimente.

—Eso es tu impresión personalísima, no tu juicio, tu opinión que es lo que te pido.

—¿Mi opinión? Pues mira, Emilio, me parece que lo que haces es derramar tesoros de poesía en un estercolero.

Aquella sinceridad tan solicitada desagradó vivamente al autor.

\* —No, hombre: lo que yo hago es retratar la vida—le arguyó con aires de suficiencia.

—¡Retratar la vida! ¡No digas eso! ¡Si la vida no fuera otra cosa!...

—Piensas así, porque has estado siempre al lado de tus padres, que te tuvieron como bajo un fanal, respirando el ambiente de tu casa, con las paredes de tu hogar acolchadas moralmente por su cariño para que no sintieses las sacudidas de fuera. El frío de la experiencia, y de la experiencia madrileña, no ha desvanecido aún en ti el calorillo del regazo materno.

—Desgraciadamente esos cuidados se acabaron ya—murmuró Pepe con profunda

amargura.—Por lo que se refiere al tema de nuestra discusión—añadió después de una pausa—entiendo que nuestra disparidad de opiniones proviene del distinto modo que tenemos de entender las cosas. Para ti la mujer es no más que un ser dotado por la naturaleza de órganos y excelencias, que tienen por objeto producir el placer ó amamantar la vida. Por eso pintas la hembra que despierta codicias y levanta pasiones, y la respetas sólo en su papel de nodriza de sus propios hijos. Pero la madre en cuanto forma la sensibilidad y modela en los primeros años para siempre el espíritu del hombre, la amiga á quien se estrecha la mano sintiendo en ella los latidos de un corazón y no las señales de un sexo, la hermana á quien se besa en la frente pensando con inquietud en los dolores que el porvenir haya de reservarle, la compañera que desenvuelve á nuestro lado el ovillo del tiempo con el hilo de nuestra existencia entre sus dedos, temblando á la idea de que pueda cortarlo la tijera fría de la Parca, luchando contra ella en nuestras enfermedades y ayudándonos dulcemente en cada segundo, allá

en el fondo de la alcoba con las cabezas sobre la almohada de los dos, á desenredar la madeja cuando se arman los nudos de las contrariedades... todos esos aspectos de la mujer no existen para ti como artista, á pesar de existir para ti como hombre. Aún me hormiguan en el oído tus elogios de Lola en confirmación de lo que digo. Como escritor, reduces la vida á los fenómenos de su reproducción. No ves en las flores más que el polen, las anteras, el estigma y el ovario, y prescindes de su savia, de su cáliz, de sus pétalos, de sus colores y de sus aromas. Caes así en la idealización del vicio, y te empleas, de cintura para arriba, en presentarte á los demás de cintura para abajo.

—Desengáñate, esas son tonterías convencionales. Los únicos goces positivos son los de la vida animal: los únicos de que disfrutamos realmente. «El cerebro no existe»; no es más que una prolongación de la medula. Lo que hay es que hablas de lo que no conoces.

—¡Donosa afirmación! La medula es la que no existe; la que no es más que *el rabo* del cerebro. Y si con tus últimas palabras

te refieres al ambiente de tus heroínas, bien puedes decir de lo que no conoces *ni* quieres conocer.

—Entonces no sigamos. Confiesa que lo que te asusta es el documento humano, que lo que tienes es miedo de que la experimentación destruya la infantil base en que descansa tu criterio artístico.

—«La experimentación», «el documento humano». Dejemos á un lado las frases hechas por otros, respondiendo á las teorías, sustentadas por ellos, que yo, abogado de la última hornada y lector á ratos, no tengo competencia alguna, por los datos que me faltan, para poder juzgarlos. En cuanto se refiere á tus novelas, que he leído con vivísimo interés, creo que incurres en un error al pensar que el mundo es un burdel, ó que un burdel puede ser el mundo en que el arte y la vida se enclaustran. El «elegante» que sale del casino para cruzar el adoquinado y subir á *la Farmacia*, el *touriste* que viaja en *sleeping* con la *cocotte* deslumbrante, podrán experimentar profundas emociones, dignas de ser minuciosamente analizadas por la pluma de un literato. Pero

desengáñate, hay millares y millares de hombres que no saben quién es la Sofía, ni la Trini, y que tienen otros goces no menos profundos, otras emociones no menos intensas y mil veces más dignas de ser contadas al detalle por cualquier escritor afanoso como tú de la pintura luminosa y real, y de la observación psíquica delicada y honda. Por mi parte creo que harías *mejor* y *más bien* siendo cronista de estas cosas que de aquéllas. ¿Para qué escribes? ¿Cuál es el propósito que anima tus obras?

—El de todo libro: corregir.

—¿Corregir? No. La contemplación del mal bellamente pintado, no corrige: al inmune le apena por la inutilidad del esfuerzo que representa, al débil le sugestiona y contagia por el efecto deslumbrante de lo que brilla, y al enfermo del alma le complace por las seducciones de la atención que sobre sí atrae y de los galanos atavíos con que se ve retratado. Pero aunque únicamente para estos últimos trabajos, y aunque pintaras con sus colores crudos y sus tintas duras el natural infecto, llevando al olfato de tus lectores los olores de la sala del hospital con

sus dejos de ácido fénico sin atenuaciones de sahumero y sin mezcla de agua de colonia, ni aun así resultaría tu empeño menos ineficaz. No hay un ser corrompido que no sepa que lo que hace no es bueno, y con repetirlo nada se adelanta. Es preciso, á mi entender, otra cosa. Es necesario divulgar los atractivos de lo bueno, los encantos inagotables de la vida sencilla y seductora de las gentas honradas y honestas: es necesario decir á los espíritus muertos, el mágico «surge et ambula!»...

—Chico, no seas majadero y pesado. Eso es un *sermón laico* que dijo no sé quién, con latinajos y todo. Veo que no has perdido tus antiguas aficiones. Le endosas esa letanía al lector, y tira la novela porque se aburre de lo lindo.

—Si se lo digo yo que no soy un artista, ¡claro está! Ya sé por Revilla que «pintar el bien, la virtud, el amor puro, sin caer en la frialdad ó el amaneramiento, sin hacer que el bien desmerezca, bajo el concepto artístico, en su comparación con el mal, es empresa harto difícil». Sobre todo, siendo como él mismo declara «muy fácil

pintar el mal y hacerlo dramático, interesante y hasta bello. Pero si quien como tú posee el divino don de abrir, con la palabra escrita, horizontes á los ojos y al pensamiento, dirige al cielo azul su mirada serena, en vez de sondear el dédalo negro del alcantarillado; si quien como tú puede hacerlo, ofrece á su lector, con los acentos de la pasión y los colores del arte, placeres más elevados, más instensos y más duraderos que los que él conoce, el fin se alcanza, y adquirido un bienestar moral, nadie renuncia á él. Sí, nadie hay tan necio. Es una verdad archicomprobada la observación de Stuart Mill, de que á pesar de lo que en un momento de irreflexión pueda decirse, ningún hombre ilustrado y culto se cambiaría por un ignorante, ni hombre alguno por un cerdo, aunque consiguieran hacerle creer que había de gozar más y sufrir menos, y como el pensador inglés, añade, cree que si el ignorante y el cerdo no opinan del mismo modo, es porque no conocen más que un lado de la cuestión, un solo aspecto del problema.

—Dejemos ahora esta discusión. Ya ha-

blaremos más despacio otro día. Porque lo que á ti te sucede es que has pasado tu juventud encerrado en el santuario de tu casa y entre tus libros. Así es que te has creado una vida aparte que no es la vida, desengáñate. Pero todos esos idealismos, todas esas abstracciones se irán desvaneciendo poco á poco, como se desbaratan las fortificaciones que los chicos levantan en la arena de la playa al lamer incesante de las olas. Y ahora, dime, ¿qué haces?

Pepe entonces le explicó su situación, sus tristezas, sus propósitos de trabajar en su carrera, las cavilaciones, y preocupaciones profundas que despertaba en él el compromiso que había contraído de defender al *Chirle*...

El ex redactor de *El Problema*, interesándose por las cosas de su amigo, le animó con frases cariñosas.

—Asistiré á la vista. Tengo la seguridad de que harás un brillantísimo informe y que lo sacarás adelante. Y aunque ya no ejerzo el periodismo militante, tengo vara alta en la prensa. Te daremos, pues, unos cuantos *bombos*... merecidos, hombre; no

---

te apures. Verás cómo te armamos entre todos el bufete. ¡Qué diablos, algo se ha de hacer por los soñadores inofensivos en esta peregrinación de pequeñeces y miserias!

El estudio de la causa absorbió por completo la atención de Pepe.

En su escrito de calificación narraba el fiscal los hechos, afirmando—por lo que á la defensa de nuestro abogado interesaba—que el *Chirle* y el *Julepe* entraron en la casa con el propósito de robar, que intimidaron á D. Quintín para que les entregase la llave de la caja y que, en el momento en que el robo se verificaba, fueron sorprendidos los delincuentes. Que el *Chirle* había huido, y apresado por el guardia Ramón Gerifalte y por el Tomás García, había luchado con el primero, mordiéndole en la mano izquierda, y arrebatándole el revólver había disparado con él contra el segundo, infiriéndole una herida mortal de necesidad, que en el escrito se describía minuciosamente. El

ministerio público consideraba los hechos como constitutivos de los delitos de «robo con homicidio» previsto y penado en el artículo 516 del Código, y de «atentado contra los agentes de la autoridad», castigado en el párrafo segundo del art. 263. Correspondía al *Chirle* la calificación de autor en la comisión de entrambos delitos, apreciándose las circunstancias agravantes de nocturnidad y de reincidencia. Terminaba la acusación pidiendo para el presunto reo la pena de muerte por el primer delito, y la de tres años y un día de prisión correccional por el segundo, indemnización, costas, etc.

Al encontrarse por primera vez delante de un legajo de papel sellado, lleno de fórmulas forenses, sentía Pepe la rara sensación de aturdimiento de lo desconocido. Buscando en la naturaleza el índice de lo escrito, fué á ver á su representado.

Presentóse en la Cárcel modelo. En las oficinas le facilitaron la autorización correspondiente, y provisto de ella y acompañado por uno de los empleados, llegó á la sala de declaraciones: un patio rectangular cubierto por cristales. A los lados había

una serie de puertas numeradas. En el fondo, hallábase una maciza, grande, cargada de hierros; por ella, y al través de un ventanillo, el empleado que le acompañaba entregó la papeleta al que estaba de turno en el centro de vigilancia. Después de lo cual se retiró, indicándole el compartimento en que debía esperar al *Chirle*.

Sentía Pepe una angustia terrible. La luz, fuera brillante y esplendorosa, al filtrarse por los vidrios espesos se convertía en una claridad de medio-luto, grisienta, opaca. Por la puerta entraba un aire helado y duro, aire de puñalada. En el cuarto, de paredes encaladas como las de los nichos, había una mesa y una silla. A la derecha, á través de las rejas, se veía una estrecha habitación, cuya entrada abríase hacia el interior de la cárcel, comunicando con un patio ó galería que tenía el silencio y el frío de un patio ó galería de cementerio.

A los pocos momentos apareció tras los hierros el procesado. Era un hombre joven, delgado, de estatura menos que mediana y de ojos azules, que miraban con una expresión de terror. La piel tenía ese descolori-

miento especial que da la celda-tumba. Una cicatriz desfiguraba la curva del labio inferior, del que arrancaba hasta llegar á la barbilla. El infeliz temblaba como un azogado.—Soy inocente, créalo V.; absolutamente inocente—le dijo contestando á sus preguntas.

He aquí, según él, como ocurrieron los hechos.

La noche de autos estaban en la Castellana, cuando el *Julepe* le propuso entrar en la casa. En ella se metieron, y dando traspiés fueron á parar al cuarto de D. Quintín. Allí la presencia de aquel señor les desconcertó, y el *Chirle* trató de huir, pero el *Julepe* más animoso, impuso silencio al viejo para que no les comprometiera y poder escapar antes de que volviese la persona que había dejado sin cerrar la puerta. Entonces D. Quintín, asustado, les ofreció darles lo que quisieran si no le hacían daño. Y hablando y accionando, sacó de debajo de la almohada las llaves, y les dió la de la caja, en la cual ellos no habían tenido siquiera tiempo de reparar. Cuando entraron los guardias, él trató de escapar,

huyendo á la habitación inmediata, donde le alcanzaron el Gerifalte y Tomás García. El tiro que mató á éste, el *Chirle* le juró llorando que no lo había disparado él, que eso era una calumnia. Que él estaba en el suelo, y que el guardia se quedó paralizado un segundo cuando sonó el disparo, y que entonces fué cuando se quitó él mismo el cordón del cuello y se le echó encima pisoteándole; que lo único exacto era que había mordido al guardia, pero no que le hubiese quitado el revólver. Y los sollozos ahogaban la voz del timador.

Pepe le acosó á preguntas que no he de detallar.

Cuando salió de la cárcel, llevaba en su espíritu el convencimiento de que el *Chirle* era un timador repugnante; pero de cuanto le había dicho, unido al estudio del sumario, surgía para él el convencimiento de que el procesado no era autor del crimen que se le imputaba.

Su visita á la Cárcel modelo y su conversación con el timador constituyeron para Pepe la enseñanza más elocuente de Derecho Penal que podía recibir. Pero

aquello no era una lección de Derecho Penal solo. Era una revelación completa de todo un mundo que hasta entonces no había visto más que de un modo ideal y abstracto en las páginas de sus libros, de un modo esquemático en el articulado de la ley; eran los *miserables* que habían crispado sus nervios cuando la genialidad de un artista se los presentó ennoblecidos y agrandados por el martirio y la persecución. Miserables sin aquella altura trágica, sin que el coturno del genio los levantara sobre la multitud, sufriendo todas las inclemencias de la vida con la realidad del drama humano, más chico que la tragedia, pero imponente y severo, porque encarna en su miseria moral la expresión más violenta y más brutal del dolor.

El *Chirle* no era sólo su defendido, era uno de tantos desventurados, á quienes el miedo, el miedo social, sujeta en la prisión *preventiva* á todos los horrores de la soledad de la celda, aun antes de saber si se trata de un culpable ó de un inocente. Imagina la sociedad que con las garantías del hierro de barras y cerrojos se libra del

criminal, y sujeta al que sólo es procesado á un sistema más duro y más cruel que el que se impone á aquel á quien ya una sentencia ha declarado delincuente.

Por otra parte, aquel nervosismo tembloroso, ¿representaba el proceso de una curación? No, y mil veces no.

Representaba sólo un tormento ineficaz, una tortura inútil si no contraproducente, á que se sometía la voluntad enferma. El *Chirle* era un timador, y al salir de allí volvería de nuevo á hurtar. Pero no era un homicida, antes podría con mayor acierto afirmarse que era una víctima: una víctima de los demás en cuanto á lo exterior, en cuanto á las torturas impuestas. Una víctima de su propia historia, de sus propios antecedentes, en cuanto á la medula de sus penalidades.

Era un Jean Valjean que no había tropezado con el obispo D. Bienvenido Myriel, que derramara en su oído una palabra de luz para iluminar el estrecho horizonte de su espíritu, fijando la impresión con un arranque de caridad evangélica.

Era un Jean Valjean sin sus generosida-

des y sus iniciativas, despertadas en su alma por un eco del Sermón del Monte.

Era un Jean Valjean, para el cual, en medio de sus mortificaciones, la libertad equivalía á la facultad de gozar, con intermitencias y sacudidas continuas, de lo que sus hurtos podían producirle.

Era un Jean Valjean irredimido, pero no era un homicida. Lo probaría. ¿Cómo? No lo sabía él mismo, pero tenía el deber de intentarlo, y cumpliría con su deber.

Había algo para Pepe que se desbordaba y se salía de su papel y de su misión de abogado defensor, algo que le perseguía como una pesadilla. La consideración que el *Chirle* no era más que un caso, un hecho aislado. Detrás de él se presentaban á su imaginación problemas pavorosos: el dolor humano retorciéndose entre las paredes encaladas de la celda, atenaceado por sufrimientos estériles ó amontonándose en una masa informe y mal oliente en las cuadras de un presidio.

## XLII

Era el día señalado para la vista.

Un coche de punto se detuvo á la puerta de las Salesas, y bajaron de él Pepe y Martínez. Atravesaron el vestibulo, recorrieron el ancho claustro y entraron en las habitaciones del Colegio de Abogados.

Allí Martínez se detuvo á saludar á los empleados de la secretaría, y después entraron en una habitación espaciosa, en cuyo centro había una mesa grande. La pared que quedaba frente á la puerta estaba ocupada en toda su extensión por un ancho armario; en la de la izquierda había un perchero, y en la de la derecha abriase una ventana grande sobre el patio de procuradores.

Pidió allí una toga para su amigo, y mientras el bedel la sacaba del armario y ayu-

daba á Sánchez Urbe á revestirse con ella, le preguntó Martínez si habían venido ya los magistrados de la sección.

Al enterarse de que acababan de llegar, Pepe le dijo á su antiguo compañero:

—¿Ves? ¿No te decía yo que era tarde?

—No, hombre: ¡qué ha de ser tarde!—exclamó el otro. —Vamos, todavía queda tiempo de sobra. Lo que hay es que los señores de esta sección son muy puntuales.

Y como Sánchez Urbe saliera por la galería con el birrete en la mano:

—Cúbrete—le advirtió.

El alguacil les abrió la mampara, Martínez pasó adelante, y después de saludar á los magistrados les presentó á su amigo.

Charlaban junto al estrado los tres funcionarios y el fiscal.

El presidente, Sr. Danz, era un hombre alto y delgado, de fisonomía bondadosa, en la cual se dibujaba una larga nariz que parecía tomada de un cuadro de retratos de pontífices. Otro de los magistrados, el señor Brizna, era de mediana estatura, de rostro agradable; encuadrado por una barba gris, casi blanca ya, que contrastaba con su as-

pecto juvenil y con su mirada animada y expresiva. En cuanto al tercer magistrado, Pepe, atento á su expresión, apenas se fijó en sus rasgos. Lo encontraba de una reserva enigmática. ¿Por qué? Es bien sencillo. Tal vez sólo porque sabía por Martínez que era, en aquella causa, el magistrado ponente. El fiscal era un joven de barba negra y maneras prontas. Apenas empezaron á hablar, introdujo la mano por la abertura de la toga, levantando la medalla que pendía de su cuello. Pepe se imaginó que iba á echar mano de algún ejemplar de bolsillo del Código penal.

Pero, en vez de eso, sacó una petaca, y abriéndola, ofreció cigarrillos.

—Agradezco—dijo Sánchez Urbe—á mi querido amigo y compañero Martínez, que me haya hecho el honor de presentarme á Vds., porque esto me proporciona la oportunidad de solicitar toda su indulgencia para mi *debut* profesional.

—¿De modo que este es su primer informe?—le preguntó el Sr. Brizna.

—Sí, señor, y puedo asegurarles que me siento anonadado á la idea de que en algún

modo pueda depender de mí la suerte de mi defendido, y de lo ruin de mi cooperación el cumplimiento de la justicia en el acto que vamos á celebrar.

—Vamos, anímese V., compañero—le dijo afectuosamente el Sr. Danz. Y cuente con la simpatía de la sala. En interés de todos está que la justicia se cumpla, y en cuanto de nosotros dependa, puede V. estar bien tranquilo.

—Es indispensable, señor presidente, que pongan Vds. en la balanza, frente á la pericia y los méritos del señor fiscal (este contestó con una inclinación de cabeza), mi desconocimiento del terreno en que me aventuro por primera vez. A pesar del convencimiento firmísimo que tengo de la inocencia de mi defendido (el fiscal se sonrió con una ligera contracción de labios que revelaban su incredulidad; el magistrado ponente permaneció imposible é impenetrable) no me hubiera resuelto á defender al *Chirle*...

—No le crean Vds.—arguyó Martínez—lo hará mil veces mejor que yo. Lo que tiene es una modestia á prueba de *bombo*.

Y satisfecho con haber encontrado la ocasión de hacer una *frase* se despidió para ir en busca de un procurador, de quien esperaba cobrar cierta cantidad.

—¡Pero saben Vds. que el compañero Ruiz de la Encina (el defensor del *Julepe*) se hace esperar!—observó el Sr. Danz echando una mirada al reloj.—En fin, le concederemos aún cinco minutos.

El señor Brizna era un hombre muy agradable. Hablando con él vino á saber Pepe que había estado en Cuba. Este nombre le produjo un estremecimiento al recordarle á su antigua vecina.

El rato que precedió á la vista, le sirvió á nuestro abogado para tratar de hacer sentir á los magistrados la inocencia de su defendido, y sobre todo para familiarizarse un poco con aquellos señores llamados á decidir de la suerte de su patrocinado... y de la suya propia, porque para él aquel juicio oral era una prueba definitiva. Iba á saber si servía para el ejercicio de su carrera, con el propósito firme de dedicarse á cualquier otra cosa si de aquel acto resultaba que sus aptitudes no le llamaban á vestir la toga.

La atmósfera de respetuosa familiaridad —no acierto á decirlo de otro modo— que le envolvía, le impulsó á transparentar en sus palabras algo de esto.

—Mire V.—le respondió el señor Brizna. —No me parece razonable que juzgue V. de sus aptitudes por el resultado de esta vista. Abogados hay de grandes méritos, encanecidos en el ejercicio de su profesión, que pierden un asunto. Un tropiezo al empezar no significa nada para la estimación de los servicios que se puedan prestar en un orden cualquiera de la actividad. Nada de eso. Puede V. equivocarse en este caso, sin dejar por eso de ser un buen abogado. Además, el curso mismo de la vista, le servirá á V. para poder apreciar y aquilatar bien los hechos. Al terminar la prueba puede V. sostener sus conclusiones provisionales ó *conformarse con la petición fiscal*, lo que su conciencia le dicte, y de todos modos, el hecho de que el juicio de la sala esté ó no de acuerdo con el suyo, no debe influir para que V. renuncie al ejercicio de su carrera.

El tono alentador, en cierto modo *pater-*

nal del magistrado, debió animar á Pepe, pero al oírle enunciar la posibilidad de que pudiera *conformarse* con la petición fiscal, aunque esto fuera no más que una indicación de carácter general, sonó en los oídos de Sánchez Urbe como una revelación de que los magistrados no estaban bien dispuestos en favor de su defendido.

—Pero, señor—le arguyó.—Si después de estudiar la causa minuciosamente, si después de las muchas veces que he hablado con mi representado, si después de adquirir el convencimiento firmísimo que tengo de que el *Chirle* es un timador antipático, pero no un homicida, no consigo demostrárselo al tribunal, confirmándome, como estoy seguro que ha de confirmarme la vista en mis conclusiones, crea V., señor magistrado, que no habré sabido cumplir mi misión, y que no debo usurpar esta toga á otro cualquiera que en mi caso pudiera desempeñar debidamente sus funciones.

—¡No diga V. eso, compañero!—le replicó el presidente.—No es dable fallar en asunto tan delicado como el de si tiene V. ó no títulos naturales que «refrenden el académico

extendido á su favor,» como V. decía. Pero desde que ha entrado V. aquí está haciendo la defensa de su patrocinado sin esperar siquiera que se abra el juicio, y para valerme de sus propias palabras, eso no se le ocurre más que á quien lleva de veras «un abogado por dentro». Lo cual, si no una prueba plena, es ya un indicio vehemente en favor de sus aptitudes.

En esto el presidente sacudió el brazo, en el que el encaje de los vuelillos resaltaba sobre la tela negra, exclamando:

—¡Demonio de colilla!

—¿Qué es eso?—le preguntaron.

—Nada, ¡que me he quemado con el picaro cigarrillo!

Entonces entró sofocado el defensor del *Julepe*.

—Perdonen Vds. mi retraso—exclamó.—

En el momento de salir de casa, la niñera acercó á la menor de mis chicas á la puerta, y, al cerrarla, se cogió un dedito. Su madre y yo nos alarmamos, y esto me ha hecho llegar tarde.

—¿Pero el accidente ha tenido consecuencias?—le preguntaron los demás.

—No, afortunadamente no ha sido nada. Un médico de la vecindad, llamado en seguida, la reconoció, y todo se ha reducido á una magulladura en la yema del dedo y al susto consiguiente.

—Vaya, compañero—exclamó el señor Danz—celebramos que la cosa no haya tenido importancia. Vamos—dijo á los otros.

Y al secretario que ordenaba en la mesa sus papeles:

—¿Estamos?

—Sí, señor—respondió.

—¡Señor presidente, señores, no olviden Vds. la indulgencia prometida al debutante!—exclamó Sánchez Urbe, abriendo los brazos en actitud de crucificado.

—Cuente V. con ella, pollo—le ofreció el presidente.

Y á una orden suya, el alguacil abrió la mampara y el público se precipitó en el local.

## XLIII

Bajo los anchos pliegues del dosel, la señora que ejerce la jefatura del Estado aparecía representada en un lienzo grande, pintado al óleo y encuadrado por una brillante moldura destacándose sobre el fondo de terciopelo rojo.

Detrás de la ancha mesa ocupaban sus sillones de alto respaldo los tres magistrados, imponentes y severos. Pepe y el otro defensor sus puestos á la derecha del tribunal, el fiscal á la izquierda, y en el centro, junto á su mesa, el relator leía el sumario con voz monótona. El *Chirle* y el *Julepe* se sentaban en el banquillo de los acusados junto á la barandilla que cerraba el estrado, y al otro lado el público se apretaba ansioso de presenciar las peripecias del juicio oral que iba á celebrarse.

Cerca de la barandilla estaban las mesas de los periodistas, y entre ellos veíase á Emilio, repartiendo en torno suyo saludos, sonrisas y apretones de manos. Luego seguían los bancos atestados de gente, y en el pasillo del centro se levantaba una estufa. Allá en el fondo del salón, sobre el papel que cubría el muro, un lienzo de tonos apagados ofrecía, amarillenta y desnuda, la imagen del Crucificado.

Cuando terminó el relator, empezó el interrogatorio de los procesados.

Respondiendo á lo más interesante de la causa, dijo el *Chirle* que, tirado al suelo por el Tomás García, se cubrió la cabeza con los brazos para evitar los golpes que le dirigian el criado y el guardia Ramón Gerifalte, y que cuando oyó la detonación que hirió al primero, vió al segundo quitarse el cordón del cuello, tirar el revólver y arrojarse encima; que le mordió la mano al sentir que lo estrangulaba, sin saber lo que hacía. Que el Ramón Gerifalte le cogió por la chaqueta y le sacó arrastrando hasta el portal, como vieron el otro guardia, el otro procesado y D. Quintín.

Estos últimos extremos de su declaración fueron confirmados por el *Julepe*, que oyó caer el revólver al suelo. Respecto á la escena habida entre el guardia Gerifalte, el Tomás García y el *Chirle*, nada pudo ver, porque el otro guardia lo estaba atando en la habitación de D. Quintín, donde éste se hallaba aún metido en el lecho.

La voz de Pepe, al empezar á preguntar, revelaba la conmoción profunda que sentía. Poco á poco parecía adquirir mayor firmeza.

Fuera producto de su estudio de la causa ó azar de su buena suerte, es el caso que tuvo la de que sus preguntas obtuvieran contestaciones que en su sentir favorecían sobremanera á su defendido. De tal modo, que ya parecía otro al presentarse á declarar el guardia 5.206 que había detenido al *Julepe*.

Era aquél un gallego de acento marcadísimo, con bigotes cerdosos, inteligencia escasa y ademanes grotescos, que provocó varias veces la hilaridad del público á pesar de la seriedad del acto y de las exhortaciones y amenazas del presidente.

Al relatar los hechos, dijo que, llamados por el Tomás García, entraron en la casa y sorprendieron á los procesados «capturandu» él allí mismo al *Julepe*, que se entregó á la presencia de su autoridad, aunque luchó por escaparse. Que su compañero salió persiguiendo al *Chirle*, y tuvo necesidad de disparar *dos* tiros para cogerlo, y que había oído decir que el *Chirle* había sido apresado con auxilio del criado á quien mató con el revólver que le había quitado al guardia Gerifalte.

Tras las preguntas del fiscal vinieron las de Pepe. Reproduzco textualmente esta parte del interrogatorio.

PEPE.—¿Ha dicho V. que su compañero tuvo necesidad de disparar *dos* tiros para sujetar al *Chirle*? ¿Se ratifica V. en esa declaración que acaba de prestar?

GUARDIA.—¿Cómo dice *vucencia*? ¿Qué?

PEPE.—Que si se *ratifica* V. en esa declaración.

EL PRESIDENTE (*interviniendo*). — Debo advertir al señor letrado defensor que el guardia acaba de decirlo bien claramente. Si desea que esa manifestación conste en

el acta, puede formular así esa petición, á la que la presidencia está dispuesta á acceder.

PEPE.—Desearía que constase así.

EL PRESIDENTE.—Pues hágase constar.

PEPE.—Pero he insistido sobre este punto, que me parece de una gran trascendencia, porque el testigo ha incurrido en una evidente contradicción con lo declarado en el sumario.

EL PRESIDENTE.—Entonces lo que el señor letrado desea es que se proceda á la lectura de la declaración prestada ante el juzgado por el testigo.

PEPE.—El señor Presidente ha interpretado perfectamente la intención de esta defensa. Ruégole que dé por formulada esa petición.

A la orden de la presidencia, el relator dió lectura á la declaración, en la cual el testigo manifestaba que el guardia Gerifalte había disparado un tiro, y luego el *Chirle*, cogiéndole el revólver disparó el otro; el que produjo la muerte del criado de D. Quintín.

Invitado á explicar la contradicción, el

declarante dijo que se habían disparado dos tiros, sin que pueda precisar por quién ni cómo. Que el *Chirle* había mordido á su compañero en la mano dándole patadas...

Entonces Pepe estrechó al guardia, reanudando el interrogatorio de la siguiente manera:

—Pero el Ramón Gerifalte ¿no disparó el primer tiro en la misma habitación en que estaban el declarante, el otro procesado y D. Quintín Roquero?

GUARDIA.—Sí, señor.

PEPE.—¿Y el segundo?

GUARDIA.—Ese lo disparó dentro y por eso no lo vi.

Emoción profunda en el público. El ministerio fiscal pide la palabra por considerar capciosa la pregunta. Pepe, á su vez, se revuelve contra el calificativo diciendo:

—Podría tildarse la pregunta de capciosa, si esta defensa la hubiera formulado diciendo: «¿Cuándo hizo el guardia Gerifalte el segundo disparo?» Porque entonces hubiera aventurado una afirmación para sorprender al declarante; pero habiéndose limitado esta defensa á preguntar simplemente por

el segundo disparo, con otro propósito, con el sólo levantado y legal de esclarecer los hechos; la protesta del digno representante del ministerio público no tiene razón de ser, y la manifestación del declarante de que fué su compañero, y no mi defendido, el autor del segundo disparo, tiene toda la fuerza que le da la espontaneidad con que ha sido hecha.

Y continuó su interrogatorio:

—Pero si el declarante no vió el segundo disparo debió oírlo.

GUARDIA.—Sí, señor.

PEPE.—¿Podría decir á la Sala si pasó mucho tiempo entre el primero y segundo tiro?

GUARDIA.—No, señor, como que fueron *deseguida*. Como si dijéramos *ipum!... ipum!*— (*Risas en el público.*)

PEPE.—¿Y cuánto tiempo calcula el declarante que necesitaría cualquiera luchando con él para quitarle el revólver que tuviese agarrado en la mano y sujeto al cuello por un cordón?

GUARDIA (*con aire de cómica energía*).— Con el perdón de *vuecencia*, á mi *naide* me

quita el revólver en el cumplimiento de mi deber, porque *lu deju fritu* de un balazo.

EL PRESIDENTE.—Limítese el testigo á contestar á las preguntas que se le hacen.

GUARDIA.—Está bien, señor presidente: á la orden de vuecencia.

PEPE.—Lo que deseo es que el declarante manifieste si cree que hubo tiempo para que el *Chirle* sacase el cordón del cuello á su compañero, le arrebatase el revólver y disparara con él, dada la rapidez con que oyó las detonaciones.

GUARDIA.—Vuecencia perdone. Pero yo soy nuevo en el oficio. Hace poco que vine de la tierra, y no entiendo de esas cosas.

Renovada por el presidente la orden de responder concretamente, el guardia al repetirle Pepe la pregunta, contesta que no se acuerda.

PEPE.—No se trata de recordar. Ha recordado y ha reproducido aquí gráficamente los disparos, ¿cree V. que hubo tiempo para que el *Chirle* luchase y arrebatase el revólver á su compañero?

GUARDIA.—Usía perdone, pero *repitu* que no *m'acordo*.

El guardia tal vez no entendía la pregunta, pero más verosímil es pensar que no quería responder, porque de allí en adelante sólo contestó que «no se acordaba».

Tras aquel guardia comparece su compañero, Ramón Gerifalte. Se presenta con gran aplomo, y contesta con firmeza y despejo á las preguntas del ministerio fiscal. Su relato difiere poco de los otros hasta llegar al punto de los disparos. Dice que disparó un tiro para evitar la fuga del reo, apuntando al marco de la puerta; que una vez en la habitación en que ocurrió la desgracia, el *Chirle* se lanzó sobre él de un salto, quitándole el arma; que en la lucha cayó el gatillo matando al Tomás García, y, por último, que consiguió capturar al procesado, cuya resistencia ocasionó la desgracia, y que mordió al dicente en la mano izquierda.

Pepe, al llegarle el turno, le preguntó:

—Cuando el declarante entró en el cuarto en que ocurrió la muerte, ¿en qué forma llevaba el revólver?

El guardia, después de recapacitar un momento:

—No entiendo la pregunta.

PEPE (*insistiendo*). — Que cómo llevaba el declarante el revólver en el momento de entrar en el cuarto en que ocurrió la desgracia.

GUARDIA.—No es fácil recordar detalles tan minuciosos después de tanto tiempo transcurrido, y más aún tratándose de lo que se hace en un momento así de excitación.

PEPE.—¿Es decir que V. estaba vivamente excitado por la tentativa de fuga de mi defendido?

El guardia, comprendiendo que aquello podía comprometerle, replica con aplomo:

—Sentía la excitación de mi deber, que me ordenaba prenderlo.

(*El fiscal hace un movimiento de aprobación.*)

PEPE.—¿Quién disparó el segundo tiro?

GUARDIA.—El *Chirle*,

PEPE.—Refiera cómo.

GUARDIA.—Ya lo he dicho. Al saltar sobre mí, me cogió desprevenido, y en la lucha, arrebatándome el revólver, con la mano derecha apretó el gatillo, sin duda

con ánimo de descargarlo para desarmarme, y después lo arrojó al suelo.

PEPE.—De modo que el *Chirle* no apuntó con el arma.

GUARDIA.—No, señor.

PEPE. — ¿En qué posición se hallaba el declarante cuando el procesado le arrebató el revólver?

GUARDIA.—Pues, estaba de pie.

Sanchez Urbe le dirige una mirada como si midiese con los ojos al hombretón alto y fornido que tenía delante. Luego se vuelve al procesado, menudo y flaco que ocupa su sitio en el banquillo, y,

—Desearía —dice— que la Presidencia ordenara que el procesado y el declarante se pusieran de pie para que la Sala los vea juntos y pueda juzgar por sus propios ojos la inverosimilitud de la manifestación que el declarante acaba de hacer.

Practicada la diligencia, resulta evidente que aquel procesado endeble que apenas llega al hombro al fornido guardia, haya podido hacer lo que se le imputa.

El tercer testigo del ministerio público, es D. Quintín Roquero. Se da cuenta á la

Sala del fallecimiento de dicho señor, ocurrido un mes antes de la celebración de la vista, y se lee su declaración, prestada ante el juez, en la cual dice, en resumen, que, sorprendido por la presencia de los criminales, les entregó la llave de la caja, sin que los procesados le hicieran daño alguno material ni le injuriaran, limitándose á ponerse á abrirla, en el momento en que entraron los guardias y los sorprendieron. Que el *Chirle* salió huyendo de la habitación inmediata, y tras él su criado y el guardia Gerifalte. Que al oír los disparos cerró los ojos asustado, porque siempre había sido un hombre pacífico. Preguntado por el señor juez acerca del autor de la muerte de su criado, respondió que nada podía decir, por haber ocurrido en la otra habitación, y con tal rapidez que no se repuso de la natural impresión hasta que todo hubo pasado. Que creía que la muerte de su criado fué una desgracia casual, y que los guardias y los procesados se habían portado muy bien con él.

—Ese señor no sospechaba que se iba á morir tan pronto—dijo al oído á Sánchez

Urbe el abogado del *Julepe*—y quería quedar bien con todos.

Después declaran el sereno del barrio, dos vecinos y un transeunte, sin que añadan nada nuevo.

Todos convienen en que el *Chirle* y *Julepe*, sobre todo el primero, ofrecían resistencia á los guardias, y á las preguntas de Pepe responden que las detonaciones se oyeron «casi al mismo tiempo», según la expresión de uno de los vecinos, casi seguidas, según el otro, y «una después de otra», como dijo el sereno con lucida intrepidez.

Y para no fatigar más la atención del lector, prescindiré de los demás detalles de la vista, limitándome á dar una idea lo más sucinta posible del informe de la acusación y del de la defensa del *Chirle*.

#### XLIV

Reciente está—decía el fiscal apoyando sus conclusiones—reciente está en la memoria de todos el crimen de un criado que mata é incendia para robar á su indefenso señor, que, entregado al reposo en su propio lecho, hallábase bien lejos de esperar el trágico fin que tuvo su existencia. (*Sensación en el público. Estas palabras presentan á la imaginación de todos un reciente drama udicial.*)

Y cuando aún vibra en los espíritus, justamente alarmados por semejante crimen, la emoción profunda que causó, viene otro de la misma índole á originar perturbación semejante. Un hombre duerme en su lecho, cuando de improviso se le presentan dos individuos que, aprovechando el sigilo y la soledad de la noche, protegidos y amparados por sus tinieblas, se presentan

con cautela para sorprender al durmiente. Estas circunstancias utilizadas por los procesados, habían necesariamente de producir en el ánimo de D. Quintin Roquero, la intimidación de que nos habla el artículo 516 y que fué aquí circunstancia esencial del delito, pues sin ella no hubiesen logrado la realización de sus criminales intentos. A esta circunstancia constitutiva del delito de robo, únense la agravante de nocturnidad y la de reincidencia, pues entrambos procesados han sufrido ya varias condenas por repetidos hurtos, delito, el hurto, comprendido en otro capítulo del mismo título trece ¡número fatídico!, en que este crimen está castigado por la Biblia del Derecho. Y llamo así al Código, porque no otro nombre merece el libro augusto, en que se definen y penan los atentados al orden social, sirviendo de eficaz garantía contra los malhechores, á los hombres honrados que viven al amparo de la justicia y de la ley.

Terrible es el fallo de ésta, pero terrible con la sabia y majestuosa severidad de la espada sagrada de Themis. Y la ley está por encima de los hombres y de sus deseos.

Ella es argolla de hierro que condiciona, precisa y determina el juicio, y este ministerio no cumpliría la función social que le está encomendada, si, oyendo las voces de una sensibilidad incompatible con su deber, dejase de pedir para los procesados la pena á que se han hecho acreedores.

¡Ah! Yo quiero suponer que mi voz callase en estos momentos solemnes, y por servir de instrumento á una debilidad inexcusable, no fuese el eco fiel de la conciencia social, para serlo de mis sentimientos personales. Yo quiero suponerlo así, y quiero suponer que este delito pudiera quedar impune. Entonces, pasados estos instantes, cuando este funcionario tratase de conciliar el sueño en las horas tranquilas de la noche, aquella obscuridad que había sido compañera de esos procesados en la comisión de su horrendo delito, me presentaría en horrible pesadilla al hombre que tras fatigosas luchas y penas sin cuento, ha conseguido acumular un caudal en su vida de azares, de fatigas y de privaciones, entregando intimidado las llaves que encerraban el producto de su trabajo á los malhe-

chores que penetraron en su vivienda; se me presentaría como una visión espantosa la viuda abandonada en su traje de duelo y los llorosos huérfanos á preguntarme: ¿Qué hiciste de nuestra defensa á tu custodia encomendada? ¿Qué de nuestro derecho á la reivindicación de nuestra desgracia? ¿No nos amparaba la ley estatuida por la religión, por Dios mismo, cuando dijo «ojo por ojo y diente por diente»; la ley esculpida con caracteres indelebles en la conciencia humana por la tradición de los siglos, la ley que la sociedad sostiene como una necesidad para el orden que no puede existir sin la intimidación del ejemplar castigo? Y ante esa visión horrible siento las energías del corazón palpitando bajo esta toga, que me alientan y fortifican en el cumplimiento de mi penoso deber.

¡Ah! Yo bien sé que existen soñadores, ilusos, que, olvidando la realidad de la vida, tratan de abolir la pena de muerte. ¡Ojalá, ojalá que llegue el hermoso día en que esa pena sea innecesaria; pero mientras haya hombres que priven á sus semejantes de la vida, á sus semejantes se les impondrá e

deber de pedir, de reclamar la suya en holocausto á la justicia, que no es permitido más que á los soñadores y á los poetas olvidar las crueles y penosas exigencias que el orden social impone.

La emoción del público era profunda. El fiscal continuó y terminó rápidamente su brillante informe con párrafos elocuentes, esculturales. Algunas señoras, á pesar de ir preparadas para aquellas impresiones, empleaban los pañuelos en secar sus lágrimas y comprimir sus sollozos, que lo mismo podían ser provocados por la viuda y los huérfanos de que hablaba el representante del ministerio público, que por aquellos dos desgraciados que parecían ya condenados, en opinión de todos, á sufrir la última pena. Porque no he de terminar este capítulo sin advertir, para inteligencia de las personas ajenas al conocimiento de nuestras leyes penales, que, según la jurisprudencia del Tribunal Supremo, en el caso en que fueran dos los autores del delito de robo y uno de ellos hubiera cometido un homicidio en el mismo acto en que aquel delito se realizaba, *son los dos igualmente* autores del homicidio.

Hay que hacer un esfuerzo para concebir la sorpresa del público cuando oyó que el joven abogado del *Chirle*, después del, «con la venia de la sala» de ritual, empezó diciendo:

—Esta defensa mantiene sus conclusiones sosteniendo la inculpabilidad de su defendido, inculpabilidad demostrada elocuentemente por el ministerio fiscal en su brillante discurso.

Sentía Pepe la serenidad del marino que en alta mar ve adelantarse una nube negra, en cuyas tenebrosidades ruge el trueno y relampaguea el rayo; y mientras los pasajeros del buque piensan con horror en un temporal, lejos de toda tierra á que arribar, él ve la ancha planicie, libre de escollos, donde no hay una sola roca con que trope-

zar. Ha medido la desviación del huracán amenazador y calculado con exactitud la forma y el modo de sustraerse á su impetuosidad devastadora.

El fiscal no había entrado en el Código más que para apoyar su petición, razonando solamente los artículos en que la fundaba. Arrastrado por aquella verbosidad portentosa y galana, que deslumbraba y aturdió á Martínez, había arrojado sobre el *Chirle* todo el peso de las preocupaciones y los errores de su tiempo. Y aquella era el alta mar que Pepe conocía, por la cual había navegado tantas veces; y lo que impresionaba y aterraba al público, no le había preocupado á él un solo instante. Lo que él había temido, los peligros que le habían desvelado, estribaban en que el fiscal se encerrase en el dédalo de rocas del articulado estrecho del Código y de la jurisprudencia de los tribunales, laberinto que, en su inexperiencia, le espantaba. Allí se imaginaba á cada paso la roca oculta bajo el oleaje, ó el acantilado imponente y escueto, en que sus desconocimientos de la vida profesional le llevasen á estrellarse. Pero ante el mar

abierto y libre se sentía firme y seguro. Y con el tono reposado y tranquilo que le daba su confianza en el éxito, prosiguió :

—Y para probarlo procuraré huir de todo apasionamiento, de todo sueño, de toda pesadilla, porque sólo aspiro á razonar para que la verdad se abra paso. Trataré, pues, de no vestir la realidad con el atavío de las imágenes brillantes, que no pocas veces arrastran á los oradores con sus seductores espejismos, como acaba de ocurrirle al representante del ministerio público, cuya poderosa fantasía y cuya elocuencia extraordinaria me suman, desde que acabo de oírle, en el número de sus admiradores.

Hablaré, pues, sencillamente en nombre de la lógica y del sentido común.

Pepe, ordenando sus ideas, se detuvo un momento.

Es realmente asombrosa la acción del tiempo en algunas naturalezas. ¿Quién hubiera conocido en aquel informante, pausado y tranquilo, al exaltado orador de la Universidad? Pero, ¿realizaría tales propósitos? Él mismo nos lo hará saber. Oigámosle :

—Nos ha hablado el señor fiscal de soñadores y de poetas. ¿Quién más soñador que él mismo, perseguido en estos momentos por visiones y pesadillas atroces?

Ya dice el saber popular en una de sus sentencias, que de poetas, esto es, de soñadores, todos tenemos un poco.

La diferencia entre soñadores y soñadores consiste, en que unos sueñan con el fondo real de las cosas que han penetrado por la asiduidad de su labor ó por la lucidez de una inspiración divina. Hombres que, lejos de alcanzar el respeto y la admiración á que eran acreedores por parte de sus contemporáneos, han encontrado á veces, como premio á sus merecimientos, el escarnio, la prisión ó la muerte misma. Y éstos eran aquellos á los cuales se refería el señor fiscal. Los otros soñadores son los que fundan sus sueños en las apariencias de las cosas. Estos tienen la garantía de ser comprendidos y estimados por todos los que confían á la concepción más general de la vida la dirección de sus pensamientos y de sus actos. Estos soñadores, los más peligrosos, son los que las gentes sencillas llaman, con cierta

admiración candorosa, *hombres prácticos*: soñadores que, padeciendo la enfermedad misma del héroe de Cervantes, tienen formas y palabras de Sancho, y cuya lesión mental se disimula á los ojos de la masa, porque en vez de convertir falsamente toda imperfección efectiva en perfección imaginaria, no percibiendo la realidad del ideal exacto y cierto, ven en todo perfeccionamiento posible y racional una quimera inaccesible.

Así, hay sueños cuya realización llena de gloria las páginas de la historia humana, y otros que las orlan de luto ó que las salpican de sangre. En nosotros mismos encontramos á cada paso la confirmación de este aserto por ese poco que de soñadores tenemos todos. A veces nuestros sueños no son más que anticipos ideales de realidades hermosas, porque una certidumbre efectiva las nutría: á veces decepciones lamentables, porque sobre apariencias engañosas los formamos.

Pero estos últimos sueños, los que no se fundan en la verdad y en la justicia, se desvanecen en cuanto se les pone en contacto con la realidad.

El señor fiscal ha tenido en esta ocasión un sueño falso, una verdadera pesadilla. Y si no, que nos diga dónde está esa viuda y esos huérfanos que se le presentan como una visión aterradora, como ha dicho con gran propiedad. El desventurado Tomás García era, como su amo, soltero, según consta en autos. ¿De quién es esa viuda y de quién esos huérfanos que tan inoportunamente vienen á perseguir al señor fiscal, perturbando su buen criterio, su excelente juicio? Porque con visiones inoportunas y espantosas no es posible formar idea clara de los hechos.

El fiscal hace un movimiento como si deseara rectificar algo. Pepe se fija en él, y

—Dígame su señoría lo que quiera.—  
añade.

—No he dicho que fuera casado el interfecto. He hablado en términos generales.

Pepe, continúa.

—Yo lamento que su señoría hable en términos generales, cuando pide cosas tan concretas.

Pero dado el cargo que su señoría ejerce, y su inteligencia por todos reconocida y

alabada, no es posible pasar ante este hecho sin dar de él la explicación que tiene. Esto estriba, señores de la Sala, en que el dignísimo representante del ministerio público entiende que su misión le ordena acusar á todo trance, y demuestra que, no hallando nada concreto con que acusar á mi defendido, ha hablado como acaba de confesar, en términos generales.

El examen de lo ocurrido nos dará la prueba plena de la exactitud de esta afirmación. Pero antes de entrar en él he de hacer reparar al Sr. Fiscal en el daño que puede originar esa peligrosa manera de entender su deber.

En su meritísimo celo por el cumplimiento de la justicia, cuenta el representante del ministerio público, con que después de él ha de abogar la defensa en favor del acusado y no teme que, aventadas por la imaginación, vayan demasiado lejos las chispas de su elocuencia.

Pero —abierta ya por su señoría la puerta al terreno de las suposiciones—supongamos que sus hermosos periodos hubiesen causado en el ánimo de este informante el efecto

mágico que han podido muy bien producir; supongamos que bajo la sugestión de su palabra, esta defensa subyugada por ella, se agita en vano por esclarecer los hechos y el tribunal condena á mi defendido á la última pena.

Entonces si que el Sr. Fiscal, en términos concretos y muy concretos, podría hablar de visiones espantosas. Porque ha de saber su señoría, que mi defendido tiene una madre, que esa mujer enferma desde que sabe que hay un hombre—cuya elocuencia habrá adivinado cien veces en su dolor—dispuesto á pedir la vida de su hijo, no tiene un instante de reposo. Pues bien; si la elocuencia del Sr. Fiscal pudiera convertir en realidad su funesto error, esa madre debilitada por el sufrimiento no resistiría ese golpe y entonces, permítame su benevolencia decirlo, entonces si que podría imaginarse que en la soledad de la noche veía como el espectro de esa madre loca y desesperada, diciéndole en una pesadilla horrible:

—Qué has hecho con ese don divino que Dios te concedió. Sus encantos te arras-

traron y se convirtió en arma para arrancar la vida al hijo de mis entrañas, inocente del delito que le imputabas!

Y cuando el Sr. Fiscal pueda darse cuenta de la realidad fría que su fantasía le presentó de un modo erróneo, unirá sus plácemes á los míos por haber podido sustraerme á los encantos de su palabra y haber podido contribuir así á que la verdad se abriera paso.

Pero abandonemos el terreno de las visiones tenebrosas y vamos á la clara y sencilla elocuencia de los hechos.

Ha empezado el representante del ministerio público recordando un crimen reciente y afirmando que el hecho de autos constituía otro crimen «de la misma índole.»

No sé lo que el Sr. Fiscal entiende por «índole» de los crímenes pero sea de ello lo que fuere, bástame con afirmar que entre ambos sucesos no hay ni identidad, ni semejanza alguna. Entre un criado que mata á su señor para robarle y otro infeliz criado que sale de su casa á media noche, ¿qué identidad, ni que semejanza cabe? Aquí no hay robo, ni es el amo si no el sirviente

quien muere. Y por lo que se refiere á este último, poco me costará demostrar que su muerte no es imputable á mi defendido.

No hay robo porque según el Código son reos de este delito «los que con ánimo de lucrarse se apoderan de las cosas muebles ajenas, con violencia ó intimidación en las personas ó empleando fuerza en las cosas.»

¿De que se apoderó mi defendido? Al ser registrado no se le encontró dinero, ni billetes. De estos los que se hallaron en el suelo, junto á la caja y que se suponen arrojados por los procesados, no pudieron serlo por mi representado puesto que según declaran todos salió huyendo de la habitación aquella y no volvió á entrar en ella. Pero aunque el otro procesado hubiera llegado á tocar los billetes, este hecho por sí no constituye robo porque para que lo hubiera, sería preciso que existiera «intimidación ó violencia en las personas, ó fuerza en las cosas».

Que no hubo fuerza en las cosas ya lo sabemos. Que tampoco hubo intimidación ni violencia en las personas lo declara terminantemente el mismo D. Quintín.

Así es que sólo un error del Sr. Fiscal ha podido llevarle á afirmarlo, interpolando, á lo que parece, la nocturnidad y la intimidación. Y esa confusión no cabe, porque para que la nocturnidad fuese en vez de nocturnidad, intimidación, sería preciso que los procesados, en vez de aprovechar las sombras de la noche para entrar en la casa, hubiesen hecho la noche y sus sombras para asustar al Sr. Roquero.

La intimidación, pues no existe. Y de ahí que con arreglo á nuestra ley penal no puede decirse que ha habido robo, ni consumado, ni frustrado.

Entró Pepe en seguida á demostrar su afirmación de que el homicidio del criado no era imputable al *Chirle*. Analizó hábilmente las declaraciones de los testigos, los informes de los forenses, y con todos los elementos que el sumario y la vista le ofrecieron, encajó de tal manera sus razonamientos, remachándolos con tal acierto y destreza, que parecían eslabonarse como los anillos de hierro de una cota de malla contra la cual el más afilado acero se mella y embota. Rebatíó luego la existencia de un

atentado á la autoridad, viniendo á concluir en que, examinado el hecho con todo rigor, sólo cabía imputar á su defendido el delito de desobediencia á los agentes de la autoridad y el de tentativa de hurto.

Pero después de la defensa de su patrocinado, acudió á la defensa de sus ideas. El abogado del ilustre colegio había ya cumplido su cometido: bajo la toga surgía ahora el hombre en defensa de su especie, en defensa del *Hombre*.

Entendía que aquel huracán de elocuencia del fiscal había dejado de ser un peligro para su defendido, pero todo huracán envuelve un semillero de peligros, y creía un deber suyo adelantarse á contrarrestarlos.

Cambiando, pues, de dirección sus ideas, y de tono sus frases, tras una ligera pausa, añadió:

—Aquí debía tal vez terminar esta defensa su informe; pero el representante del ministerio público ha cimentado su petición en afirmaciones tan peligrosas que, admitiendo la absurda hipótesis de que fueran aplicables en algún modo á mi defendido, cúmpleme razonarlas para concluir, á fin de

que la Sala pueda apreciar hasta qué punto falta firmeza á la base en que descansa el edificio de sus acusaciones.

Que «mientras haya hombres que priven á sus semejantes de la vida, á sus semejantes se les impondrá el deber de pedir, de reclamar la suya en holocausto á la justicia».

Si esa teoría fuera cierta, habría que enmendar el Código donde dice que el parricida será castigado «con la pena de cadena perpetua á muerte», donde dice que el asesino lo será con la de «cadena temporal en su grado máximo á muerte», y, sobre todo, donde dice que lo será el homicida «con la de reclusión temporal», y para que la ley estuviese de acuerdo con lo que el Sr. Fiscal cree que es justo, habría que escribir un solo artículo que dijese: «El que prive de la vida á un semejante suyo, será condenado á muerte.»

Resulta, pues, la doctrina del Sr. Fiscal en pugna con la idea de Justicia cristalizada en el articulado del Código. Y lo está con toda idea exacta de justicia, como lo está con la que reflejan las prescripciones de la ley.

¿Qué es esta «argolla de hierro que con-

diciona y precisa y determina el juicio»? Una metáfora tan brillante como inexacta. Es la ley todo menos argolla de hierro para el juicio. Es para él orientación y guía y precepto, es, si hemos de acudir á la metáfora, la veleta que en lo alto del edificio social señala la dirección de las ideas imperantes, de las corrientes que dominan en la atmósfera moral de un pueblo en los distintos momentos de su historia. Pero esas reglas que constituyen la ley, en cuanto forman un sistema racional de disposiciones, suponen una conciencia recta, y por tanto, libre en sus juicios, para interpretarla y aplicarla en cada caso. Cuando no reúne estos requisitos ó es una veleta tan ajustada á su eje que no le es dable el menor movimiento y sufre impasible la corriente de los hechos, ó gira al azar llevando en la punta clavadas de ante mano letras que voltean con ella, indicando siempre, en uno ú otro caso, una dirección falsa. Y cuando eso ocurre, á las mismas sociedades toca atender al remedio del mal. Bien se ha visto, por lo que se refiere á nuestro caso concreto, que la ley no señala hacia dónde el

Sr. Fiscal miraba. En cuanto á la pena de muerte que prescribe para determinados delitos, hermoso y saludable ejemplo nos ofrecen en este punto los pueblos para quienes el cadalso no es una necesidad nacional. ¡Felices, felices ellos que no tienen en los altares de su Justicia, una Themis idolátrica que exija para su culto el sacrificio de víctimas humanas!

Buscando el apoyo de la tradición religiosa para sus doctrinas, ha abierto el señor fiscal ante nuestra imaginación el Pentateuco para recordarnos lo de «el ojo por ojo.» Como no creo que su señoría—á fuer de buen cristiano—inspire su criterio en la legislación penal del pueblo hebreo, no he de insistir sobre esto. Pero ya que nos abrió el Éxodo, permitame que sin salir del Pentateuco le presente el Génesis, para recordarle á mi vez, que cuando Caín después de su fratricidio exclama: «todo el que me hallare, me matará», le responde el mismo Dios: «No será así, antes bien el que matare á Caín siete veces será castigado.» «Y puso el Señor á Caín una señal para que no lo matase todo el que lo hallara.»

¿Que el orden no puede existir sin la intimidación del ejemplar castigo? ¿Puede decirse eso del orden en una sociedad cristiana? Para decirlo sería preciso borrar por falsa ó por nula, la afirmación de que el fundamento del edificio social descansa en el mandamiento de Jesús, « amaos los unos á los otros » declarando el absurdo de que no era entre nosotros el amor, sino el crimen, verdadera realidad. Sería necesario suprimir los diez y nueve siglos que lleva de hormigear sobre la tierra la flor de la humanidad, viviendo y encarnando en ella esa doctrina. Porque sólo partiendo de la anticristiana suposición de que en cada hombre, en vez de un hermano á quien amar, hay desde luego un asesino posible, un enemigo empedernido á quien asustar, es como se puede pensar que la muerte del culpable intimide y escarmiente á los criminales imaginarios que puedan presenciar una ejecución ó tener de ella noticia.

Pero sin salir de lo concreto y preciso del orden puramente jurídico y científico, de lo falso de esa virtud intimidadora atribuida á la pena de muerte, hablan no pocos hechos;

citaré solo dos. Uno, el mentís que al miedo da la estadística, al mostrarnos que los crímenes más graves no han aumentado en los países en que la pena de muerte ha sido abolida; otro, el citado por Rolín y corroborado por el Parlamento inglés, de que de *ciento sesenta y siete* condenados á sufrirla, asistidos en sus últimos momentos por Roberts, *ciento sesenta y uno* declararon que habian presenciado ejecuciones capitales.

Y es que la horca y la guillotina no pueden moralizar, al contrario, hieren á la moral en su propio corazón. Espectáculo semejante solo puede producir una sugestión decisiva para el mal en los seres acondicionados de una manera anormal y monstruosa por la naturaleza ó por la sociedad; una sugestión semejante á la atracción del abismo: del abismo insondable que separa la vida de la muerte...

Al pronunciar Pepe esta frase se oía distinta y claramente la pluma de un periodista corriendo nerviosa por el papel. Tal era el silencio religioso producido por su oración.

XLVI

Por aquí iba tratando de dar idea del informe con que debutó Sánchez Urbe en su carrera, cuando recibí la siguiente carta.

«Sr. D. Federico Degetau y González.

Mi querido amigo y compañero: Has juzgado con tanta indulgencia mi informe, has demostrado tanto interés por mis recuerdos de muchacho en nuestra larga conversación del domingo, en la que evocábamos juntos aquellos días en que juntos íbamos á la Universidad, que quiero darte una prueba de afecto enviándote esos dos documentos.

Presumo que habrán de interesarte dada la atención que á mis cosas has dispensado.

El primero te dirá cual ha sido el resultado de la causa, el segundo...»

Interrumpí la lectura de la carta para enterarme de lo que decían los papeles que la acompañaban.

Era el primero la notificación del fallo de la sentencia. Por ella se declaraba al *Chirle* autor de los delitos de robo frustrado y de desobediencia grave á los agentes de la autoridad, y se le condenaba á seis meses de arresto mayor por el primer delito y á otros seis por el segundo, y sin reparar en los restantes puntos del extracto que ya no me interesaban, cogí el otro documento.

Era un papel coquetón que olía á jazmines. Estaba escrito con una letra monísima, y decía así:

«Sr. D. José Sánchez Urbe.

Mi inolvidable amigo: ¿se acordará V. ya de mí? (aquí fui á ver la firma, y el corazón se me vino á la boca para responder por mi antiguo compañero de clase). Yo puedo asegurarle que su grato recuerdo me ha acompañado siempre después de nuestra brusca separación.

Al día siguiente de la noche en que nos

vimos por última vez, salimos para esta. Aquí hemos vivido estos años interminables. A poco de llegar escribí á Madrid una carta dirigida á un joven estudiante de Derecho que tiene el mismo nombre y el mismo apellido que V. y que vivía por entonces en la calle de \*\*\*, número \*\*\*. Pasé un mes y otro esperando respuesta, y como no venía y esto podía depender de que la carta se hubiese extraviado, hice que mi buen tío Diego me certificase otra. Como tampoco obtenía aquella mejor suerte, reclamamos, y la carta volvió á mi poder respaldada con dos líneas de lápiz que decían secamente: «No vive en la casa: se ha ido de Madrid y no dan razón.» No tuvo tampoco respuesta otra que dirigí á nuestra amiga Lola.

Ayer, al leer los periódicos, he tenido por ellos noticias del éxito inmenso obtenido por V. salvando del patíbulo á un desgraciado. Y he decidido dirigirle á ese Colegio de Abogados estas líneas, para felicitarle cordialísimamente. Su brillante triunfo no habrá sorprendido seguramente á ninguno de sus amigos, como no sorprendió á su

amiga que á él debe tener al fin noticias tuyas.--SUNCHA.

P. D.—Si algún día viene V. á Granada y quiere ver á sus antiguas vecinas, no tiene más que bajar por el camino de la Zubia, y á la izquierda, en el «Carmen de los Jazmines» encontrará á la amiga á quien enseñó V. á ver y á disfrutar los encantos de la naturaleza.»

Comprendí la impresión que le habría producido la carta á mi amigo Sánchez Urbe y me disponía á salir para ir corriendo á darle un abrazo, cuando recordé que no había concluido la lectura de la suya que acompañaba á aquélla y que terminaba así:

«...el segundo documento me trae noticias de la mujer á quien adoro: «la que me quería más que á su madre, que era la que ella quería más en el mundo».

Yo que he podido apreciar la hermosura de aquellos versos del poeta alemán que dicen: «el que no ha probado su pan con lágrimas, el que no ha pasado largas horas de insomnio cuajadas de ansiedades, no puede apreciar tu majestad. Dios infinito!»,

yo que debo al dolor la enseñanza de tantos bienes como la vida ofrece, voy á adormecerme dulcemente en la realización del sueño de mi adolescencia. Cuando recibas esta, habré salido en el express de Andalucía. Enviame esos documentos que te confio. Mándamelos certificados al hotel \*\*\* en Granada, donde espera tus noticias tu afectísimo.—PEPE.»

A esta carta contesto con esta otra:

Sr. D. José Sánchez Urbe.

Mi querido amigo y compañero: cumplo tu encargo devolviéndote los adjuntos documentos.

No te sorprendas si te encuentras algún día con un libro en el que refiera á las gentes las impresiones de tu juventud.

Es posible que la frescura de tu alma y la generosidad de tus sueños, aun torpemente recogidas por mí en las páginas de un libro, puedan interesar á alguien.

Y luego, ¡qué diablos!, hay que reconocer que los tipos como tú, mi querido Pepe, van menudeando más de lo que parece, aunque no se os vea tanto como á esos pollos que, apenas salidos del cascarón de la infancia,

cuentan ya por los dedos las mujeres caídas bajo la acción de sus arterias y por gruesas las decepciones sufridas en el amor y en la amistad, y que cifran todas sus ilusiones en un mezquino y egoísta bienestar personal, marchito apenas alcanzado, como flor de trapo ajada que no guarda en su cáliz engomado semilla alguna.

En último caso, pocos ó muchos, los que seáis, viene á resultar que si vuestras inocencias y vuestros candores andan á veces por la rasante de la tontería ó por los bordes del ridículo para nuestros espíritus un poco maleados y encallecidos, tenéis en cambio la inmensa ventaja de entrar en vuestra virilidad, llevando para ennoblecerla, en el fondo del alma, con un caudal de sanas energías, una alborada de amor por algo bueno: alborada que ilumina con suave y dulce claridad los dolores y las amarguras, enseñándonos con ellos mismos, como tú dices, á amar y bendecir la vida.

F. DEGETAU Y GONZÁLEZ.

## ERRATAS

---

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
27	9	la de madre	la de <i>la</i> madre
78	25	<i>las</i> mejores	<i>los</i> mejores
83	1. <sup>a</sup>	<i>lo</i> que	<i>el</i> que
107	10	estudia	estudiaba
117	2	<i>los</i> que	<i>lo</i> que
186	11	de quien <i>lo</i>	de quien <i>la</i>
224	3	unción	unión
336	11	<i>de</i> la	<i>á</i> la
338	8	Etsas	Estas
>	10	udicial	judicial

---

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS, NOVELAS CORTAS Y CUENTOS

De venta en las principales librerías, á

	Ptas.
¡Qué Quijote! (agotada).....	»
El Secreto de la domadora y El Fondo del Aljibe: 3. <sup>a</sup> edición, formando un volumen de XIV-240 páginas. ....	2
Cuentos. PARA EL VIAJE.—Contiene este volumen los siguientes cuentos y novelas cortas: <i>La Injuria, Corriente eléctrica, El Principio de autoridad, Los Hijos del bailarín, Silvia, ¡A ese! ¡A ese!, Del vagón á la celda, El Hada de las excursiones, El Sueño de las Virgenes, Palote y la Montaña, Sueño de oro y El Almohadón de la Marquesa, 240</i>	
páginas. ....	2,50
Juventud (novela), VIII-368 páginas.....	3,50

## OTRAS OBRAS

La Redención de un Quinto: álbum de trabajos de varios autores (agotada).....	»
El Sistema Frœbel. — <i>El Primer juguete</i> ....	1
» <i>El Segundo juguete</i> ...	1
» <i>El Tercer juguete</i> .....	1